JESUCRISTO

Venerable Sor Gloria María Elizondo García

JESUCRISTO

Venerable Sor Gloria María Elizondo García

Nihil obstat
El censor.
Abril 30 de 1955
Lg. 139/55

Puede imprimirse
† Alfonso Arz. de Monterrey
Mayo 3 de 1955

Concedemos el Imprimatur.
Lo decretó el Excmo. y Rvmo.
Sr. Arzobispo.
Febrero 1º de 1963
Lg. -88-63

CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS HECHOS DE LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO



QUINTA EDICIÓN

TOMADOS DE LOS SANTOS EVANGELIOS, QUE SON LIBROS SAGRADOS, INSPIRADOS POR DIOS, QUE CONTIENEN INMENSOS TESOROS DE CIENCIA, DE VERDAD Y DE VIDA, QUE NOS DESCUBREN SU INEFABLE BONDAD, INFINITA MISERICORDIA Y DIVINO AMOR, LOS CUALES FUERON ESCRITOS POR LOS CUATRO EVANGELISTAS: SAN MATEO, SAN MARCOS, SAN LUCAS Y SAN JUAN, POCOS AÑOS DESPUÉS DE LA MUERTE DE JESÚS.

Coordinación editorial:
Luz Alicia Rodríguez Cienfuegos
larc_2005@hotmail.com

Asesoría editorial:
Hna. Silvia Burnes Sánchez, MC

Corrección:
Ricardo Espinosa Villarreal
Martha Ramos

Ilustraciones:
Adrián Muñoz Ramos

Imagen de portada:
anyrbg.com/yvytg

Imagen de contraportada:
Nuestra Señora de Guadalupe
Derechos reservados:
Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

Diseño:
Mónica Espinosa Villarreal

Contáctanos:
www.madregloria.com
E-mail: madregloria812@gmail.com
Facebook: Sor Gloria María Elizondo García
Instagram:@madregloria
WhatsApp: 811 599 2152

Impreso en Monterrey, N. L., México
LA TINTA EN EL ESPEJO

Primera edición:
Abril de 1955

Quinta edición:
Diciembre de 2022

Mensaje del Arzobispo de Monterrey

La santidad, nuestra respuesta al mandato de Jesús de ser perfectos como el Padre Celestial es perfecto (*Mateo* 5, 28), se realiza viviendo las virtudes cristianas en el camino de vida que cada uno de nosotros abraza. No es sencillo alcanzarla, pero con la gracia de Dios es posible. Por eso, es importante que todos nosotros como fieles cristianos veamos el ejemplo de los hermanos que nos precedieron en el camino de la fe y se han esforzado, en situaciones como las nuestras, en vivir lo mejor posible las virtudes cristianas.

Sor Gloria María Elizondo, mujer norteña, de profunda fe cristiana, fue una mujer de negocios sumamente caritativa, que supo ver en el hermano a Cristo que necesita ser socorrido, y también una consagrada que impulsó el encuentro de sus hermanos con el Señor, a través de la oración y la reflexión. Aún hoy, es un candelabro encendido por el amor del Maestro que podemos voltear a ver para comprender cómo vivir su Palabra en nuestra vida cotidiana, incluso en el complicado y competitivo mundo de los negocios y la actividad empresarial, tan importante en la Arquidiócesis que Dios me ha pedido servir.

En *Jesucristo* nos muestra su encuentro con el Buen Dios que iluminó sus dos facetas en la vida: la de empresaria, preocupada por el desarrollo humano integral de las personas que la rodeaban, y la de consagrada, llamada a conducir a sus hermanos para reunirse personalmente con el Señor.

Ojalá que los que *viven santificando el mundo,* volviéndolo cada día más humano para que resplandezca Cristo en medio de todos, y aquellos que hemos sido llamados a entregar nuestra vida como instrumentos del encuentro con Dios, nos beneficiemos de su experiencia con JESUCRISTO.

+ Rogelio Cabrera López
Arzobispo de Monterrey

Prólogo

El libro *Jesucristo* de la venerable Madre Gloria María, es un verdadero tesoro.

Especialmente es una lectura vivencial de todo el Evangelio (partiendo de la herencia del Antiguo Testamento). Invita continuamente a vivirlo, a modo de Ejercicios Espirituales practicados desde dentro del Evangelio, conviviendo con Jesús. Resume también las verdades de la fe según el catecismo. Se exponen, en su momento, todos los contenidos de la fe, acentuando la dimensión trinitaria, cristológica, pneumatológica, eclesiológica, eucarística, mariana... Termina con una buena síntesis de la Virgen de Guadalupe, como actualización del Evangelio en tiempo de Juan Diego e invitación a vivir el mensaje evangélico desde la maternidad de María, ya que nos invita a ser misioneros y a orar por las vocaciones.

Este texto puede llegar a ser un *clásico* de la espiritualidad cristiana expuesta con un lenguaje asequible y atrayente, a mediados del siglo XX en México. Es también un verdadero *patrimonio* espiritual de Monterrey.

La mejor presentación es la brevísima de la autora (página 9). Es la misma invitación que hace el Papa Francisco continuamente: que leamos cada día el Evangelio, que lo experimentemos en encuentro con Jesús, etc.

La publicación o reimpresión del libro servirá para afianzar la fama de santidad de la venerable Madre Gloria María y aumentar su conocimiento (aunque ella, como todos los santos, está centrada en Jesús).

Es fácil de leer y sirve de *relectura* del Evangelio, día a día, sin divagaciones.

Tienes en las manos un patrimonio y una herencia espiritual de mucha actualidad. Hallas en este libro el modo de realizar el encuentro cotidiano con Jesucristo, de no dudar de su amor, de gastar la vida para hacerlo conocer y amar. Y te dejarás sorprender por su amor y su llamada. Porque como dice el Papa Francisco: "No es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas... Sabemos bien que la

vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo... El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él" (*Evangelii gaudium*, n. 266).

Y guiado por la mano materna de María, el *Camino*, que es Jesús, está asegurado.

Roma, 29 de enero de 2022
Monseñor Juan Esquerda Bifet





Estimado Lector: Lee las páginas de este Libro con alma sedienta de conocer y amar a tu Divino Redentor.

No leas el Libro de un tirón, sino rumiando un pasaje cada día.

Cuando empiece la noche y hayas acabado tu tarea cotidiana, en el silencio que precede a la oración nocturna, toma este Libro y lee unas cuantas páginas con espíritu de meditación; ciérralo y después prosigue tu plática con el Divino Salvador, y tu alma se llenará de luz, de paz, de dicha y de amor.

Introducción

¿Quién es Jesucristo?

Napoleón el grande, el genio de las batallas, que vio las naciones rendidas ante la punta de su espada, agonizaba lentamente allá, muy lejos de los campos de su gloria, en la isla de Santa Elena. Ya no brillaba para él la gloria de la tierra; pero en el cielo de su alma, antes ciega por el orgullo, surgían los esplendores de la fe.

Un dia, como despertando de los hondos pensamientos en que parecía abstraido, preguntó al general Bertrand, que le acompañaba en el destierro.

—Mi general, ¿quién era Jesucristo?

—Emperador —respondió vivamente el guerrero, extrañado de la pregunta—, ¿y yo qué sé? Nunca he tenido tiempo de pensar en esas cosas.

—¡Cómo! —exclamó admirado Napoleón—. Eres cristiano y ¿no sabes quién es Jesucristo?

La misma pregunta

Si la misma pregunta que hizo Napoleón a su general se hiciera a muchos hombres y mujeres de nuestros días que se llaman cristianos, darían la misma respuesta, porque desgraciadamente las cosas temporales absorben toda su atención y nunca se han preocupado por tener tiempo para conocer y saber quién es Jesucristo.

Quién es Jesucristo

El Credo, que es la fórmula abreviada de la Doctrina Cristiana, nos dice brevemente quién es Jesucristo y lo que ha hecho por nosotros.

JESUCRISTO es el Hijo de Dios, el Verbo del Padre por quien fueron hechas todas las cosas. Es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, que amándonos desde toda la eternidad con indecible ternura e infinito amor, por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los Cielos y SE HIZO HOMBRE, ENCARNÁNDOSE POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN EL SENO PURÍSIMO DE LA VIRGEN MARÍA. Por nosotros, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, resucitó al tercer día y subió a los Cielos, y está sentado a la diestra del Padre.



¿De qué le sirve al hombre ganar todas las riquezas del mundo si pierde su alma? (*Mateo* 16, 26).

Todos buscan la felicidad

Todos desean ser felices, pero buscan la felicidad donde solo pueden encontrar una dicha pasajera o engañosa, y a la hora de la muerte, ¿de qué les servirá a tantas personas haber puesto todo su afán únicamente en las riquezas, la estima de los hombres, los placeres y demás bienes perecederos, si pierden su alma? El Cielo y la salvación del alma valen infinitamente más que la tierra y todos los bienes temporales.

La verdadera felicidad

Solo en el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de su vida y santa doctrina, se encuentra la felicidad verdadera, la que hace al hombre bienaventurado aun aquí en la tierra y después inmensa y eternamente feliz en el Cielo.

Lo que debemos a Jesucristo
Dios y redentor nuestro

Sublimes beneficios y excelsos dones

Al Hijo de Dios, al Verbo del Padre, que en el tiempo se hizo hombre y habitó entre nosotros, somos deudores del inestimable beneficio de nuestra existencia; de todos los bienes de la creación; de la conservación de nuestra vida, que es otra obra admirable de su omnipotencia divina, pues no es otra cosa que una creación continuada; de que desde el principio de la humanidad haya elevado al hombre, su criatura, a la dignidad de hijo de Dios y heredero del Cielo para gozar allí de la misma felicidad que Él goza. Estos dones son tan maravillosos y divinos y encierran tan infinito y eterno amor, que deberían impulsarnos a amarle con todo nuestro corazón y a caer de rodillas ante Él para adorarle y darle gracias.

Otro insigne beneficio del cual somos deudores a Jesucristo

Es el del incomparable beneficio de la Redención, obra de inefable y divino amor, de misericordia infinita, pues habiendo perdido por el pecado original de nuestros Primeros Padres y por nuestras propias culpas la gracia divina y el Cielo, Él quiso expiar en su Persona el pecado de Adán y lavar con su sangre nuestras propias iniquidades. Este beneficio debe parecernos mayor y más admirable que el de la creación, porque de nada nos hubiera valido haber nacido si no hubiéramos sido rescatados, y más debe acrecentarse nuestro amor a Jesucristo Nuestro Señor si meditamos a qué precio nos ha salvado.

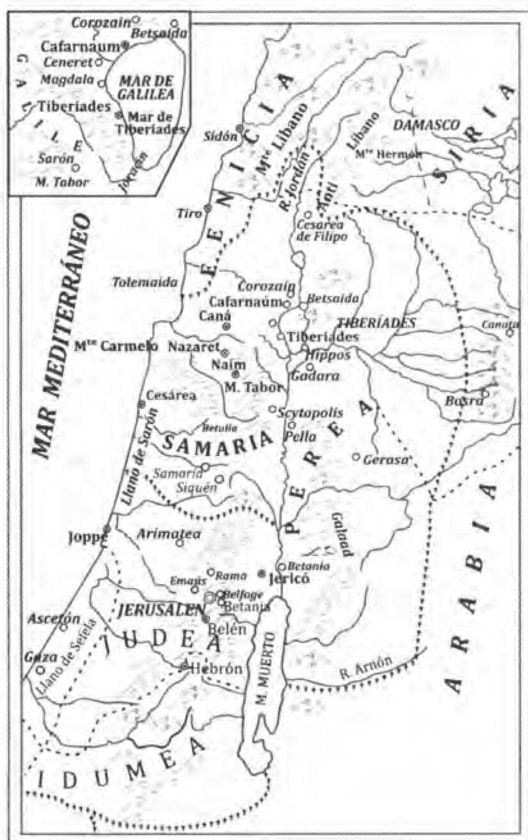
Nos lo dice una palabra de San Pablo

La cual conmueve hasta lo más profundo del corazón: "El me amó, y se entregó a sí mismo por mí". ¡Me amó! Pensemos lo que hemos sido y digamos después: ¡Me amó!... ¡A mí!... ¡A mí, que he sido malo, que he sido rebelde... que he sido ingrato... ¡Me amó a mí!

Pero hay más: "Y se entregó a sí mismo por mí" (*Gálatas* 2, 20). ¿Cómo? Pues así: bajó a la tierra... por mí. Trabajó... por mí. Rezó... por mí. Padeció... por mí. Murió... por mí. Abrió su Corazón... por mí.

¡Y cuánto debo amarle yo! Aprendamos quién es Jesús, aprendamos a amar a Jesús, ¿cómo es posible saber que a Jesús le debemos la vida y todo cuanto tenemos y que ha muerto en la Cruz por nosotros y no amarlo? Pero para amarlo necesitamos primero conocerlo.

Conozcamos pues, aunque sea en un resumen breve, la admirable, maravillosa y conmovedora historia de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro divino Salvador que tan entrañablemente nos ama.



Palestina en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo



Consideraciones sobre la vida de nuestro señor Jesucristo

El país donde vivió Jesús

Antes de narrar la vida de Jesús, diremos cómo era la tierra donde nació. Se llama Palestina, los cristianos la llamamos Tierra Santa por haber vivido en ella Jesús.

Observa el mapa. Palestina en el tiempo en que nació Jesús era pequeña, de una extensión de 25,124 kilómetros cuadrados; se dividía principalmente en tres provincias: Galilea al Norte, Samaria al Centro y Judea al Sur.

En Galilea, la parte más agradable fue donde vivió Jesús lo más de su vida. Samaria es montañosa, allí estuvo poco Jesús, y de paso. Judea era la parte principal de Palestina; allí estaba Jerusalén, la capital, donde se alzaba el famoso Templo de los judíos. En Belén de Judea nació Jesús y en Jerusalén de Judea murió.

Hechos preliminares al nacimiento de Jesús

Hace cien años

Hace cien años, y aun menos tiempo, nosotros no existíamos. Pero Jesucristo antes de nacer existió en cuanto Dios. Nosotros solo somos hombres. Jesucristo es Dios y Hombre; empezó a ser Hombre hace veinte siglos. Pero en cuanto Dios, existe desde toda la eternidad.

Dios

Hubo un tiempo en el que nada había fuera de Dios, que existía Él solo. Dios que es Vida existe por Sí mismo, sin principio, desde siempre, porque posee en Sí la plenitud del Ser.

Dios es un Espíritu Purísimo, Todopoderoso, Eterno, Inmenso, Sabio, Santo, Hermoso, Justo, Bueno y Misericordioso, infinito en toda perfección, creador de todas las cosas del Cielo y de la tierra.

Tres Personas en un solo Dios

Pero Dios, siendo uno solo, una sola naturaleza, es Tres Personas, las cuales son iguales en omnipotencia, iguales en sabiduría, iguales en bondad y en toda perfección.

El misterio de un Dios en Tres Personas distintas se llama el misterio de la Santísima Trinidad.

> **Este es un misterio precioso y sublime que conocemos porque Dios mismo se ha dignado a revelárnoslo. Nuestra pequeña inteligencia no alcanza a entenderlo, pero lo conoceremos muy bien en la Gloria Celestial.**

La Santísima Trinidad

Las Tres Personas Divinas son: El Padre, el Hijo, que es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo. Son eternos los Tres, sin que haya habido ningún instante en que no existiese el Hijo o el Espíritu Santo, pues Dios es uno solo, una sola naturaleza en Tres Personas.

De estas Tres Divinas Personas, la Segunda que es el Hijo, que se llama también Sabiduría o Verbo, se hizo Hombre, y habiéndose Encarnado, le llamamos Jesucristo.



Dios creó todas las cosas

La Creación

El amor y el bien tienden a difundirse y siendo Dios la plenitud del Amor y el Sumo Bien, por amor y por bondad quiso comunicarse a otros seres, y lo hizo así por medio de la Creación.

De la grandeza, hermosura y orden admirable de las cosas creadas, por razonamiento se llega a conocer que Dios es el creador de ellas. Pero Dios mismo ha querido revelarnos la Creación del mundo. En la Sagrada Escritura encontramos las palabras con que fue revelada: "En el principio creó Dios el Cielo y la tierra". Cada ser es producto de Dios, es obra del amor divino. Donde hay un ser, allí palpita el amor y la bondad de Dios. Y hay allí un reflejo de su maravilloso poder, de su admirable sabiduría, de su infinita hermosura o de alguna otra de sus divinas perfecciones.

Los habitantes del Cielo y de la tierra

La Historia Sagrada también nos dice que en el Cielo creó Dios a millares de ángeles, seres puramente espirituales; fuera del Cielo, cuanto contiene el universo y al hombre, ser inteligente formado de un cuerpo material y un alma espiritual, libre e inmortal, hecha a imagen y semejanza de Dios.

Los ángeles


Los ángeles malos fueron arrojados del cielo

Los ángeles son seres puramente espirituales dotados de inteligencia y voluntad que Dios creó para su gloria y su servicio. Son superiores a los hombres por ser espíritus puros, es decir, no unidos a cuerpo alguno. Dios elevó a los ángeles al estado sobrenatural de gracia y santidad y fueron destinados a gozar de la visión de Dios (o sea verlo y conocerlo tal como Él es); pero antes fueron sometidos a una prueba. Los ángeles que se mantuvieron fieles fueron confirmados en gracia, es decir, puestos en imposibilidad de pecar, y admitidos a la visión divina, y son estos los ángeles buenos. Los ángeles que llevados de su soberbia se rebelaron contra Dios, queriendo ser como Dios, fueron privados del don divino de la gracia y de todo bien y arrojados al infierno, y son estos los ángeles malos o demonios. Su jefe es Lucifer o Satanás.

Dios ha destinado a cada uno de los hombres un ángel bueno para que lo cuide durante su vida y lo ayude a vencer las insidias y acechanzas del demonio y a lograr el Cielo. Este ángel bueno es nuestro Ángel de la Guarda.

A los ángeles que son espíritus sin cuerpo se les representa bajo forma humana, porque se han aparecido así en varias ocasiones, pero solamente para hacerse visibles a los hombres.

La lucha iniciada en el Cielo, entre los ángeles buenos y los demonios, continuó y continuará en el mundo. Los ángeles buenos aman a Dios y desean que los hombres también lo amen, y por eso nos mueven al bien y nos protegen. Los demonios que odian a Dios querrían que también los hombres lo odiasen, y por esto los incitan al pecado.

Nuestros Primeros Padres

El ser más noble creado por Dios sobre la tierra es el hombre. Dios creó al hombre para que le conociera, le amara y sirviera en esta vida y después gozara de Él en la vida eterna.

La Sagrada Escritura nos dice que cuando Dios quiso crear al hombre dijo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza" (*Génesis* 1, 26-27). Y creó Dios al hombre a imagen suya y le dio dominio sobre los animales y productos de la tierra.

Dios formó el cuerpo del hombre de polvo de la tierra, e infundió en él una alma viviente e inmortal, llamándolo Adán. *Adán* quiere decir: hecho de tierra. Queriendo Dios darle una compañera a Adán, le infundió un profundo sueño y, mientras dormía, le sacó del costado una de sus costillas y formó con ella el cuerpo de la primera mujer, a la que también infundió un alma viviente e inmortal. La primera mujer se llamó Eva, esto es, madre de los vivientes.

Dios constituyó a Adán como cabeza del género humano, por lo que todos los hombres descendemos de Adán y Eva, que son nuestros Primeros Padres. Dios quiso colmar a nuestros progenitores de singulares dones, les concedió grandes privilegios y velaba por ellos con providencia amorosa.

Tengamos presente que nuestro fin próximo —en esta vida— es conocer, amar y servir a Dios, y nuestro fin último —en la otra vida— es gozar de Él en el Cielo por la Visión Beatífica.

Hijos y herederos de Dios

Dios, en su infinito amor e inefable bondad que nunca podremos agradecer bastante, quiso elevar al hombre a un orden superior a su naturaleza humana para que tuviera un lugar en su Reino Celestial y gozara de bienaventuranza eterna, y con ese fin le concedió gratuitamente un don sobrenatural, el don divino de la gracia santificante, que lo hacía ser ya no siervo, sino hijo adoptivo de Dios y Heredero de su gloria.

Estos dones fueron dados a Adán no como un bien personal, sino como un patrimonio de familia que debía pasar a todos sus descendientes, si se mantenía fiel a Dios.

¿Qué movió a Dios a darnos la existencia? ¿Y a elevar al hombre a un destino tan sublime? Solo su infinito y eterno amor, como Él mismo lo atestigua por el profeta: "Con eterna caridad te he amado" (*Jeremías* 31, 3). Dios, pues, nos ama desde antes que existiéramos con amor inefable y eterno.

Dios, que a cada uno de nosotros nos ha dado la vida por amor, no quiere que estemos separados de Él ni en esta ni en la otra vida. Por lo tanto, la gracia de parte de Dios es una prueba de su Amor a nosotros y el Cielo el premio de nuestro amor a Él.

El Paraíso Terrenal

Dios colocó a Adán y a Eva en un lugar de delicias, en este mismo mundo que habitamos, lugar llamado Paraíso Terrenal. Allí Dios conversaba con ellos y todo cuanto les rodeaba era bello; estaban llenos de felicidad, libres de la muerte y de todas las miserias.

Adán y Eva, al ver todas las cosas que Dios había creado y la felicidad a que estaban destinados, sentían que una voz continuamente resonaba dentro de sus corazones: ¡Qué bueno es Dios y cuánto nos ama!

También para nosotros ha creado el Señor los cielos y la tierra; el sol y las estrellas; las plantas y los animales. También nosotros, al ver su bondad y tantas maravillas, debemos decir desde el fondo de nuestro corazón: ¡Sí, Dios me ama; también yo lo debo amar!

La prueba

Aun dotado de todos los dones y privilegios que Dios le había dado, el hombre seguía siendo libre. ¡Cuánto le amaba Dios! Mas siendo su criatura, quiso que mereciera el Cielo con una prueba de amor.

La Sagrada Escritura expresa esta prueba en un precepto que prohibía al hombre, bajo pena de muerte, comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal que estaba en el centro del Paraíso. El precepto era muy severo pero muy fácil de cumplir: conquistarían la gloria del Paraíso Celestial con el amor que profesaban a Dios y observando por su amor el mandato que les había dado.

El engaño del demonio

También narra la Sagrada Escritura que el demonio, envidioso de la suerte del hombre, tomando la forma de la serpiente, llegó a tentar a nuestros Primeros Padres, persuadiéndoles de que lejos de morir, si comían del fruto aquel, serían como dioses y conocerían por sí mismos el bien y el mal.

Así procede siempre el demonio, que es el padre de la mentira, poniendo en el ánimo dudas acerca de la legitimidad de lo que Dios manda para hacernos caer en el pecado.



Adán y Eva desobedecen el mandato de Dios

La caída

Tentación terrible de soberbia y de rebelión contra Dios fue la que el demonio, con perfidia infernal, presentó a nuestros Primeros Padres para perderlos —y en ellos a todos nosotros—.

Impulsado por la soberbia y una curiosidad malsana, se rindió el hombre y, rebelándose contra Dios, desobedeció su mandato y comió del fruto prohibido, cometiendo libre y voluntariamente un gravísimo pecado, terrible en sí mismo y en sus consecuencias.

Ese pecado era tanto más grave cuanto que nuestros Primeros Padres conocían la infinita liberalidad de Dios para con ellos, su inefable amor e inmensa bondad, los derechos que tenía como su Creador, la gravedad del mandato y de la sanción. Grave cosa es no querer someterse a Dios, el no creerle a Él y sí al demonio.

El castigo

El castigo de nuestros Primeros Padres se encuentra descrito en la Sagrada Escritura. Tan pronto como pecaron desobedeciendo el mandato de Dios perdieron la gracia santificante, don precioso que los hacía hermosos espiritualmente, partícipes de la vida divina, hijos de Dios y herederos del Cielo. Se convirtieron en enemigos de Dios y esclavos del demonio, haciéndose merecedores de las penas eternas del infierno. Fueron excluidos del Paraíso Terrenal y quedaron sujetos a la ignorancia, a las enfermedades, los sufrimientos y la muerte.

¡Qué cúmulo de males! Y este cúmulo de males se hace extensivo a todo el género humano, del cual Adán era la cabeza.

Por ese pecado, todos nacemos sin la gracia santificante y sin poder ir al Cielo. Ese pecado, que se llama pecado original, no es un acto culpable de nuestra parte, sino un estado de desgracia, consecuencia de la rebelión de nuestros Primeros Padres contra Dios, es una mancha moral que nos excluye del Reino de los Cielos.



Adán y Eva expulsados del Paraíso Terrenal
Dios dijo a Adán: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres, y en polvo te convertirás" (*Génesis* 3, 19).

Por el pecado entró la muerte en el mundo

La muerte del alma y la muerte del cuerpo; y la tierra ya no es un Paraíso, sino un valle de lágrimas.

Debemos sentir odio al pecado, causa de todos los males que afligen a la humanidad.

Con frecuencia lamentamos la caída de nuestros Primeros Padres pero dejamos de considerar cuántas veces nosotros mismos hemos ofendido a Dios con nuestros pensamientos, palabras y obras, haciéndonos merecedores de castigos temporales y eternos.

El único verdadero mal que hay en el mundo es el pecado, es la desobediencia voluntaria a la Ley Divina, pues la pobreza, las enfermedades, los sentimientos y la muerte, cuando se aceptan cristianamente, Dios Nuestro Señor en su infinito amor e inefable bondad los transforma en méritos para el Cielo y los premia con recompensa eterna.

Arrepentimiento de nuestros Primeros Padres

Adán y Eva se arrepintieron de su pecado, lloraron amargamente su falta y pidieron perdón de su culpa. Dios que nos ama como Padre, que es infinitamente bueno y misericordioso, les perdonó el castigo eterno, proporcionó los medios para convertir los otros males en bienes y quiso dar de nuevo a la humanidad el don precioso y divino de la gracia santificante.

¿Qué reparación podrían dar Adán y Eva por su pecado y nosotros por los nuestros? ¿Qué reparación puede ser equivalente a la gravedad del pecado y a la ofensa infinita que se le hace a Dios? La Justicia Divina pudo haber abandonado al hombre a la triste suerte que le había cabido, como a los ángeles rebeldes, mas a los hombres los perdonó aunque ellos, a pesar de las innumerables pruebas de la bondad y misericordia divinas, no cesarían de ofenderle. ¿Qué cosa movió a Dios a usar tanta misericordia con nosotros? Solo su amor, su infinito e incomprensible amor. Él mismo nos lo dice por el profeta: "Yo te he amado con perpetuo amor. Por eso misericordioso te atraje a Mí" (*Jeremías* 31, 3).

La promesa del Redentor

Dios, que es rico en misericordia, movido por el excesivo amor con que nos ama, se apiadó del género humano y prometió a Adán un Redentor que expiaría su culpa y devolvería a la humanidad el don divino de la gracia santificante, con el cual los hombres volverían a participar de la vida de Dios, a ser sus hijos adoptivos y herederos de su gloria.

El Señor prometió que ese Redentor los salvaría del pecado, de la esclavitud del demonio y del infierno, y que nacería de una mujer que aplastaría la cabeza del demonio.

Debemos considerar con qué infinito amor verificó Dios nuestra redención. La ofensa hecha a Dios, cuya majestad es infinita, exigía una satisfacción equivalente, que ni los ángeles ni los hombres podían darle; esa satisfacción la podía dar solo Dios. Y Dios lo hizo. El mismo ofendido borró la culpa, como lo dijo el profeta Isaías: "Yo mismo soy el que borró todas las iniquidades por amor" (*Isaías* 43, 25).

El Hijo de Dios, el Redentor prometido

La Redención es un misterio de amor que sobrepasa a toda ciencia: "Tanto ha amado Dios al mundo—exclama San Pablo— que le ha dado a su Hijo Unigénito" (*Juan* 3, 16). Y el Hijo de Dios, el Verbo del Padre se encarnará, se hará Hombre para padecer por nosotros y para dar, como Dios, valor infinito a esos padecimientos y satisfacer la Justicia Divina, que exigía satisfacción igual a la ofensa y proporcionada a la majestad infinita de Dios.

Al excesivo amor que Dios nos tiene atribuye la Sagrada Escritura la obra de la Redención.

Las Tres Divinas Personas concurren a nuestra redención y de una manera tan amorosa, que nunca podremos agradecer bastante.

El Padre nos da a su Hijo Único y le sacrifica por nosotros. El Hijo se ofrece como víctima de expiación y su vida será inmolada en el sacrificio sangriento de la Cruz, sacrificio que es inspirado por el amor que nos tiene. Por eso cada uno de nosotros puede repetir las palabras de San Pablo: "Cristo me amó y se entregó a Sí mismo por mí" (*Gálatas* 2, 20). El Espíritu Santo se nos dará y vendrá a nuestra alma donde pondrá su morada para derramar en ella la gracia y las virtudes y en nuestro corazón la caridad de Dios.

La espera del Redentor

Adán comunicó la promesa de Dios a sus descendientes y estos a los suyos. Muchos hombres iban muriendo y al morir decían: "Sé que no puedo entrar al Paraíso Celestial, pero sé también que desde el Cielo vendrá el Redentor,

el Mesías prometido y lo reabrirá". Y oraban de este modo: "Señor, envíanos a Aquel que has de enviar; envía a Aquel que nos ha de salvar; ¡envía a Aquel que debe abrirnos el Cielo!".



El Patriarca Jacob
Jacob, en su lecho de muerte, profetizó que no faltaría de Judá el Cetro... hasta que viniera AQUEL a quien darían obediencia los pueblos (*Génesis* 49, 10).

Los patriarcas

Más tarde, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y posteriormente el rey David, recibieron de Dios la seguridad de que todas las naciones serían benditas en AQUEL que nacería de su linaje, o en otros términos, que el Redentor, el Mesías prometido había de ser uno de sus descendientes.

Los profetas

Y antes de enviar al Redentor, Dios envió a los profetas. Los profetas eran hombres santos, los cuales hablaban en nombre de Dios y repetían las divinas promesas. Uno de ellos decía: "El Redentor nacerá de una Virgen" (*Isaías* 7, 14). Otro decía: "Nacerá en un pequeño pueblo, en Belén de Judea" (*Miqueas* 5, 1). Otro: "Cuenten desde hoy 70 semanas de años —o sea 490 años— y el Redentor vendrá" (*cf. Daniel* 9, 24ss). "¿Y qué es lo que hará? Obrará grandes milagros: hará ver a los ciegos, oír a los sordos, hablar a los mudos, andar a los paralíticos, sanará a los enfermos, resucitará a los muertos". "¿Y cómo nos salvará? Morirá en una Cruz; traspasarán sus manos y sus pies" (*Salmo* 22, 16). Y aún decían los profetas algo más: "Su sepulcro será glorioso" (*Isaías* 11, 10). "El será el Rey de todo el mundo, y su Reino no tendrá fin" (*Isaías* 9, 7).

El pueblo elegido

El hombre no correspondió al Amor divino con el amor, sino que con el pecado original inició la serie de sus rebeliones contra Dios. Las civilizaciones paganas representan el esfuerzo del hombre para vivir según la ley del egoísmo, no según la ley del amor divino. Solo un pueblo elegido por Dios, el pueblo de Israel, el pueblo judío, conservaba clara la visión del mal cometido, de la reparación necesaria, del Redentor prometido, del Mesías esperado, en una palabra: del Amor de Dios.

El Salvador del mundo vino a la tierra 4,000 años después de haber sido prometido a nuestros Primeros Padres. Durante esos 40 siglos, el hombre aprendió a conocer el enorme mal que es el pecado y sus terribles consecuencias, la imposibilidad de rehabilitarse por sus propias fuerzas y a apreciar toda la grandeza del beneficio de la Redención.

Al cumplirse las profecías

El Redentor vino a la tierra cuando todas las profecías y señales, que anunciaban los caracteres del Mesías, se habían cumplido enteramente.

Al llegar el tiempo que Dios hubo de fijar para la redención de la humanidad, señalado previamente por las profecías, el Hijo de Dios se dispone a despojarse de los esplendores de su gloria para hacerse como uno de nosotros.

Le era necesaria una patria, y la busca en un país sin gloria. Le era preciso un hogar, y lo escoge en un pueblo menospreciado. Para hacerse Hombre, elige una Madre y escoge a una joven pobre e ignorada, pero que posee todas las virtudes y el alma más pura que ha existido en el mundo.



La Virgen María, madre del Redentor
El inefable honor de ser madre del Hijo de Dios fue conferido a María, virgen de la tribu de Judá, de la familia de David, hija de San Joaquín y Santa Ana.

La Madre del Redentor

María Inmaculada

El inefable honor de ser Madre del Hijo de Dios fue conferido a María, Virgen de la tribu de Judá, de la familia de David, hija de San Joaquín y Santa Ana.

La Virgen María pertenecía al pueblo judío, pueblo escogido por Dios para conservar la verdadera religión y dar al mundo el Redentor prometido.

Estaba desposada con un pobre artesano muy santo, de oficio carpintero, llamado José, descendiente, como ella, de la familia real de David y, como ella, unido a Dios por el voto de virginidad.

Habiendo predestinado Dios Nuestro Señor a María para esa sublime misión, la enriqueció no con bienes de la tierra, pues María fue pobre, sino con el don divino de la gracia, que vale más que todos los tesoros del mundo. Desde el primer instante de su existencia adornó su alma con la gracia santificante, la preservó del pecado original haciéndola inmaculada en su concepción —privilegio que no ha sido concedido a ningún otro descendiente de Adán—, la preservó de todo pecado para que la hermosura de su alma no fuese jamás empañada ni por la más leve mancha; la colmó de gracia; la elevó a la más alta dignidad a que puede ser elevada una criatura, a la sublime dignidad de Madre de Dios, conservándole intacta la gloria de su virginidad.

La Iglesia celebra la fiesta de la Inmaculada Concepción de María el 8 de diciembre.

Hay una sola Virgen Madre de Dios, como hay un solo Jesucristo Dios y Hombre verdadero. La Virgen de Guadalupe, del Carmen, del Perpetuo Socorro, etc., son siempre la misma Virgen María bajo distintos títulos que le damos porque corresponden a sus diversas apariciones, hechos milagrosos o favores especiales que ha concedido.

La Anunciación

Cuando llegó el tiempo señalado por las profecías para la venida del Redentor, Dios Nuestro Señor envió al Arcángel San Gabriel a Nazaret, pequeño pueblo de Galilea, a fin de que anunciara a la Virgen María que Él la había escogido para Madre del Mesías prometido desde el principio del mundo.

Estando la Virgen María haciendo oración, de improviso se iluminó la habitación con la presencia del Ángel, que la saludó con estas palabras: "Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo". Observando que, por su

humildad, se turbó María al oír esos elogios, el Ángel añadió: "No temas, María, pues has hallado gracia delante de Dios; tendrás un hijo, a quien pondrás por nombre JESÚS. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo" (*Lucas* 1, 28-32).

Oídas las palabras del Enviado Celestial, que también le dijo que todo se efectuaría en una forma milagrosa por obra del Espíritu Santo, la Virgen María respondió con toda la fe y la piedad de su alma: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra".

Esta fue la primera Ave María que se pronunció en el mundo.

Recemos el Ave María con los mismos sentimientos de gozo y veneración con que hizo el Ángel su piadoso saludo y así daremos gloria a Dios y a Aquella que se dignó escoger para Madre del Redentor del género humano.



La Anunciación
La Virgen María dijo al Ángel: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (*Lucas* 1, 38).
"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Juan* 1, 14).

Por haber recibido de la Sma. Virgen al Salvador, le seremos deudores de todos los bienes que Él vino a traernos. La gracia de la adopción divina que nos hace hijos de Dios, el perdón de los pecados, la gracia de los Sacramentos, la perseverancia final, etc., todo nos viene de Él por medio de la Sma. Virgen.

Manifestemos a la Sma. Virgen María nuestros sentimientos de amor y filial gratitud y hagámonos acreedores de sus dones poniendo todo nuestro esfuerzo en amar y glorificar a su Hijo.

La Encarnación

Al terminar de hablar la Sma. Virgen, el Ángel desapareció y en aquel feliz instante tuvo cumplimiento el gran misterio de la Encarnación del Hijo de Dios.

Por obra del Espíritu Santo, es decir, por un milagro de la omnipotencia divina, el Verbo, el Hijo de Dios, Segunda Persona de la Sma. Trinidad, se hizo hombre en el seno purísimo de la Virgen María.

La Iglesia celebra la memoria de este misterio el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación.

Jesucristo, como hombre, no tuvo padre. San José, esposo purísimo de la Virgen María, solo fue su padre nutricio o padre adoptivo.

San José es el santo más grande en el Cielo, puesto que a él Dios se dignó confiarle a su Único Hijo. Encomendémonos a este felicísimo santo que tuvo parte en los misterios de nuestra Redención, para obtener una santa muerte semejante a la suya en medio de Jesús y María.

Amor con amor se paga

El Hijo de Dios, tomando un cuerpo humano en el seno virginal de María, no dejó de ser Dios, sino que, continuando siendo Dios verdadero, empezó a ser también verdadero Hombre para vivir con nosotros. ¡Qué profundo misterio de amor es este! ¡Hacerse Dios hombre por nosotros! ¡Descender Dios del Cielo y hacerse hombre! ¡Nuestro Dios, nuestro Creador, nuestro Señor, hacerse como uno de nosotros para vivir con nosotros! ¡Qué maravilla más grande de su amor!

Si la creación nos llena de admiración al ver el poderío, la grandeza, la majestad, la infinita sabiduría, bondad y hermosura de Dios, la Encarnación del Hijo de Dios debe llenarnos de agradecimiento y de profundo amor. El amor solo se paga con el amor.



La Visitación
Iluminada por el Espíritu Santo, Isabel saludó a la Virgen María, diciéndole: "¡Bendita tú eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!" (*Lucas* 1, 42).

La Visitación

El Arcángel Gabriel, como para demostrar a la Virgen María que nada es imposible para Dios, le había participado también que su prima Isabel, esposa del anciano sacerdote Zacarías, estaba próxima a tener un hijo a pesar de su avanzada edad.

Por inspiración divina, la Virgen de Nazaret se puso en camino y atravesó los dos grandes países de Samaria y Judea para llegar a Hebrón, donde vivía su prima, y poder prestarle sus servicios y felicitarla por tan dichoso acontecimiento.

La segunda Ave María

Y cuando oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme? (*Lucas* 1, 41-43).

Esta fue la segunda Ave María que se dijo en el mundo.

El hijo de Isabel era Juan Bautista, precursor de Nuestro Señor Jesucristo.

Dios quiso llevar a la Sma. Virgen a Hebrón para que Juan fuera santificado por el Hijo de Dios y le fuera borrado el pecado original en el mismo seno de su madre.

¡Dichosa la casa, dichosa el alma a la cual se digna visitar la Madre de Jesús! El Hijo se complace en prodigar sus favores sobre aquellos que la veneran de una manera particular.

José y María van a Belén

César Augusto, Emperador de Roma en aquel tiempo, ordenó que se hiciera un censo de todos los súbditos del imperio en los países orientales. Cada uno debía ir a inscribirse en la ciudad de donde su familia fuera originaria.

Con ese motivo, José y María marcharon de Nazaret, ciudad de Galilea, a Belén de Judea, ciudad de David, su antepasado; después de cuatro días de penoso viaje, en la estación invernal, atravesando la llanura de Esdrelón y montañas duras y pedregosas, llegaron a Belén al anochecer del 24 de diciembre.

A causa de la aglomeración de gente y por su extrema pobreza, no hubo lugar para ellos en ninguna posada y tuvieron que albergarse en una especie de gruta cerca de la ciudad, la cual servía de establo a los animales.

Los habitantes de Belén no sabían que José era un gran santo, que la Virgen María iba a ser la Madre del Hijo de Dios... ellos creían que eran unos pobres y humildes judíos y no les dieron posada.

¡Cuántas veces nosotros hemos respondido a los llamados de Jesús, que quiere albergarse en nuestro corazón, como los habitantes de Belén, y Jesús, entristecido, tiene que alejarse de nosotros, como José y María se alejaron de los que rehusaron recibirlos!



El nacimiento del Niño Dios
En Belén de Judá, en una gruta que servía de establo a los animales, la Virgen María dio a luz a su Divino Hijo... "y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón" (*Lucas* 2, 7).

El nacimiento de nuestro Divino Redentor

En el establo de Belén

En ese mísero establo, húmedo y desabrigado, a media noche, en una forma milagrosa, como un rayo de sol que pasa a través de un cristal, la Sma. Virgen María dio a luz a su Divino Hijo, y después de envolverlo en pobres pañales, lo acostó en un pesebre.

Sobre las pajas del pesebre yace el Niño Dios. Su Madre y San José contemplan al Niño Celestial con el alma hundida en profunda adoración.

Este es el inefable misterio que nos recuerda todos los años la fiesta de Navidad.

Y la alegría de esta fiesta es mayor cuanto que el nacimiento temporal del Hijo de Dios es prenda de nuestro nacimiento para el Cielo, por lo cual el mundo entero, al celebrar este aniversario, debe regocijarse con indecibles alegrías y conmemorarlo digna y cristianamente.

En esa noche bendita

Noche de luz, de bondad, de misericordia y de inefable amor, el Hijo de Dios se hace nuestro hermano... y nuestro Redentor.

La misma Sma. Virgen y San José contemplan maravillados aquel prodigio de amor y de bondad.

El que creó el mundo y las estrellas... envuelto en pañales. El que ocultó en las montañas el oro y las piedras preciosas... en un establo. El Hijo de Dios, el Verbo, despojado de los resplandores de su divinidad... escondido en aquellas carnes infantiles y delicadas como un niño cualquiera, sin poder valerse por sí mismo, sintiendo hambre, sufriendo el frío, teniendo sueño...

El Hijo de Dios quiso pasar por todas las humillaciones y miserias de nuestra humanidad empezando a sufrir por nosotros los hombres, sus criaturas, desde el día de su nacimiento, a fin de atraer y unir a Él para siempre a todos los corazones. Pero desgraciadamente, la mayor parte de los hombres no corresponden a estas manifestaciones de excesivo amor de su Dios, de increíble bondad, de infinita misericordia, al llamamiento de su divino Redentor, sino con indiferencia, ingratitud y olvido.

El Hijo de Dios ha querido también enseñarnos, con la extremada pobreza y sufrimientos de su nacimiento, a no poner nuestra felicidad en las riquezas de este mundo —y si las tenemos, a emplearlas en obras de caridad y misericordia—; a soportar valientemente la pobreza, las molestias, el dolor... para que uniéndolos a los suyos, se transformen en méritos para la eternidad.

La gruta donde nació el Hijo de Dios está ahora debajo de la Basílica que la Emperatriz Sta. Elena hizo construir en ese lugar.

En Roma, en la Basílica de Sta. María la Mayor, se conservan y veneran trocitos del pesebre donde nació el Salvador.



El Ángel anuncia a los pastores el nacimiento del Salvador
Al instante se unieron al Ángel una multitud de espíritus celestes que alabaron al Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (*Lucas* 2, 13-14).



La adoración de los pastores
Los pastores adoraron al Salvador y le ofrecieron sus humildes presentes.
"Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho" (*Lucas* 2, 20).

Los pastores

En esa noche estrellada y fría, algunos pastores en los contornos de Belén velaban cuidando sus rebaños en un lugar cercano al establo en que había nacido el Hijo de Dios.

De pronto, iluminando el valle, una claridad divina se esparció a su alrededor y ante sus ojos deslumbrados vieron descender del Cielo a un Ángel resplandeciente.

A su vista se sintieron poseídos de temor; pero el Ángel los tranquilizó diciéndoles: "No teman, vengo a anunciarles una nueva de gran gozo para nosotros y para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, ha nacido el Salvador; es el Cristo. He aquí la señal con que lo reconocerán: verán un niño pequeño envuelto en pañales y recostado en el pesebre, en un establo".

Al terminar de pronunciar el Ángel estas palabras, una multitud de espíritus celestes se unieron a él y juntos alabaron al Señor diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (*Lucas* 2, 14).

Luego que las voces se apagaron, desaparecieron los ángeles y se extinguieron las celestes claridades.

Entonces los pastores se dijeron unos a los otros: "Vayamos a Belén a ver con nuestros ojos el gran prodigio que el Señor nos ha manifestado". Fueron pues a toda prisa y hallaron a la Virgen María, a José y al Niño recostado en el pesebre y envuelto en blanquísimos pañales y recordando las palabras del Ángel: "Ese Niño es el Salvador", le adoraron y le ofrecieron sus humildes presentes. Se regresaron no cesando de alabar y glorificar a Dios por todo lo que habían oído y visto.

Si el Salvador ha nacido para todos, las primicias de salvación son para los pobres y para los que como ellos no tienen apego a los bienes de la tierra. El Ángel los invitó a regocijarse. ¡Dichosos los pobres! Si conocen, aman, sirven y glorifican a Dios, sus sufrimientos de esta corta vida se trocarán en gozo perdurable y en bienaventuranza eterna.

Jesucristo está en la Eucaristía tan presente como lo estuvo en la gruta de Belén. Como los pastores, adorémosle nosotros en el Altar, verdadero pesebre donde está el Niño Dios prisionero por nuestro amor.

La circuncisión

El octavo día después de su nacimiento, el Niño fue circuncidado. Y le pusieron el nombre de JESÚS, que quiere decir SALVADOR. Nombre bendito que el Ángel había traído del Cielo para significar la misión del Hijo de Dios, del Verbo Encarnado.

El nombre de CRISTO, que ordinariamente se agrega al de JESÚS, quiere decir ungido o consagrado.

La Iglesia celebra el 1 de enero la Circuncisión del Señor.

El nombre de Jesús

El nombre de Jesús expresa la plenitud del amor, la generosidad y la misericordia divinas.

Si queremos alegrarnos de ver un día escritos nuestros nombres junto con el nombre de Jesús en los Cielos, sigamos el consejo de San Pablo que nos dice: "Todo cuanto hicieron, sea de palabra, sea de obra, háganlo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo".

Tengamos a menudo en nuestros labios el santo nombre de Jesús, pronunciémoslo siempre con reverencia, gratitud y amor.

Y de tal manera es valiosa la invocación del nombre de JESÚS, que si a la hora de la muerte fuera materialmente imposible confesarse y, con la boca o el corazón, se pronuncia con amor y arrepentimiento de los pecados el santo nombre de JESÚS, bastaría para alcanzar de Dios el perdón.

Trescientos días de indulgencias están concedidos a los que invoquen con reverencia los nombres de Jesús, María y José, así como a los que digan con piedad las jaculatorias: ¡Alabado sea Jesucristo! o ¡Jesús mío, misericordia!



La presentación del Niño Jesús en el Templo
El Sacerdote Simeón tomó en sus brazos al Niño Jesús
y, bendiciendo a Dios, dijo: "Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz según tu palabra" (*Lucas* 2, 29).

Jesús es presentado en el Templo

Cuarenta días después de su nacimiento, el Niño Jesús fue llevado por la Sma. Virgen y San José al Templo de Jerusalén para ser ofrecido a Dios, a quien debían ser ofrecidos todos los primogénitos del pueblo judío, según mandaba la ley de Moisés.

Esta ley no obligaba a la Virgen María, puesto que Jesús era Dios, pero Ella se somete y obedece el mandato común. Y para poder volver a traer a su casa al Niño Jesús, ofrecen en sacrificio dos palomitas.

Cada uno de nosotros puede decir que, al ofrecerse Jesús al Padre Celestial en esa ceremonia, se ofrecía por nuestra propia salvación con todo el amor de su divino Corazón.

El anciano sacerdote Simeón

Ese día se encontraba en el Templo el anciano sacerdote Simeón, a quien había dicho Dios: "No verás la muerte antes de ver al Cristo del Señor"... y conociendo por inspiración de Dios al Divino Niño, lo tomó en sus brazos y temblando de júbilo, exclamó lleno de gozo: "Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz según tu palabra" (*Lucas* 2, 25-35).

Después Simeón los bendijo, y al devolver el Niño Jesús a su Madre, iluminado por el Espíritu Santo le dice que tendrá que sufrir mucho a causa de ese Niño y que una espada de dolor traspasará su alma.

Nosotros no podemos ver en este mundo a Jesús como lo vio Simeón; pero lo veremos en el Cielo si lo amamos y le demostramos nuestro amor cumpliendo su Santa Ley.

Muy dichoso fue el anciano Simeón porque tuvo al Niño Dios en sus brazos; pero en verdad, más dichosos somos nosotros cuando lo recibimos en la santa Comunión.

Los Reyes Magos

En aquel tiempo llegaron en caravana a Jerusalén, donde reinaba Herodes, tres Reyes Magos del Oriente.

Venían siguiendo una Estrella Milagrosa que los guio hasta esa ciudad desapareciendo luego. Al llegar preguntaron: "¿Dónde está el recién nacido, Rey de los Judíos? Porque hemos visto su Estrella en Oriente, y venimos a adorarle".

Al oír esto, el Rey Herodes se turbó. Y habiendo preguntado a los Doctores de la Ley dónde debía nacer el Mesías, ellos respondieron: "En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta".



La adoración de los Magos
"Y entrando en la casa vieron al Niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron Oro, Incienso y Mirra" (*Mateo* 2, 11).

Herodes envió a los Reyes Magos a Belén, diciéndoles: "Vayan, e infórmense cuidadosamente del Niño, y cuando lo hayan encontrado, avísenme para que yo también vaya a adorarle" (*Mateo* 2, 8). Pero era para matarlo, pues temía que le quitara el trono.

Es de admirar en los Reyes Magos su gran fe, su gran confianza en Dios. Eran sabios y estudiaban las estrellas y cuando vieron en el Cielo la Estrella Milagrosa, profetizada siglos antes, entendieron que era la señal que Dios ponía en el Cielo para que los orientales conocieran el nacimiento del Redentor, y ellos sin vacilar, sin pensar en las dificultades, sin saber hasta dónde tendrían que ir, animosamente emprendieron un largo y penoso viaje.

Su piedad y su fe les van a alcanzar la más hermosa de las recompensas, la de ver y adorar al Hijo de Dios hecho Hombre.

Nosotros debemos imitar a los Magos, debemos ser valientes, animosos, llenos de Fe. Si Dios nos envía pruebas, no debemos desalentarnos, debemos confiar siempre en Él, en su divina y amorosa providencia que vela por nosotros de día y de noche.

La adoración de los Magos

Cuando los Magos abandonaron Jerusalén, con gran gozo vieron que la Estrella que habían visto en Oriente, volvió a aparecer e iba delante de ellos guiándolos con su luz, hasta que se paró en el lugar donde estaba el Divino Niño.

Entraron en la casa y encontraron al Niño Jesús con María, su Madre.

Se postraron de rodillas y le adoraron; y abriendo sus cofres le ofrecieron Oro, Incienso y Mirra.

Por la noche Dios les avisó en sueños que no volvieran con el Rey Herodes y ellos se regresaron a su país por otro camino.

A pesar de que aparentemente el Niño Jesús solo era un niñito, un niñito pobre y nada más, los Reyes Magos llenos de Fe, lo adoraron —adorar es reconocer a Dios como Creador, Dueño y Señor de todo lo creado— y lo reconocieron como el Salvador del mundo, como al Rey del Cielo y de la tierra.

Los Reyes ofrecieron al Divino Niño Oro en homenaje a su realeza, Incienso en homenaje a su divinidad, Mirra en homenaje a su humanidad (*Mateo* 2, 9-11).

La Santa Iglesia nos recuerda este misterio de la vida de Jesús cada año, el 6 de enero, fiesta de los Santos Reyes.

Esta fiesta se llama también *Epifanía*, palabra que quiere decir manifestación, porque en este misterio, como en el de Navidad, Dios se hace visible, revestido de carne mortal como la nuestra, mostrándose no solo a los judíos, sino también a los paganos, dándose a conocer como el Salvador del mundo.

Con gran amor y gratitud debemos conmemorar esta fiesta porque nos recuerda el beneficio de nuestro llamado a la fe en nuestros antepasados que fueron paganos.

Como los Reyes Magos, adoremos llenos de Fe a Jesús en la divina Eucaristía. Ofrezcámosle el Oro del amor de nuestros corazones; el Incienso de nuestras oraciones y la Mirra de los sacrificios que exige el fiel cumplimiento de nuestros deberes.



La huida a Egipto
El Ángel del Señor se apareció en sueños a José, y le dijo: "Toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al Niño para quitarle la vida" (*Mateo* 2, 13).

La huida a Egipto

Después que los Magos salieron de Belén, un Ángel del Señor se apareció en sueños a José diciéndole: "Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, porque Herodes quiere matar al Niño". José se levantó, tomó al Niño y a su Madre y se fue a Egipto (*Mateo* 2, 13-14).

Entre tanto, el Rey Herodes, al verse engañado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños de Belén y sus cercanías que todavía no tuvieran dos años, para matar de ese modo al Niño Dios.

La Iglesia honra la memoria de estos pequeños mártires el 28 de diciembre, bajo la advocación de Santos Inocentes.

En este acontecimiento podemos ver que la providencia de Dios cuando quiere desbarata los proyectos de los hombres.

Dios podría muy bien haber hecho que el Niño Jesús se salvara sin que la Sagrada Familia pasara por tantos sacrificios y privaciones. Pero su Hijo, al hacerse Hombre, vino a expiar nuestros pecados y quiso sufrir por nosotros todas las molestias, penas y dificultades que sufren los hombres en general. Admiremos su generoso amor, su incomparable humildad, su gran ternura e inmensa bondad.

Imitemos la obediencia y abnegación de San José y la Virgen María cumpliendo como ellos con diligencia las disposiciones divinas.



La Sagrada Familia
La paz, la piedad y el amor reinaban en el bendito hogar de Nazaret.
Y el Niño "les estaba sujeto" (*Lucas* 2, 52).

La Sagrada Familia en Nazaret

Al morir Herodes, de nuevo se apareció en sueños un Ángel a San José, y le avisó que ya podían regresar a Palestina.

La Sagrada Familia no volvió a Belén sino que se fue a vivir a Nazaret.

San José reanudó el trabajo de carpintería. La Sma. Virgen atendía los trabajos del hogar. El Niño Jesús crecía y se fortalecía lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él (*Mateo* 2, 19-22).

En Nazaret, fuera de la Sma. Virgen y San José, nadie sabía que ese Niño tan hermoso y bueno era el Hijo de Dios. Todos creían que era el hijo de José el carpintero, pues Jesús cuando era niño no hizo nada extraordinario, llevaba la vida de todos los niños de su edad y de su país.

Pero Jesús, aunque vino al mundo para salvarnos, también vino para enseñarnos y quiso instruirnos con su ejemplo antes de hacerlo con su palabra.

Cuatro hermosas virtudes

En la casita de Nazaret, Jesús nos dio principalmente ejemplo de cuatro hermosas virtudes: Oración, Obediencia, Laboriosidad y Humildad.

En la mañana y en la noche, Jesús unía sus manos para decir sus plegarias como hombre a Dios su Padre, para glorificarlo, darle gracias y pedir por la salvación de los hombres, enseñándonos a hacer otro tanto.

Obedecía a San José y a la Virgen María, Él que era el Creador de los Cielos y la tierra obedeció a sus criaturas para darnos ejemplo de amor y obediencia a nuestros padres —que son los representantes de Dios en el hogar— así como a los legítimos superiores.

Ayudaba a la Sma. Virgen en los humildes servicios necesarios en la casa de un artesano pobre y se encallecieron en el trabajo sus divinas manos con el manejo de las duras herramientas. El Creador del mundo que ha descendido hasta nosotros aprendió de una de sus criaturas el oficio de carpintero. Vivió y ayudó a vivir a los suyos con su trabajo. Y de esa manera nos enseñó a ser humildes, a trabajar y santificar nuestra vida.

Jesús hacía todas las cosas como cualquier otro niño, pero con perfección, y cada acción, por sencilla que fuera, tenía un mérito infinito porque Él era Dios.

Cada acción nuestra, por sencilla que sea, puede tener gran mérito para el Cielo si la hacemos en estado de gracia —sin tener pecado mortal— y por amor de Dios, en unión con las acciones de Jesús y ofreciéndoselas a Él.

Rezar, estudiar, trabajar, cumplir con los deberes... con eso cualquiera puede ser santo.

La paz, el amor, la santidad, la mutua ayuda reinaban en ese hogar bendito, en el que se hacía el trabajo cotidiano bajo la mirada amorosa de Dios.

¡Dichosos los hogares humildes! Dichosos también los hogares en los que padres e hijos tratan de imitar las virtudes de que nos dio ejemplo la Sagrada Familia.

El taller de San José se encontraba a poca distancia de la casa donde fue la Anunciación. En el lugar que ocupaba el taller se construyó después una Capilla, de la cual queda actualmente nada más que un trozo de pared.



Jesús entre los Doctores
"Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas" (*Lucas* 2, 47).

Jesús entre los Doctores

La Virgen y San José iban todos los años a Jerusalén para las fiestas religiosas de la gran Pascua judía. Cuando Jesús cumplió 12 años, lo llevaron consigo. Pasados los días de la fiesta, emprendieron el regreso, pero Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien, persuadidos de que venía con alguno de la comitiva, anduvieron la jornada entera, y no encontrándolo, llenos de dolor volvieron a buscarlo.

A los tres días de buscarlo con angustia, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los Doctores de la Ley, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas.

Al verlo, su Madre le dijo: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando". Y Él les respondió: "¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?".

Enseguida se fue con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Jesús, entre tanto, crecía en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres (*Lucas* 2, 41-52).

¡Cuánto sufrieron la Virgen y San José al ver que no encontraban a Jesús! ¡Y cuánto habrá sufrido el mismo Jesús por tener que hacer lo que hizo! Pero Dios le había ordenado obrar así... y la voluntad de Dios hay que hacerla siempre... aunque cueste... aunque no se entienda, la voluntad de Dios es siempre para nuestro bien.

Al crecer en edad hay que adelantar en virtud y en el amor de Dios, como Jesús. Nuestro lema debe ser: Hoy seré mejor que ayer y mañana mejor que hoy. Nuestra alma debe siempre progresar para tratar de ser perfectos como Jesús nuestro Hermano Celestial.

Generalmente los peregrinos que iban de Nazaret a Jerusalén seguían el camino de Samaria, atravesaban los montes de Esdrelón, las arboledas de Engain y llegaban a Siquem y luego al campamento de Beeroth. Este fue el camino que recorrió la Sagrada Familia al ir a las fiestas religiosas de Jerusalén.

La vida oculta de Jesús

Jesús vivió en Nazaret pobremente, humildemente, dedicado a la oración y al trabajo. Sufrió penalidades y cansancio para ganarse el pan de cada día con el sudor de su rostro, como el más humilde obrero. Vivió desconocido de todos, no solo mientras fue niño, sino casi toda su vida, pues así vivió hasta la edad de 30 años.

Nadie sospechaba que en aquel obrero vestido como los de su condición y tratado como ellos, los ángeles del Cielo adoraban al Hijo de Dios.

Aquel cuyo poder sostiene al Universo, gracias a cuya sabiduría y omnipotencia viven todos los seres, gana mediante un rudo trabajo su pan de cada día.

En la mañana, mientras todos dormían, su oración subía ya a los Cielos, durante el día el amor divino animaba todas sus acciones, que eran ofrecidas para la gloria del Padre y salvación de las almas; y en la noche, cuando el sueño cerraba sus párpados, su corazón velaba todavía.

Semejantes a Jesucristo

La inmensa mayoría de la gente tiene que llevar en este mundo una humilde vida de trabajo. ¡Qué consuelo pensar que así vivió el Hijo de Dios! ¡Que Él santificó las acciones ordinarias, que Él ennobleció el quehacer y el trabajo cotidiano!

Todos los obreros que trabajan con sus manos aprendan a alabar a Dios mientras trabajan y Dios bendecirá sus obras, porque se harán a sus ojos semejantes a Jesucristo.

Todos pueden ser santos aunque no hagan otra cosa que trabajar para ganarse la vida. Rezar, trabajar, cumplir la voluntad de Dios, imitar a Jesucristo en Nazaret... no se necesita otra cosa.

Cuando estemos rezando, trabajando o haciendo cualquiera otra cosa, pensemos en Jesús y preguntémonos: ¿Cómo haría esto Jesús? Y tratemos de parecernos a Él haciendo las cosas como Él las hubiera hecho.



San José, Patrón de la buena muerte
Ningún otro santo participó ni participará jamás de la felicidad que cupo a San José, felicidad inefable de vivir con Jesús y María y de morir en sus brazos.

Dignidad eminente y gran poder de intercesión de San José

Para formarnos una idea de la eminente dignidad de San José, quien tuvo la dicha de tener parte en los misterios de nuestra Redención, pensemos que en los decretos de Dios fue elegido para una misión muy elevada y santa como lo es la de ser esposo castísimo de la Sma. Virgen, quien fue elevada a la dignidad de Madre de Dios; de ser Padre putativo del Hijo de Dios hecho Hombre; y Jefe de la Sagrada Familia de la cual fue el Protector y sostén.

San José, a quien por sus virtudes el Espíritu Santo da el título de Justo (*Mateo* 1, 19), cooperó y correspondió fidelísimamente a la abundancia de gracias que recibió, y de este modo llegó a ganar inmensos tesoros de méritos y santidad. Y como el grado de elevación de los santos en la gloria es proporcionado al grado de sus méritos, se puede decir que después de la Madre de Dios, San José es el Santo más grande del Cielo y que su intercesión es poderosa, porque ¿cómo podrá Jesús rehusar cosa alguna a aquel a quien se complació en obedecer aquí en la tierra?

Ningún otro santo participó ni participará jamás de la felicidad que cupo a San José, felicidad inefable de vivir con Jesús y María y de morir en sus brazos.

Honremos a San José, en nuestras necesidades, recurramos a él con ilimitada confianza e invoquémosle como Patrón de la buena muerte. Recemos con frecuencia la oración enriquecida con indulgencias: "Jesús, José y María, asístanme en mi última agonía".

El tiempo que pasó Jesús sobre la tierra

Jesús vivió sobre la tierra 33 años. Los 30 primeros los pasó en su casa, los últimos 3 años los pasó predicando, para enseñar a los hombres a amar a Dios, a amar a sus hermanos y a ganar el Paraíso Celestial y dar luego su vida por ellos. Confirmó su Doctrina con la santidad de su vida y probó su divinidad con grandes y numerosos milagros.

La vida pública de Jesús

Juan Bautista, el precursor

Cuando Jesús tenía 30 años, apareció un profeta que se llamaba Juan. Era el hijo del sacerdote Zacarías y de Isabel, prima de la Sma. Virgen.

Había vivido en el desierto y por inspiración de Dios se fue a las orillas del río Jordán y empezó a predicar diciendo: "Hagan penitencia, porque está ya cerca el reino de Dios".

Acudían los habitantes de Jerusalén y de todas partes. Se arrepentían los pecadores y recibían el bautismo de penitencia en las aguas del Jordán.

Fiel a su misión de precursor del Mesías, Juan les decía: "Yo bautizo con agua; pero detrás de mí viene uno que es mucho más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará en el Espíritu Santo y en fuego" (*Mateo* 3, 11).

El bautismo del Jordán era una ceremonia simbólica para excitar a la penitencia; pero no tenía en sí misma virtud para borrar los pecados, no quitaba los pecados como el Bautismo instituido por Nuestro Señor Jesucristo.

Nosotros también debemos prepararnos para recibir a Jesús en nuestros corazones. Debemos hacer penitencia, mudar de vida.

Con la venida del Salvador todo va a cambiar en el mundo. Todo debe cambiar también en nuestras almas.

Además del arrepentimiento de los pecados, son fruto de penitencia: la limosna, las obras de caridad y las de misericordia.

Tomen una parte de lo que tengan y denlo a los que no tienen y tendrán un tesoro en el Cielo. Sean buenos, sean justos y Dios reconocerá en su literalidad la sinceridad de su arrepentimiento.



El Bautismo de Jesús
El Espíritu Santo descendió sobre Él en figura de paloma, al mismo tiempo, se dejó oír una voz del Cielo que decía: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias" (*Mateo* 3:17).

El Bautismo de Jesús

Mientras tanto, Jesús se despedía de su Santa Madre y de su vida privada para encaminarse a la Judea para empezar su vida pública.

Llegó al Jordán y se presentó a Juan para que también lo bautizara.

Por inspiración divina, pues nunca lo había visto antes, Juan conoció que Jesús era el Redentor y respetuoso con gran emoción le dijo: "Yo debo ser bautizado por Ti, ¿y Tú vienes a mí?". Y Jesús le respondió: "Hazlo ahora así, pues conviene que cumplamos toda justicia". Entonces Juan obedeció.

Y mientras Jesús después de bautizado oraba, sucedió algo maravilloso: se abrieron los Cielos, el ESPÍRITU SANTO descendió sobre Él en figura de paloma, y al mismo tiempo se dejó oír una voz del Cielo, la voz del PADRE ETERNO, que decía: "Este es mi HIJO muy amado, en quien tengo todas mis complacencias" (*Mateo* 17, 5).

Con este estupendo milagro Jesús quiso hacer ver que Él era el Hijo de Dios. Y también mostrar otra gran verdad: que hay un solo Dios y en Él hay Tres Personas distintas. Nosotros debemos agradecer mucho a Dios que se haya dignado revelarnos el adorable misterio de la Sma. Trinidad.

La justicia divina exigía que Jesús, por haber tomado sobre sí las iniquidades del mundo entero, fuese tratado como un pecador, como uno de tantos judíos que bajaban al río para alcanzar la remisión de sus pecados, por eso le pidió a Juan que lo bautizara, y el profeta sumergió en las aguas del río a Aquel que venía a borrar los pecados del mundo.

El testimonio de Juan Bautista

Con aquel milagro se cumplió también lo que Dios había dicho a Juan: "Aquel sobre quien veas bajar al Espíritu Santo y permanecer sobre Él, Ese es el que bautiza en el Espíritu Santo".

Y Juan, que presenció el milagro, puede dar un nuevo testimonio de Jesús y decir a sus discípulos: "Este es el Hijo de Dios".

Bendigamos todos los días al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, alabémosles y ensalcémosles. Pensemos que hemos recibido el Bautismo, que nos hace hijos de Dios y herederos de la Gloria Celestial y nos proporciona los más grandes beneficios de nuestra vida en nombre de la Sma. Trinidad. Demos todos los días gracias a Dios por ella y pidámosle aumente en nuestros corazones el amor a la Santísima Trinidad.

Jesús pasa cuarenta días en el desierto

Del Jordán, Jesús se va al desierto, al monte llamado de la Cuarentena que está al Noreste de Jericó. Se retiró a hacer oración y ayunó cuarenta días y cuarenta noches. Allí permitió que lo tentara el demonio, para enseñarnos que con la oración y la penitencia vencemos al demonio.

También quiso Jesús enseñarnos que no solo del pan material debe vivir el hombre, sino del pan espiritual. Debemos trabajar para ganarnos la vida —y nuestro pan— pero sobre todo debemos trabajar para ganar la vida eterna y para proporcionar a nuestra alma el alimento espiritual que son las palabras de Dios, sus divinas enseñanzas y la Sagrada Comunión.



El Cordero de Dios

Y Juan Bautista, señalando a Jesús, dijo a los discípulos: "He aquí el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo" (*Juan* 1, 29).

El Cordero de Dios

San Juan Bautista hablaba de Jesús a todos cuantos acudían a oírle y les contaba con ternura y amor lo que había sucedido cuando lo bautizó y añadía: "Y yo vi y doy testimonio de que este es el Hijo de Dios" (*Juan* 1, 34). Y todos los oyentes deseaban ver a Jesús y escuchar sus palabras.

Cuando Jesús regresó del desierto, pasó por el lugar donde Juan estaba predicando. Tan pronto como vio venir a Jesús, Juan se sintió impulsado por el Espíritu Santo a mostrarlo a los discípulos y les dijo con santa emoción: "He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que borra los pecados del mundo".

Con estas palabras, Juan indicaba a sus discípulos que Jesús era el Mesías, el Redentor prometido.

El ademán de Juan al señalar a Jesús fue tan expresivo, su mirada y acento tan llenos de amor, que Simón y Andrés, pescadores de Betsaida que estaban con él, se sintieron conmovidos hasta el fondo del alma y se fueron en pos de Jesús para hablar con Él.



Jesús escoge a sus apóstoles
Jesús dijo a Simón —llamado después Pedro— y a Andrés su hermano: "Síganme, Yo los haré pescadores de hombres". Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron (*Mateo* 4, 18-20).

Jesús escoge a sus apóstoles

Jesús va a necesitar apóstoles para fundar su Iglesia, para la enseñanza de su Doctrina y para la administración de su gracia. ¿En dónde los busca? Entre las almas sencillas. ¿A quiénes escoge? A hombres rudos, ignorantes, pero sencillos y de buena voluntad. Con esto Jesús demostrará al mundo que el establecimiento y triunfo de su Iglesia no son obra de los hombres.

Un día Jesús caminaba por la orilla del Lago Tiberíades y vio a dos hermanos: Simón —llamado después Pedro— y Andrés, echando la red al mar, pues eran pescadores, y Jesús les dijo sencillamente: "Síganme, Yo los haré pescadores de hombres". Arrastrados por un encanto irresistible, abandonaron en el acto la barca y las redes, y lo siguieron.

Más allá, dice el Evangelista, Jesús vio también a Santiago y a Juan, hijos del Zebedeo, que se ocupaban dentro de la barca, junto a su padre, en remendar las redes. A ellos también les dijo Jesús: "Síganme". Al instante dejaron las redes y a su padre y se fueron en pos de Jesús.

De la misma manera —con sencillez— Jesús escogió a otros ocho, ordenándoles que lo siguieran y ellos abandonaron todo: familia, casa, trabajo y pueblo y siguieron a Jesús.

Los escogió en el principio de su vida pública y los llevó constantemente con Él para que escucharan sus enseñanzas y vieran sus milagros. Un día los enviará, no a los mares, sino al mundo a pescar las almas y conducirlas al Paraíso Celestial.

Bienaventurados los que Jesús elige para que le sigan. Pero más bienaventurados aún los que responden a su voz, los que por su amor lo dejan todo para seguirle. Brillarán como estrellas por perpetuas eternidades. Unos subirán un día al altar, otros irán a instruir ignorantes, para conquistar muchas almas y dilatar el Reino de Dios.



Los hijos del Zebedeo

Jesús también llamó a Santiago y Juan, hijos del Zebedeo: "Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron" (*Mateo* 5, 21-22).



El primer Milagro de Jesús
En Caná de Galilea, Jesús convirtió el agua en exquisito vino, y con esto "manifestó su gloria —la gloria de su divinidad— y sus discípulos creyeron más en Él" (*Juan* 2, 11).

Las Bodas de Caná

Al principio de la vida pública de Jesús, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales fueron invitados Jesús, su Madre y los principales discípulos.

Los esposos eran pobres y la provisión de vino —bebida ordinaria del país— resultó escasa, la Sma. Virgen lo advirtió y movida a compasión acudió a su Hijo, diciéndole: "No tienen vino". Y Jesús le respondió con profundo respeto: "Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Aún no ha llegado mi hora", o sea, el tiempo de hacer milagros (*Juan* 2, 2-11). Su Madre dijo entonces a los sirvientes: "Hagan todo lo que Él les diga" (*Juan* 2, 5).

Había allí seis tinajas de piedra para que los invitados pudieran lavarse las manos —según acostumbraban los judíos—, y Jesús les dijo: "Llenen de agua aquellas tinajas". Luego que la orden fue ejecutada, sin decir una palabra, sin hacer la menor señal, por un solo acto de su voluntad, Jesús cambió el agua en exquisito vino. Después les dijo: "Sáquenlos ahora y llévenlos al maestresala", o sea al que dirige el banquete —como era costumbre— y todos se quedaron maravillados del gran milagro que Jesús había obrado. Jesús, con este hecho, dio a conocer su gloria y sus discípulos creyeron más en Él.

Solo el dueño del mundo, el Creador del agua y de la vid —de cuyo fruto se obtiene el vino— podía hacer ese cambio prodigioso y Jesús como Dios pudo hacerlo.

Jesús asistió a esas bodas para dar testimonio de su estimación a la clase humilde realzada por la virtud, así como para dignificar a los ojos de los hombres el matrimonio que Dios instituyó desde el principio del género humano y que Él elevó a la dignidad de Sacramento para santificar el amor de los esposos y su legítima unión.

La unión del hombre y la mujer que no está bendecida por Dios es pecaminosa.

El matrimonio entre los cristianos es indisoluble, así lo declaró N. S. Jesucristo: "Lo que Dios ha unido, no lo desuna el hombre".

El Divorcio es un acto contrario a la Ley de Dios y a la felicidad de las familias. Por graves motivos, los casados pueden pedir a la autoridad eclesiástica la separación, llamada de cuerpos, pero los esposos no pueden contraer nuevo matrimonio mientras viva su consorte.

Jesús Hijo de Dios, María Madre de las divinas gracias

Solo Dios podía cambiar el agua en vino en las bodas de Caná y Jesús lo hizo porque era el Hijo de Dios; pero ese primer milagro lo obró a ruegos de su Sma. Madre. Dichosos aquellos esposos porque tenían con ellos a María y eran queridos de Ella. Nosotros también seremos muy afortunados si somos devotos de María. Dichoso aquel que ruega todos los días: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

Todos los favores, todos los bienes Celestiales que Jesucristo Nuestro Señor nos alcanzó con su Encarnación, Pasión y Muerte, la Sma. Virgen María tiene el encargo de distribuirlos entre todos sus hijos, de tal manera que todas las gracias que recibimos en nuestra vida, las recibimos por manos de la Sma. Virgen.

Pero observemos que la Virgen María dijo a los sirvientes: "Hagan todo lo que Él les diga", y eso mismo nos dice a nosotros: si quieren obtener el remedio de sus necesidades, hagan lo que Jesús les diga.

Hagamos también nosotros la voluntad de Dios y luego roguemos a María y nos convenceremos de que Ella verdaderamente es la Madre de las divinas gracias.

Los peregrinos que van a Nazaret no dejan de visitar a Caná. Todavía se ven allí las ruinas de la Iglesia que Sta. Elena hizo construir en el lugar mismo de la casa en que tuvo lugar el milagro. La fuente de donde los sirvientes sacaron el agua para llenar las tinajas, que es la única en aquel paraje, todavía existe.

La predicación de Jesús

El ministerio de Jesús

Después de que Jesús hubo efectuado el primer milagro en las bodas de Caná, todos hablaban de Él, y eran ya muchos también los que creían que Él fuera el Salvador enviado por Dios.

Y Jesús empezó a recorrer los pueblos, las ciudades y lugares de Palestina, predicando en todas partes el Evangelio, esto es, la buena nueva del Reino de Dios. Enseñaba a toda la gente las cosas necesarias para merecer el Cielo y sanaba al mismo tiempo a muchos enfermos.

Muy pronto se vio rodeado de una multitud de personas de toda condición, atraídas por la sublimidad de su Doctrina y sus milagros.

Jesús comía lo que le daban, dormía donde lo recibían o se pasaba la noche rezando. Sufría hambre, cansancio, frío y calor, con tal de seguir enseñando a todos los que venían a oírle.

Las enseñanzas de Jesús

Jesús hablaba de una manera sencilla, familiar. Su divina palabra llenaba de amor el corazón de las gentes.

Por las enseñanzas de Jesús, sabemos de una manera evidente que hay un Dios que nos ha creado. Que en Dios hay Tres Personas distintas que son: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. De Sí mismo nos hizo saber que Él era el Hijo de Dios venido del Cielo para salvarnos. Que Él era Dios y Hombre verdadero. Que tenemos un alma que vivirá siempre... Que Dios nos manda lo que tenemos que hacer, es decir, nos da su Santa Ley; que si la cumplimos seremos eternamente felices en el Cielo y que, si no la obedecemos, seremos eternamente desgraciados en el infierno. Que es necesario rezar. Que debemos hacer el bien y huir del pecado más que de la muerte. Jesús les explicó a las personas, una por una, todas las verdades que están escritas en nuestro Catecismo.



El Sermón de las Bienaventuranzas
Jesús enseñó que la verdadera felicidad no consiste en poseer las riquezas de la tierra, sino en practicar aquellas virtudes que nos dan su gracia aquí en la tierra y la gloria eterna en el Cielo.

El Sermón de la Montaña – Las Bienaventuranzas

Jesús había escogido 12 apóstoles con el fin de enviarlos luego a predicar y trasmitir por ellos y por sus sucesores en el apostolado, sus divinas enseñanzas a todos los pueblos y generaciones. En sus primeras instrucciones se encuentra la del Sermón de la Montaña.

Habiendo bajado de la montaña, se detuvo en una colina de donde podía ser visto y oído de la multitud que se había reunido en la llanura, que era, según refiere el Evangelista, un gran gentío de toda la Judea, de Jerusalén, de Tiro y de Sidón. Deseaban oír a Jesús porque la fama de su sabiduría eclipsaba a la de los más afamados doctores y maestros.

Al tender Jesús su mirada sobre ellos, vio que multitud de vicios manchaban sus corazones, y que sedientos de felicidad, en lugar de buscar las bendiciones y el amor de Dios, ponían todo su afán en los bienes perecederos, en la satisfacción de sus pasiones y en el goce de los placeres, pues creían que allí encontrarían la felicidad.

Jesús, pues, comenzó por establecer los principios de la verdadera felicidad y tomando la palabra dijo: ¡Bienaventurados!

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos".
"Bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos poseerán la tierra".
"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados".
"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados".
"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia".
"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".
"Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios".
"Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos" (*Mateo* 5, 1-12).

El mundo dice: Felices los ricos, los poderosos, los que no conocen las lágrimas y gozan de diversiones y placeres, los que no sienten compasión, los que pueden satisfacer su sed de venganza, los que gozan de festines y voluptuosidades.

Jesucristo dijo: "Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos" y en el Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que tienen el espíritu de pobreza, es decir, los ricos que tienen su mente y su corazón desprendidos de los bienes de la tierra, y los pobres de nacimiento que no envidian a los ricos".

"Bienaventurados los mansos para con sus semejantes, los dulces de corazón, porque nada resistirá a su influjo y poseerán la tierra de los elegidos, el Cielo".

"Bienaventurados los que lloran, es decir, los que sienten dolor de las llagas de su alma y de las ofensas causadas a Dios, porque serán consolados en esta vida por la unción de la gracia, y después sin fin ni medida, en el Cielo".

"Bienaventurados los que tienen hambre, es decir, sed de lo que es justo, porque Yo los saciaré, Yo que soy la Justicia".

"Bienaventurados los misericordiosos, es decir, los que por amor a Dios remedian las necesidades de su prójimo", pues Jesús también dijo: "Cuanto hagan a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mí me lo hacen".

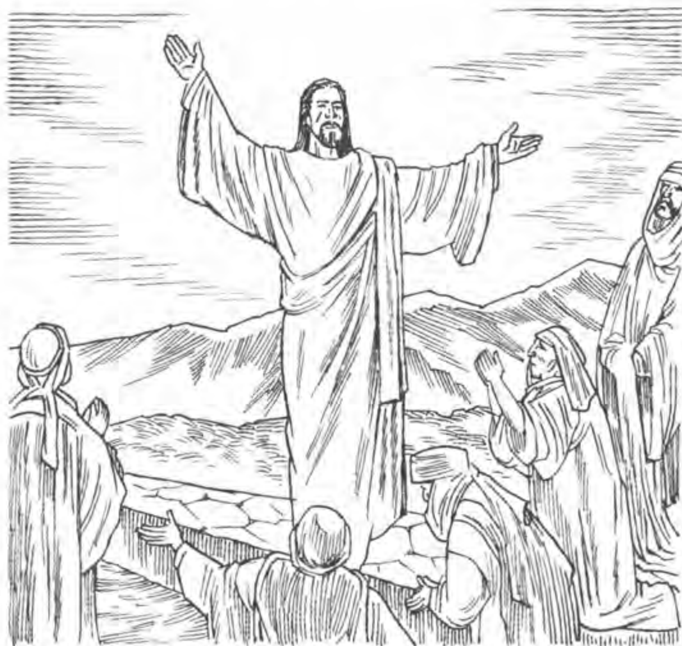
"Bienaventurados los que saben perdonar, porque Yo también les perdonaré".

"Bienaventurados los de corazón limpio, que no lo tienen manchado por el pecado mortal; ellos verán a Dios".

"Y los que ponen paz por donde pasan; serán llamados hijos Míos".

"Y Bienaventurados, sobre todo, los que sufren por conservarse buenos, honrados, puros... de ellos es el Reino de los Cielos".

Para grabar bien en la mente de los hombres la preferencia que deben dar a los intereses eternos sobre los bienes transitorios, dijo al pueblo: "No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen, y los ladrones perforan las paredes y los roban. Acumulen más bien tesoros que les sirvan para el Cielo, que no pueden ser destruidos ni robados. Porque ahí donde está tu tesoro —añadió— ahí estará también tu corazón. Y no hagan sus buenas obras para merecer la alabanza de los hombres, sino con el fin de agradar a Dios, porque el que busca las alabanzas humanas, en ellas encuentra su recompensa y ya no recibirá recompensa alguna de nuestro Padre que está en los Cielos".



Jesús nos enseñó a confiar en La Divina Providencia

"No se inquieten por su vida pensando en qué van a comer ni por su cuerpo pensando con qué se van a vestir. Busquen primero el Reino y su Justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura" (*Mateo* 6, 25-26). El Padre Celestial que nos promete y da lo más, que es la gracia y la gloria, no nos negará lo menos, que es el sustento corporal.

Jesús enseñó que Dios es nuestro Padre

Jesús decía: "Dios es nuestro Padre y nos ama mucho, nos ama con amor sin límites desde toda la eternidad y siempre quiere nuestro bien". Y luego añadía: "¿Ves las plantas? De las plantas nosotros tomamos los frutos para comer, tomamos de los campos el trigo para hacer el pan. ¿Y quién es el que madura los frutos? ¿Quién hace crecer el trigo? Dios. Mira a los animales de los que nos servimos para trabajar, y a los que matamos para comer su carne. ¿Quién es el que los ha creado? Dios". Y les repetía: "Dios es nuestro Padre. Es nuestro Padre y nos ama mucho".

Miremos en torno nuestro. Todo lo bello y bueno que nos rodea Dios lo ha creado y lo ha creado para nosotros porque nos ama entrañablemente. Mirémonos nosotros mismos de pies a cabeza, ¿acaso hay algo en nosotros que no lo hayamos recibido de Dios? Todo nos dice que Dios es bueno y que nos ama con un amor infinito. También nosotros debemos desear ardientemente ser buenos para asemejarnos a nuestro Padre Celestial, vivirle eternamente agradecidos y amarle con filial ternura.

Lo que más impresionaba a las gentes era lo que Jesús les decía acerca de la bondad de Dios y era lo que les repetía con más frecuencia.

Jesús les indicaba a sus oyentes los pajaritos y las flores del campo y les decía: "Miren cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y nuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No valen ustedes acaso más que ellos? Miren a los lirios del campo cómo crecen... no tejen ni hilan. Sin embargo, Yo les digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con nosotros?". Los pajaritos y las flores son criaturas de Dios; pero nosotros somos sus Hijos. Dios es nuestro Padre, nosotros sus hijos. Él es bueno, nos ama mucho y nos dará lo necesario aquí abajo, pero de un modo especial nos prepara una magnífica herencia en el Cielo. Amarle nosotros también, amarle y rogarle: Padre Nuestro que estás en los Cielos...

Que Dios es misericordioso

Además de la bondad e inmenso amor de Dios para con nosotros, Jesús nos dio a conocer la ternura y misericordia infinitas del Padre Celestial para con el pecador que se arrepiente.

Y Jesús narró la parábola de la Oveja Perdida y la del Hijo Pródigo, y al terminar decía a sus oyentes: "En verdad, en verdad les digo que habrá en el Cielo más alegría por un pecador que se arrepiente que por 99 justos que perseveren" (*Lucas*, 15, 7). Y en otra ocasión dijo: "Así les digo Yo, que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia" (*Lucas*, 15, 10).

Con estas palabras, Jesús nos enseñó cuán infinita es la misericordia y la paternal bondad de Dios para con sus hijos, pues queriendo que todos los hombres se salven, no solamente los ha redimido de la esclavitud del demonio y da a cada uno los medios necesarios para su salvación, sino que, con la indulgencia y ternura de un Padre amantísimo, perdona misericordioso al hijo ingrato que arrepentido implora su perdón y su clemencia, pues no quiere que el pecador muera y sufra la condenación eterna, sino que se convierta para que participe de su misma vida divina y pueda gozar un día de su misma gloria. ¿No somos nosotros mismos una prueba viva de la misericordia infinita de Dios? Cada uno de nosotros puede decir: ¿no he provocado con mis culpas su justicia y no me ha concedido tantas veces con infinita y paternal bondad su generoso perdón? Por lo tanto, nuestro amor a nuestro Padre Celestial debe hacernos sentir haberle ofendido tantas veces y desear sinceramente no ofenderle más en adelante.

Dios es justo

Las gentes oían a Jesús y se quedaban maravilladas al conocer el inmenso amor, la infinita bondad, la especial providencia de Dios para con todos los hombres y su divina misericordia para con los pecadores que se arrepienten de sus culpas.

Jesús también quiso que conociéramos algo muy necesario e importante para la vida eterna: la Divina Justicia, que es aquella perfección por la cual Dios no deja ningún acto bueno o malo sin premio o castigo.

Dios premia a los buenos y castiga a los malos, en parte en esta vida, pero el premio perfecto y el perfecto castigo Dios lo da en la otra vida después de la muerte, porque este mundo solo es un lugar de prueba y de permanencia transitoria.



El Hijo Pródigo

El hijo arrepentido de su mala conducta vuelve al hogar paterno
y pide perdón a su padre diciéndole: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti,
ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo" (*Lucas* 15, 21).

Jesús nos hizo saber que Dios no dejaría sin recompensa ni aun la más pequeña obra que hagamos con el fin de agradarle, al efecto dijo que Dios premiaría hasta un vaso de agua que diéramos a un pobre por amor a Él. Y Sta. Teresa nos dice que Dios no deja sin recompensa ni una mirada que elevemos hacia Él.

Cuánto debe animarnos la infinita liberalidad de Dios y su divina generosidad a obrar siempre el bien y hacer todos nuestros actos con intención de agradar a Dios y cumplir su voluntad, pudiendo decirnos a nosotros mismos: si Dios recompensa un vaso de agua dado a un pobre, ¿cómo premiará otras obras buenas de más importancia que me son fáciles y que si las hago por Dios tendrán como recompensa un bien infinito por toda la eternidad? ¡Una bienaventuranza eterna por un poco de trabajo y de esfuerzo! En cambio, qué empeño tan grande debo tener en evitar el pecado, pues cada acto malo merece castigo, aunque se trate de cosas pequeñas.





La buena muerte **La mala muerte**

Después de la muerte, habrá otra vida eternamente feliz para los buenos, y eternamente desgraciada para los malos.

Premio o castigo

Jesucristo juzgará a todos los hombres al fin de su vida, y dará a cada uno, para toda la eternidad, el premio o castigo que merezca según sus obras.

Todos hemos de morir una sola vez; no sabemos cuándo, ni cómo, ni dónde.

La muerte no solo es la separación del alma y del cuerpo, la muerte es la decisión definitiva de lo que nos espera por toda la eternidad. Hasta entonces puede cada hombre alabar y servir a Dios con todas las acciones de su vida o, en cambio, ofenderle una y otra vez... pero al llegar la muerte, ya no se puede agregar ni quitar nada... "Del lado que el árbol cayere, de ese lado permanecerá eternamente" (*Cf. Eclesiastés* 11, 3ss).

Debemos, pues, estar siempre bien preparados para morir en gracia de Dios.

Dios que es Padre amorosísimo "quiere que todos los hombres se salven" (1ª *Timoteo* 2, 4) y a todos da las gracias necesarias para la salvación. Pero en el plan de Dios, el hombre es libre: puede cumplir la voluntad de Dios o puede voluntariamente desobedecerle. De aquí que algunos hombres se cierren por su culpa, por su libre voluntad, el camino de la gloria eterna, con el pecado mortal.

De acuerdo con el proceder libre del hombre, Dios dará a cada quien el premio o el castigo que merezca según sus obras.

El Cielo

Dios premia a los que mueren en gracia de Dios con la gloria del Cielo.

El Cielo es un lugar de suma felicidad, de dicha perfecta, donde se ve claramente a Dios, se goza de inefables delicias y de todo bien, sin mezcla de mal alguno, por toda la eternidad.



El alma de los buenos es llevada al Cielo por los ángeles

En el Cielo, los premios y el grado de gloria y de felicidad serán proporcionados a la cantidad y calidad de las obras buenas hechas en gracia de Dios.

Lo único que nos puede hacer perder el Cielo es el pecado mortal. Todos los bienes de la tierra nada son comparados con el premio eterno que Dios tiene reservado en el Cielo a los que en esta vida le sirven con amor.

Es más dicha ver a Dios por un instante, que gozar eternamente de todas las riquezas, placeres y honores que se pueden imaginar en este mundo, porque el mundo entero, comparado con Dios, es como nada.

El premio correspondiente a cada obra buena, aun a las más insignificantes, es superior a todos los bienes materiales de la tierra, y durará eternamente.

Procuremos aprovechar todos los días, y aun todos los instantes de nuestra vida, haciendo todo el bien que podamos para ir aumentando nuestros méritos y premio de la gloria.

Si los que están en el Cielo pudieran tenernos envidia de algo, la tendrían porque nosotros, mientras vivimos, podemos aumentar siempre el tesoro de méritos y de premio para el Cielo, y ellos no.



Los que mueren en estado de gracia van al Cielo, lugar de delicias donde los bienaventurados gozan de Dios y de inefable felicidad por toda la eternidad.

Los que mueren en pecado mortal van al infierno, lugar de tormentos donde los condenados sufren terribles penas y el estar separados de Dios para siempre.

El infierno

Dios, como sabio legislador, debe establecer un castigo que de verdad aparte al hombre del pecado mortal. Tal es el castigo eterno del infierno.

Y para que tuviéramos un santo temor de la Justicia Divina, Jesús dijo: "No teman a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; teman antes al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno" (*Mateo* 10, 28).

Va al infierno quien quiere, pues Dios a todos da gracia abundante para no caer en el pecado, y con paternal ternura y misericordia infinita a los pecadores, mientras viven, les ofrece siempre generoso perdón.

Nadie se condena sino por su propia y libre voluntad, cometiendo culpa grave.

Va al infierno el que muere en el pecado mortal.

El infierno es el lugar donde se padecen penas eternas, donde los condenados sufren la privación de la vista de Dios —Sumo Bien—, el tormento del fuego y todo mal, sin mezcla de bien alguno.

En el infierno, el grado de tormento y el sufrimiento serán proporcionados a la cantidad y calidad de los pecados cometidos.

No hay mal en el mundo que nos dé siquiera una idea de lo terrible que es el infierno. El conjunto de males, sufrimientos y dolores que puede haber en la tierra nada son, comparados con los tormentos y las penas del infierno, las cuales durarán eternamente.

El temor del castigo eterno del infierno es una de las causas de que se cumpla la Ley de Dios y las almas se salven.

Evitemos el pecado, principalmente por no ofender ni desagradar a Dios nuestro amorosísimo Padre, así como para no hacernos merecedores de los castigos de su Divina Justicia. Mientras tengamos vida aprovechémonos de la infinita misericordia de Dios para obtener su generoso perdón y recomenzar a ganar méritos para cuando nos presentemos en su Tribunal.

¡Dios mío! que eres infinitamente Justo, no permitas que te ofenda, no permitas que con mis malas acciones te obligue a castigarme; antes bien, dame tu gracia para ganar con mis obras buenas la gloria del Cielo.

El Purgatorio

El Purgatorio es el lugar a donde van las almas de los que mueren con pecados veniales y las de los que, habiendo obtenido el perdón de sus pecados mortales, todavía deben hacer penitencia de ellos, para ser allí purificados antes de entrar al Cielo.

Los sufrimientos del Purgatorio son terribles, mucho más terribles que los de este mundo; pero allí se sufre con amor de Dios y con la seguridad de ir al Cielo.

La pena temporal se debe pagar en esta vida o en el Purgatorio. En esta vida se paga con actos de amor a Dios y al prójimo, o sea con oraciones, obras de caridad y de misericordia, así como con limosnas, actos de mortificación e indulgencias.



El Purgatorio
Allí están las almas de los que mueren en estado de gracia pero que no acabaron de expiar en la tierra sus pecados. Esas almas sufren y nos suplican que recemos por ellas, para que vayan pronto al Cielo.

Evitemos aun los pecados leves teniendo presente sus terribles consecuencias, pues retardan nuestra entrada en el Cielo, nos privan de muchas gracias y nos hacen merecedores de las penas del Purgatorio.

La Ley divina es amor

Dios es Amor y también es amor su Divina Ley.

La Ley Divina solo es amor. Amor a Dios y amor a nuestros prójimos. Y la recompensa de ese amor es luz, dicha y paz en esta vida, así como felicidad infinita y perpetua bienaventuranza en el Cielo.

Dios grabó su Santa Ley en el corazón del hombre al crearlo para que, por su cumplimiento, resplandeciese la belleza inmortal de su alma y se hiciese merecedor de un premio eterno.

Como los hombres olvidaron los Mandamientos divinos por el pecado, Dios —que ama entrañablemente a los hombres y es Padre infinitamente bondadoso— quiso recordárselos para que no se perdiesen eternamente, y lo hizo entregándoselos a Moisés escritos en dos tablas de piedra. Esos diez Mandamientos fueron la Ley moral para la humanidad hasta que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios hecho Hombre, los confirmó con la palabra y el ejemplo y les imprimió un espíritu nuevo, convirtiéndolos en la ley moral cristiana.

Si quieres entrar en la vida eterna

Muchas fueron las ocasiones en que Jesús habló de los Mandamientos durante su vida. En una ocasión se le acercó a Jesús un joven rico y, clavando la mirada en el Salvador, le preguntó con el ardor de un alma que busca de veras a Dios: "Maestro, ¿qué debo hacer para obtener la Vida Eterna?". Y Jesús le respondió: "Si quieres entrar en la Vida Eterna, guarda los Mandamientos" (*Marcos* 10, 17-22).

Jesús también solía decir, entre otras cosas tan admirables, esto: "El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él" (*Juan* 14, 23).

¡Qué gracias tan extraordinarias ofrece Jesús a los que cumplen sus Mandamientos! Aquí en la tierra su Amor divino y con él, el don precioso de la gracia que trae a Dios a vivir en nuestra alma y nos hace herederos de su gloria, mientras allá en el Cielo, una bienaventuranza incomparable que jamás disminuirá ni tendrá término porque es eterna.

El primero y principal de los Mandamientos

En otra ocasión, cuando uno de los Doctores de la Ley le preguntó al divino Maestro cuál era el principal de los Mandamientos, Jesús le dijo: "Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón y con toda tu mente". Este es el primero y principal Mandamiento. El segundo es semejante a este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". En estos dos Mandamientos está comprendida toda la Ley (*Marcos* 12, 30-31).



Si quieres ir al Cielo
Al joven que preguntó al divino Maestro qué debía hacer para obtener la Vida Eterna, Jesús le respondió: "Si quieres entrar en la Vida Eterna, guarda los Mandamientos" (*Mateo* 19, 17).

¿Por qué debemos amar a Dios?

• Porque Él nos ha dado este Mandamiento. Dios mismo pide nuestro amor: "Hijo mío, dame tu corazón" (*Proverbios* 23, 26), el precepto de amarle prueba la inefable bondad e infinita ternura de Dios para con nosotros.

• Por ser el Sumo Bien, porque es nuestro Padre Celestial y nuestro insigne y perpetuo bienhechor. Debemos amar a Dios porque posee todas las perfecciones, en Él todo es digno de amor; porque Él nos ha amado primero, nos ha amado con amor infinito desde toda la eternidad; Dios se llama y es nuestro Padre, por eso el Apóstol San Juan dijo: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre queriendo que nos llamemos sus hijos y lo seamos" (1ª *Juan* 3, 1). Él nos ha dado la vida y cuanto tenemos —sin Él no habríamos existido nunca—, Él nos protege constantemente con su Divina Providencia, Él ha hermoseado tanto la tierra que nos servirá de morada algunos años, Él ha sacrificado a su Hijo por nosotros para que tuviéramos de nuevo la vida divina en el alma, Él nos ha colmado de beneficios y quiere que siempre seamos dichosos, quiere darnos el Cielo donde Él Mismo quiere ser "nuestra recompensa sobremanera grande" (*Génesis* 15, 1).

Cuanta mayor sea nuestra obediencia a los Mandamientos, mayor será también el amor de Dios a nosotros. Conociendo estas maravillas del amor de Dios hacia cada uno de nosotros, ¿quién no se siente impulsado a amarle con toda la vehemencia de su corazón, a corresponder con inmensa gratitud y filial ternura a su amor paternal e infinita bondad? Amemos pues mucho a nuestro buen Dios, amemos a nuestro Padre Celestial con toda el alma, con todo el corazón, con toda nuestra voluntad y sobre todas las cosas, con ardientes y sinceros deseos de ser buenos para probarle nuestro amor con nuestras buenas obras, y sobre todo, temamos perder su amor, el amor de Dios solo se pierde por el pecado mortal.

Aquel a quien no importa ofender a Dios con sus desobediencias, miente cuando afirma que lo ama. El amor verdadero se demuestra con las obras. Aquel que verdaderamente lucha por cumplir sus Mandamientos y sus deberes, puede decir con verdad que ama a Dios, aunque no sienta sensiblemente su amor.

Jesús lo dijo en una ocasión: "No aquel que dice '¡Señor!, ¡Señor!', entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (*Mateo* 7, 21-23). Y hacer la voluntad del Padre Celestial es observar sus Mandamientos.

¿Por qué debemos adorar solo a Dios? ¿Por qué no debemos blasfemar su nombre? ¿Por qué debemos consagrarle un día por semana? Por amor, porque debemos amarle por sobre todas las cosas. ¿Por qué debemos cumplir nuestro deber de no mentir, no matar, no robar, no ofender con la impureza nuestra inteligencia y nuestro cuerpo? Responde el apóstol San Juan: "Porque debemos amar a Dios no con palabras ni con la lengua, sino con la verdad de los hechos".

El amor fraternal

Dios nos manda también amar a nuestros prójimos. ¿Y quién es nuestro prójimo? Todos los hombres son nuestros prójimos, hasta nuestros enemigos.

Todos los hombres somos hermanos, formando en la tierra una sola y grande familia, porque no tenemos sino un Padre común que es Dios.

Nuestro deber de amor fraternal para con el prójimo consiste, ante todo, en amarle por Dios, porque ha sido redimido con la Sangre de N. S. Jesucristo y porque ha sido destinado, como nosotros, a ver y poseer a Dios en el Cielo.

Un amor que se funde en otras razones no es amor cristiano, ni tiene por sí solo mérito para el Cielo.



La caridad fraternal

Dios es amor y es amor su Divina Ley. Amor a Dios y amor a nuestros prójimos. La caridad del prójimo hecha por amor a Dios, viendo a Cristo en el hermano que sufre, valdrá de tal manera que el Rey del Cielo dirá a los que la practicaron: "Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el principio del mundo" (*Mateo* 25, 34), pues Jesús considerará como hecho a Sí mismo, el bien material o espiritual que se hubiere hecho al prójimo.

Para comprender el amor cristiano al prójimo es necesario partir de nuestra unión con Jesucristo.

Por la gracia, Jesucristo comunica la vida divina al alma y está presente en ella. Por esto cada cristiano es otro Jesús, y así lo amamos a Él cuando amamos a nuestro prójimo, y le ofendemos a Él cuando le hacemos algún mal a nuestro prójimo.

Jesús tendrá como hecho a Él lo que se haga al prójimo

Para confirmar esta doctrina, Jesús declaró que, en el día del Juicio, tendría como hecho a Él mismo el bien o el mal que se hubiere hecho al prójimo. Y para estimularnos al cumplimiento de ese gran precepto de la caridad, agregó esta promesa: "Si perdonan a quien los haya ofendido, también Dios los perdonará". Y que daría una recompensa eterna al que practicara las obras de caridad materiales y espirituales con su prójimo.

Las enseñanzas de Jesús se reducían a estos dos grandes principios: ¿Quieren ir al Cielo?... Amen a Dios y amen al prójimo.

En las predicaciones de Jesús siempre estaban allí presentes los apóstoles, escuchando y aprendiendo la Doctrina de Amor de su Maestro. Amor a Dios y Amor a los hombres.

Para amar verdaderamente al prójimo no basta no hacerle ningún mal, sino que hay que ayudarlo en sus necesidades.

Señor Nuestro Jesucristo, abre nuestros ojos para que nosotros aprendamos a verte a Ti en nuestros hermanos que sufren en el cuerpo y en el alma. ¿Cuántas veces habremos pasado a su lado sin una limosna, sin una palabra de consuelo, sin pensar que era lo menos que podíamos hacer, dar en ellos gracias a tu divina bondad que tantas veces se ha apiadado de nuestros males y que nos ha colmado de tantos beneficios? ¡Señor!, que no seamos por más tiempo ciegos y sordos al llamado de aquellos hermanos nuestros que necesitan de nuestra misericordia espiritual y material, para que un día que ha de llegar, puedas Tú, en nombre de todos ellos, reconocernos y llevarnos a Tu diestra.

Veamos siempre en cada uno de nuestros hermanos a Cristo, para que podamos amarlo con el amor con que amamos a Cristo, y con el amor de Cristo amemos al Padre Celestial.

La fecundidad del amor cristiano ha creado los hospitales, los asilos de huérfanos, los institutos de ancianos, ciegos y sordomudos, dementes, abandonados, para toda clase de dolor y desventura, ha prometido millares de obras destinadas al alivio de los humildes y de los infelices.

El cristianismo es la epopeya del Amor. Proclama a los Santos, los que más han amado a Dios y más se han sacrificado por el prójimo, llegando a practicar en grado heroico la ley del Amor.



La Oración del Fariseo y el Publicano
El Fariseo, lleno de soberbia, oraba diciendo:
"¡Oh, Dios! Yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres" (*Lucas* 18, 11).
El Publicano, con profunda humildad, se golpeaba el pecho y decía:
"Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador" (*Lucas* 18, 11-13).

Jesús nos enseña a rezar

Rezar es conversar con Dios, es dirigir el pensamiento y el corazón a Dios para alabarle, darle gracias y pedirle lo que necesitamos.

Cuando reces piensa que hablas con Dios, hónrale, no solo con las palabras que salen de tu boca, sino con toda tu alma, con toda tu mente, con el afecto y gratitud de tu corazón.

La oración es el conducto por donde nos viene la gracia de Dios, y el medio necesario e infalible que se nos ha dado para conseguir nuestra salvación y el remedio de nuestras necesidades espirituales y temporales.

Jesús nos recomendó ese deber principalísimo de la vida cristiana, diciéndonos: "Orad siempre sin desfallecer" y "pide y recibirás, busca y hallarás, llama y se te abrirá" (*Mateo* 7, 7).

Jesús, con su ejemplo y sus palabras, nos enseñó a rezar; lo hizo desde su más tierna infancia en la casita de Nazaret y durante toda su vida, tanto en forma privada como públicamente. El Evangelio nos narra cómo Jesús, al terminar sus trabajos apostólicos, se retiraba a orar permaneciendo a veces toda la noche conversando, como Hombre, con Dios, su Padre.

Un día, los apóstoles le dijeron: "Señor, enséñanos a orar". Y Jesús les enseñó el Padre Nuestro, haciéndoles conocer lo que debemos pedir a Dios. Les dijo: "Cuando se pongan a orar, digan:

Padre Nuestro que estás en los Cielos;
santificado sea tu nombre.
Venga a nos tu reino.
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.
El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.
Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en tentación,
mas líbranos de mal. (*Lucas* 11, 1-4)
Amén".

La oración del Padre Nuestro es una oración sublime con la cual glorificamos a Dios y le pedimos cuanto es de provecho para nosotros. Nos hace recordar que nuestro Buen Dios es Padre de todos nosotros, que él nos ama como a sus hijos. Nosotros, como hijos amorosos, le pedimos a Dios su gloria; que reine en las almas con su gracia y en los corazones con su amor; que ningún hombre cometa pecados sino que cumpla su voluntad, como los ángeles y santos del Cielo. Con caridad fraternal le pedimos para nosotros y nuestro prójimo el alimento cotidiano, del alma y del cuerpo; el perdón de nuestras culpas; su ayuda en las tentaciones; que nos defienda en los peligros y nos libre del mal, del pecado y del infierno.

Aunque el Padre Nuestro es la oración más excelente porque nos la enseñó nuestro Señor Jesucristo, Jesús dejó en libertad a su Iglesia de formular otras oraciones, y a cada uno de nosotros, de expresarnos espontáneamente a Dios con las palabras que mejor respondan a las necesidades de nuestro corazón.

Nuestras oraciones deben ser atentas, humildes, perseverantes y con la confianza con que un hijo le pediría lo que necesita a un buen padre que lo ama tiernamente.

La oración enciende en nosotros la fe en Dios que todo lo sabe, que todo lo puede, que es infinitamente bueno y providente; y desarrolla en nosotros sentimientos de amor, reconocimiento y confianza hacia Dios que es nuestro Creador, nuestro Padre Celestial y nuestro insigne y perpetuo bienhechor.



Los fariseos tientan hipócritamente a Jesús
"Estén prevenidos y oren a fin de no caer en la tentación" (*Mateo* 26, 41). La vigilancia unida a la oración es, según N. S. Jesucristo, el remedio general contra las tentaciones. Padre Nuestro... no nos dejes caer en tentación.

Hay que orar siempre

Jesús dijo también: "Orar siempre sin desfallecer" (*Lucas* 18, 1), lo que quiere decir que no debemos dejar pasar un solo día sin hacer alguna oración.

Y no solo podemos rezar al levantarnos y al acostarnos, sino que nuestra vida puede ser toda ella una oración ofrecida a Dios.

El trabajo y todas nuestras acciones ofrecidas a Dios y hechas por su amor valen como una oración y nos sirven para aumentar nuestros merecimientos para el Cielo.

Un medio fácil de convertir todas nuestras acciones en oración es ofrecerlas todas las mañanas a Dios en unión de los méritos de Jesús, después cumplir nuestras obligaciones por amor a Dios, durante el día renovar el ofrecimiento al hacer las principales acciones y renovar la unión con Dios por medio de oraciones jaculatorias, por ejemplo, diciendo con la boca o el corazón: "Todo a mayor gloria de Dios", como S. Ignacio de Loyola o como el venerable Padre L. Puente, "Todo por Ti, Dios mío, o por tu amor, Señor y por la salvación de las almas".

Cuando rezamos estamos junto a Dios

Para rezar, para hablar con Dios, no necesitamos buscarlo en el Cielo, pues por razón de su inmensidad Dios está en el Cielo, en la tierra y en todo lugar. Dios está presente en todas partes, así es que siempre estamos junto a Él pues, como dice San Pablo: "En Él existimos, nos movemos y somos" (*Hechos de los Apóstoles* 17, 28).

Dios está particularmente cerca de los que le invocan con corazón sincero y, de una manera singular y amorosa, está en las almas que se hallan en gracia —que no tienen pecado mortal— pues en ellas se ha dignado poner su morada como en un templo y son un Sagrario vivo en el que habita la Sma. Trinidad.

Es hermoso y consolador saber que Dios está siempre junto a nosotros, que vivimos en Él, que oye benignamente nuestros ruegos y que, como Padre providente y amoroso, vela por nosotros y nos concede en abundancia sus dones y sus gracias.

Ninguna necesidad tenemos de alas para volar hasta Dios, basta que entremos dentro de nosotros mismos para encontrarle. Sta. Teresa decía: "Si hubiera sabido que un Huésped de tanta majestad habitaba en mi alma, no le hubiera dejado solo tantas veces". Lo mismo podemos decir nosotros y tratar de reparar ese abandono, conversando frecuentemente con el Divino Huésped y honrando su presencia en nuestra alma.



La Virgen María
Por tu Inmaculada Concepción,
oh María, haz puro mi cuerpo y santa el alma mía.

El Ave María

Las palabras del Ángel a la Sma. Virgen han dado parte a la oración del Ave María.

El Ave María es una oración de alabanza y ruego a la Madre de Dios. La alabanza son las palabras del Arcángel San Gabriel y de Sta. Isabel a la Sma. Virgen, y el ruego, las agregadas por la Iglesia con las cuales le pedimos su intercesión en la vida y en la hora de nuestra muerte.

"Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

El Ave María es un pequeño compendio de fe porque nos recuerda el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y el privilegio de la Sma. Virgen. Nos recuerda su Inmaculada Concepción, su Santidad, su Virginidad y su Divina Maternidad.

El Ave María es también la oración de la caridad porque nos recuerda el amor que Dios nos ha demostrado enviándonos su Divino Hijo a la tierra, la obra de caridad de la Sma. Virgen con Sta. Isabel, la caridad que nos hace tener a nosotros con nuestro prójimo al hablarle a la Madre de Dios en nombre de todos, y el amor de nuestra Madre del Cielo que ruega por nosotros aunque seamos pecadores.

Los Milagros de Jesús

Y Jesús continuaba predicando el Evangelio del Reino de Dios y curando a los enfermos. En todas partes, cuando oían decir que Jesús venía, le llevaban a todos los desgraciados pues Jesús, compadecido de ellos, con infinita bondad los curaba milagrosamente; sanaba a los ciegos, a los sordos, los mudos, los cojos, los paralíticos, los leprosos, a todos los curaba instantáneamente y permanentemente, únicamente por su palabra, al contacto de sus manos y aún más con su simple deseo. Sus milagros abarcaban también a aquellos que estaban poseídos de espíritus infernales.

Por medio de estos Milagros, Jesús probó que Él era Dios, por lo que podía decir: "Las obras mismas, que Yo hago, dan testimonio de Mí" (*Juan* 10, 25).

Y viendo sus milagros, todos estaban obligados a reconocer que nadie era capaz de hacer algo semejante, que Jesús en verdad era el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

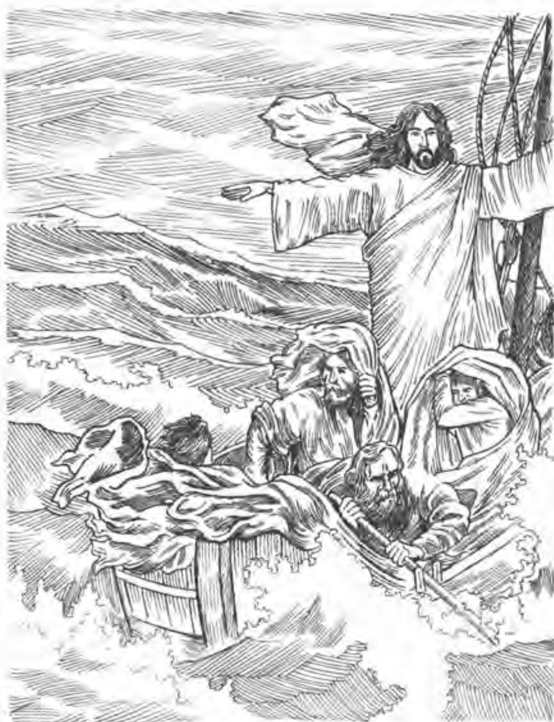
El viento y el mar obedecen a Jesús

Un día subió Jesús con sus apóstoles en la barca de Pedro para cruzar el Lago.

Estando rendido de fatiga, se quedó profundamente dormido en el fondo de la barca. De improviso se desencadenó un fuerte huracán y la tempestad se precipitó en el Lago, agitando fuertemente las aguas. Las grandes olas empezaron a entrar dentro de la barca amenazando hundirla. El viento silbaba y rugía la mar embravecida.

Los discípulos, aterrados, despertaron a Jesús y le dijeron angustiados: "Señor, sálvanos, que perecemos". Jesús tranquilamente les respondió: "Hombres de poca fe. ¿Por qué tienen miedo...?". Y poniéndose de pie extendió majestuosamente su brazo y con voz imperiosa mandó al viento y dijo al mar: "Calla, enmudece"; y como si hubieran tenido entendimiento, el viento y el mar obedecieron inmediatamente a Jesús, se apaciguaron al instante y todo el lago quedó en profunda calma.

Los apóstoles, maravillados, decían: "¿Quién es este, que los vientos y el mar le obedecen?" (*Mateo* 8, 23-27). Otra vez, Jesús les hizo hacer una pesca milagrosa, y en otra ocasión, vino a ellos caminando sobre el mar. Así preparaba a sus apóstoles para que pudieran saber que en verdad Él era Dios, Dios que todo lo puede.



La tempestad calmada

Cuando la tormenta estalle en nuestro propio corazón, cuando estemos en peligro de hundirnos en el pecado, de sucumbir en la tentación, acudamos a Jesús, digámosle como los apóstoles: "Señor, sálvanos, que perecemos" (*Mateo* 8, 25).

La barca de Pedro es una imagen de la Santa Iglesia. Cuántas veces se han desencadenado contra la Iglesia de Cristo la furia del infierno y la pasión salvaje de los hombres, y Jesús parece dormir, pero su corazón siempre vela y la omnipotencia divina no la deja perecer.

Cuando la tormenta estalle en nuestro propio corazón, cuando estemos en peligro de hundirnos en el pecado o de sucumbir a la tentación, como los apóstoles, acudamos a Jesús, pidámosle que nos salve, confiando plenamente en la omnipotencia y bondad de su divino Corazón que no nos dejará perecer.



El leproso

Como el leproso, postrémonos a las plantas de Aquel que puede sanarnos de toda miseria espiritual y con humildad, gran fe y confianza, digámosle: "Señor, si quieres, puedes purificar mi alma de la horrible lepra del pecado" (*Mateo* 8, 1-3).

Curación del leproso

No solo el mar y los vientos obedecían a Jesús, lo obedecían también las enfermedades, lo obedecían los demonios, lo obedecía la misma muerte.

Un día, un hombre cubierto de horrible lepra de pies a cabeza venía desde muy lejos siguiendo a Jesús y diciéndole a grandes voces: "Señor, si quieres, puedes purificarme".

La multitud a la vista de aquel hombre, que parecía un espectro, se apartó horrorizada por el aspecto repulsivo de sus carnes llagadas, el hedor de sus fétidas úlceras y por temor al contagio, pues el contacto y hasta el aliento comunicaban a otros la horrible enfermedad.

Al llegar cerca de Jesús, humildemente se arrodilló a sus pies y con voz suplicante le dijo: "Señor, si quieres, puedes curarme".

Y Jesús, movido a compasión, se acercó al leproso, con gran bondad extendió su mano y tocándole le dijo: "Quiero, queda limpio" (*Mateo* 8, 2). Y al instante el leproso quedó limpio y curado de su repugnante y mortal enfermedad.

El leproso, al ver que sus carnes podridas por la enfermedad habían sido súbitamente transformadas y sanadas, se llenó de júbilo y con profundo agradecimiento empezó a alabar y a glorificar a Dios.

Los que presenciaron el milagro, maravillados decían: ¡Nadie puede hacer lo mismo! ¡Le obedecen las enfermedades!, y reconociendo en Jesús un poder divino, con entusiasmo también glorificaron a Dios.

¡Qué bueno es Jesús y cuán accesible a todos por la caridad de su Corazón!

Si causan horror los miembros carcomidos por las llagas, tengamos por cierto que más temible aún que la lepra del cuerpo, lo es la del alma y más repugnante a los ojos de Dios.

Postrémonos también nosotros a las plantas de Aquel que puede sanarnos de toda miseria, y con la fe, humildad y gran confianza del leproso en la bondad omnipotente de Jesús, digámosle: "Señor, si quieres, puedes purificar mi alma de la horrible lepra del pecado". Y no olvidemos que, de las pruebas de gratitud, la que prefiere nuestro Padre Celestial es una fidelidad más completa a su Santa Ley.

Jesús liberta a un endemoniado

En aquella época, el demonio, no satisfecho con arruinar las almas, atormentaba también los cuerpos de sus víctimas haciendo sufrir de mil modos a esos infelices. No existía nadie en el mundo que fuera capaz de librar a los endemoniados de sus males. Pero a Jesús le bastaba una palabra de imperio y el demonio era arrojado.

Un día se acercó a Jesús un hombre y, poniéndose de rodillas, con voz suplicante y bañado en lágrimas, clamó a Jesús diciendo: "Maestro, mira, te ruego, con ojos de piedad a mi hijo, que es el único que tengo y es terriblemente atormentado por un espíritu maligno, le hace dar alaridos, le arroja contra el suelo y lo agita en violentas convulsiones y muchas veces lo ha precipitado en el fuego y en el agua".

Jesús, compadecido de la aflicción de aquel padre, le dijo que le trajera a su hijo, y le llevaron al desdichado de cuyo cuerpo se había apoderado el demonio. A la sola presencia del Salvador, el mal espíritu sacudió horriblemente a su víctima, la que se retorcía en el suelo espumando de cólera.

Con voz de mando, Jesús ordenó al demonio que saliera de aquel joven y que no volviera a entrar más en él. Al punto, dando un grito, el demonio salió del muchacho, el cual quedó curado desde aquel momento y Jesús lo entregó a su padre, el que no cabía en sí de gozo sintiendo su alma inundada de fe y de gratitud por aquel prodigio obrado por la bondad y omnipotencia de Jesús.

Todos los que se encontraban presentes se quedaron mudos de sorpresa al ver sano de cuerpo y alma al terrible endemoniado. Y después, maravillados decían: "¡Jamás hasta ahora nadie ha sido capaz de hacer una cosa tan estupenda! ¡Le ha bastado una palabra para derribar el poder del infierno!".

Jesús demostraba claramente su imperio sobre los demonios y su misión de Salvador del mundo.

Los que vieron este y otros de los milagros que hizo Jesús, decían: "¡Él manda a los vientos y al mar, tiene poder sobre las enfermedades, impera sobre el demonio!" Llegó un día que dijeron de Él: "¡Manda también sobre la muerte!" (*Lucas* 9, 37-42).

El joven libertado del demonio, lleno de amor y agradecimiento hacia su Salvador, contaba por todas partes lo que el Señor, en su misericordia, había hecho con él.

A los pies de Jesús recordemos también nosotros sus divinas misericordias y las numerosas veces que nos ha liberado del demonio y curado de los estragos que hizo en nuestra alma, manifestándole nuestra gratitud con amor, y el amor con buenas obras.

Jesús cura al esclavo del Centurión

La curación milagrosa del leproso, obrada a las puertas de Cafarnaúm, derramó viva luz en la mente del Centurión Romano —capitán de 100 soldados— que mandaba la pequeña guarnición de aquella plaza. Y aunque pagano, reconoció en Jesús al Señor de la naturaleza.

Teniendo un esclavo que se estaba muriendo de un ataque de parálisis, cuando oyó hablar de la llegada de Jesús, le salió al encuentro y, con sencillez y gran confianza, le expuso su demanda: "Señor, mi siervo paralítico está postrado en cama y sufre muchísimo".

Jesús, viendo la caridad compasiva de aquel Centurión que se preocupaba de la salud de su esclavo —que en aquel tiempo, más que como hombre era considerado como un objeto sin valor—, le dijo con gran benevolencia: "Yo iré, y le curaré".



La humildad del Centurión
El Centurión, confundido por la bondad de Jesús, le dice:
"Señor, yo no soy digno de que Tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra, y quedará curado mi criado" (*Mateo* 8, 8). Estas admirables palabras las repiten los fieles con unción y fervor antes de recibir la Sagrada Comunión.

El Centurión, con profunda humildad y fe sincera, respondió: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero mándalo con tu palabra y quedará curado mi siervo. Porque, aunque yo soy hombre sujeto a otro, tengo soldados a mis órdenes, y digo a este: 'Ve', y va; y al otro: 'Ven', y viene; y a mi siervo: 'Haz esto', y lo hace". Él quería decir: "Si yo hago esto, con mayor razón, a Ti, Señor dueño de la naturaleza, te basta mandar a la enfermedad y te obedecerá, recibiendo mi esclavo la salud".

La súplica del Centurión hecha en términos tan sinceros, acompañada de tanta fe en el poder y bondad de Jesús, agradó al Salvador. Cuando oyó esto, dice el Evangelista, se maravilló y dijo a los que le seguían: "¡En verdad les digo que ni en Israel he encontrado fe tan grande!". Y dijo después al Centurión: "Ve, y como creíste, así te sea hecho". Y en aquella misma hora sanó el esclavo.

¡Qué delicadeza y bondad la de Jesús! Ofrecerse a visitar al esclavo moribundo, de esta manera honraba al pobre, lo dignificaba y recompensaba la misericordia del Centurión. Mas el Centurión tenía tan alta y digna idea de lo que Jesús era, que quedó asombrado al ver que se dignaba ir a su casa, y confundido de semejante bondad, le manifiesta que él no era digno de que Jesús entrara en su casa.

Esas palabras admirables las ha santificado la Iglesia presentándolas a sus hijos para que las digan antes de recibir la Sagrada Comunión, y los fieles con unción y fervor las repiten diciendo: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada, pero di una sola palabra y mi alma será sana y salva" (*Mateo* 8, 8-13).

Los Santos todos, y la Iglesia entera, no han encontrado otras palabras más hermosas para decirlas al pie del Sagrario cuando Jesús se acerca a nuestros corazones. Y sin duda que el Señor Sacramentado las oye con singular complacencia, recordando la sincera y profunda fe del generoso Centurión romano de Cafarnaúm.

Jesús resucita al joven de Naim

Jesús se dirigía a la ciudad de Naim y con Él iban sus discípulos y mucha gente. Cuando llegaron a las puertas de la ciudad vieron una dolorosa escena, pues sacaban a enterrar a un joven que era el hijo único de una pobre viuda. Con ella venía mucha gente de la ciudad y cuando Jesús vio a la madre que lloraba desconsoladamente, se movió a compasión y le dijo: "No llores". Y adelantándose tocó el féretro.

Los que conducían el ataúd se detuvieron. Entonces dijo Jesús: "Joven, yo te lo mando, levántate". Al momento, el alma de aquel joven se volvió a juntar a su cuerpo y Jesús lo hizo vivir de nuevo. Y el que estaba muerto se levantó y comenzó a hablar. Y Jesús se lo entregó vivo a su madre (*Lucas* 7, 11-15).

Todos cuantos presenciaron el milagro de aquel joven muerto que había vuelto a la vida sintieron el temor de reverencia que siempre sobrecoge al espíritu humano ante las manifestaciones del poder divino, temor que pronto se trocó en alabanzas a Dios y glorificaron a Jesús que ante sus ojos había obrado aquel prodigio jamás visto.

La resurrección de un muerto es el más divino de los milagros, un sello irrecusable de la intervención divina. Sin embargo, el poder divino de Jesús quedaba como eclipsado ante la manifestación de la inefable ternura e infinita bondad de su piadosísimo Corazón.

Jesús era todo bondad. Era bueno con todos: con los enfermos a quienes sanaba, con los afligidos a quienes consolaba, con los pobres, con los pecadores, con los desgraciados, con todos. Y los que veían sus obras afirmaban: Jesús es omnipotente, Jesús puede hacer todas las cosas, Jesús es Dios. Jesús es todo bondad.

También nosotros glorifiquemos al Hijo de Dios por la bondad de su Corazón que no puede ver nuestras miserias sin compadecerse de ellas y estar siempre dispuesto a remediarlas.



Jesús todo bondad

"Y Jesús iba predicando el Evangelio del Reino de Dios, y porque tenía compasión de los enfermos y afligidos, curaba toda dolencia y toda enfermedad" (*Mateo* 9, 35).
¡Si conociéramos a Jesús!, ¡si conociéramos la inmensidad de su amor, la grandeza de su bondad y misericordia para cada uno de nosotros!, no podríamos menos que amarle también.

Jesús es omnipotente, Jesús es todo bondad

Una multitud de gente buscaba a Jesús ansiosa de verle, de oír sus palabras, de ver sus prodigios, pero los que más buscaban a Jesús por su bondad omnipotente eran los desgraciados y los afligidos.

Jesús era accesible a todos, en cualquier momento; a todos complacía, a todos consolaba, a todos bendecía; y Él que dominaba las fuerzas indómitas

de la naturaleza, las enfermedades incurables y las legiones más fieras de demonios, se rendía ante las súplicas de un desgraciado, ante el sufrimiento de un alma o un cuerpo, ante las lágrimas de una madre o de un padre atribulado; imponía sus manos para curarlos, para sanar a cada uno. Jesús pone al servicio de todos los tesoros infinitos de su ternura y de su bondad omnipotente.

Vayamos nosotros también a donde está Jesús, pongámonos bajo su mano que reparte bendiciones y pongamos a todos los que amamos, digámosle sus nombres, hablémosle de sus necesidades. Jesús nos escucha y atiende como si no hubiera nadie más en el mundo. Jesús se consagra por entero a cada uno, como se consagra por entero a todos juntos.

La fe nos enseña que Dios nos ama y que nos ama no en conjunto y como en masa, sino personalmente, individualmente, a cada uno de nosotros: "¡Me ama a mí!". Cada uno de nosotros puede hacer suyas estas palabras del Apóstol sin temor a equivocarse. Conoce mi nombre, tiene grabada en su Corazón mi imagen. Más aún, puedo asegurar que su Corazón es TODO para mí, porque Nuestro Señor no puede amar como nosotros, a medias, sino que cuando ama, ama con todo su Corazón, ama de una manera infinita.

A veces algunas almas dicen: "Yo quisiera que Nuestro Señor me amara más". ¿Pero acaso eso es posible? Porque, ¿puede amar más el que ama ya de una manera infinita?

Si en el mundo no existiera más que Dios —y tú, que lees estas líneas— no te amaría más de lo que te ama; si el único objeto de su amor fueras tú, te amaría como te ama.

Podemos pensar: "Pero, ¡es un exceso que Dios me ame así!". Un amor infinito, en comparación con esta pequeñez que somos nosotros, necesariamente será siempre un exceso, el amor infinito tiene que ser así. Y exceso es la vida de Nuestro Señor, y fue la Encarnación, y el pesebre, y Nazaret, y la Eucaristía, y su Pasión y su Muerte, porque así son siempre las obras de un amor infinito.

¡Oh, si conociéramos a Jesús!, ¡si conociéramos la grandeza de su amor y de su misericordia!, ¡si supiéramos cuánto nos ama y cómo vela por nosotros!, no podríamos menos que amarle también. Y aunque nosotros no podemos amarle sino a lo pobre, a lo miserable, con muchas deficiencias, pero si lo amáramos con todo nuestro corazón, con toda nuestra voluntad y le manifestáramos nuestro amor con las obras, nos elevaríamos sobre las miserias de la vida, la paz establecería en nuestros corazones el Reino de Dios y gozaríamos aquí en la tierra de un Cielo anticipado.



Jesús cura a los enfermos y al ciego de Jericó
Para curar nuestra ceguera espiritual, imploremos la misericordia de nuestro Salvador; digámosle como el ciego: "Jesús, Salvador, ¡ten piedad de mí! Señor, ¡haz que te vea, que te conozca, que te ame! ¡Que penetren las infinitas excelencias de tu divinidad y ternura, que vea las cosas de este mundo a la luz de la eternidad!".

El ciego de Jericó

En aquellos lugares donde Cristo predicaba existía una ciudad llamada Jericó, y a las puertas de esta, junto a la orilla del camino, se encontraba un ciego de nacimiento que pedía limosna. Era ciego y era mendigo, se trataba pues de un desgraciado. Pero aun en su desgracia había tenido alguna suerte pues le fue dado oír hablar de Jesús. Supo que Él era omnipotente y bondadoso. Y pensaba: "¡Si pasara por aquí! ¡Si yo le pudiese hablar! Estoy seguro de que recobraría la vista" (*Lucas* 18 35-43).

Un día sintió rumor de mucha gente que se acercaba. Preguntó: "¿Qué es lo que pasa?". Y le respondieron: "Es que viene Jesús de Nazaret".

Entonces pensó para sí: "Ha llegado mi hora". Y se puso a gritar con toda la fuerza de su voz: "¡Jesús, Salvador, ten piedad de mí!"... Los que estaban cerca del ciego querían obligarlo a que callase porque los molestaba con sus gritos, pero él cuanto más le amonestaban, más fuerte gritaba: "¡Jesús, Salvador, ten piedad de mí!"...

Y Jesús se detuvo y ordenó que le trajeran al ciego. Y cuando lo tuvo ante sí, le preguntó: "¿Qué es lo quieres?". El ciego, lleno de fe y con voz anhelante, le respondió: "¡Señor, haz que yo vea!". Y Jesús, con la inmensa bondad de su divino Corazón que no puede resistirse a los ruegos de los desgraciados que acuden y confían en Él, le dijo: "¡Ve, tu fe te ha salvado!" (*Lucas* 18, 35-43).

Y el ciego, que jamás había visto, vio; gozoso seguía a Jesús y con júbilo y gratitud glorificaba a Dios con todo el fervor de su corazón; y la multitud se unió a él para glorificar a Dios y con entusiasmo aclamaba a Jesús repitiendo: "¡Es omnipotente, es bueno!".

Hay otra ceguera: la ceguera espiritual, la de los que no conocen a Dios. Desdichados son los ciegos que no conocen a Jesucristo, los que no reconocen a su Iglesia.

Para recobrar la vista del espíritu y que la luz divina ilumine y gobierne nuestra vida, es necesario obrar como el ciego de Jericó: invocar a Jesús, clamarlo con la fe intrépida, con la confianza ilimitada y la insistencia de aquel pobre ciego.

Como él, digámosle: "Jesús Salvador, ¡ten piedad de mí!". ¡Señor, haz que te vea, que te conozca, que te ame! Que penetren las infinitas excelencias de tu divinidad, las ternuras de tu misericordia, las maravillas de tu sabiduría, haced que vea las cosas de este mundo a la luz de la eternidad.

Roguemos también por aquellos miles de hermanos nuestros que viven hundidos en las profundas tinieblas del paganismo, para que pronto sean sus vidas iluminadas por la Luz del Evangelio, para que la Luz Divina llegue pronto a sus almas.

Jesús sana al paralítico

Jesús predicaba y obraba grandes milagros para dar a conocer que Él en verdad era el Hijo de Dios.

Otra cosa más hacía Jesús: perdonaba los pecados (*Lucas* 5, 18-28).

Predicaba Jesús un día en el interior de una casa, y entre sus oyentes había algunos fariseos soberbios, hipócritas, duros de corazón que no querían creer que El fuera el Hijo de Dios, que lo consideraban como un enemigo peligroso y buscaban el modo de deshacerse de Él lo más pronto posible.

Y mientras Jesús hablaba dentro de la casa, se apiñaba una multitud de gente tan grande, que no solo llenaba la estancia donde se hallaba Jesús, sino también el patio y hasta las calles vecinas: todos con el fin de oír lo que decía y presenciar las cosas que hiciera.

Y he aquí que de pronto llegan unos hombres conduciendo una camilla sobre la que se veía tendido un pobre enfermo. Y querían entrar pero en el patio y en la puerta de entrada era tal la cantidad de gente que se apretujaba, que era materialmente imposible conseguirlo.

Los portadores del enfermo, para hacerlo llegar hasta Jesús, subieron la camilla por una escalera externa que terminaba en la azotea de la casa, luego quitaron varias lozas del techo hasta hacer un gran agujero, y por ahí, con unas cuerdas, bajaron al enfermo y lo colocaron ante Jesús que predicaba (*Mateo* 9, 1-8).



Curación del paralítico

Para que nuestras almas sanen de la parálisis espiritual causada por los pecados, vayamos a Jesús y confesémoslos humildemente en el tribunal de la penitencia, y Jesús, por medio del Sacerdote, nos dirá como al paralítico: "Ten confianza, hijo mío, tus pecados te son perdonados" (*Mateo* 9, 2).

¡Imagina la impresión de los que escuchaban a Jesús al ver la camilla descender desde el techo de la estancia! Conmovidos, le hicieron un poco de lugar y todos los ojos se fijaron en el pobre enfermo. Daba lástima. Tenía muchos años de estar acurrucado en su pequeño lecho y no podía mover las piernas ni los brazos porque estaba paralítico. Se le leía en los ojos el gran deseo que tenía de sanar.

Jesús, admirando la fe del paralítico y la intrépida abnegación de los que lo llevaron, también lo miró. Pero Él, como era Dios, veía en el enfermo lo que los otros no podían ver: veía el alma y los pensamientos de aquel pobre hombre. Y veía que en su alma había muchos pecados, que el alma estaba más enferma que el cuerpo. Y el pobre hombre pensaba: "Mis pecados me hacen indigno, si yo fuera bueno, Jesús me concedería la gracia que deseo".

Y al ver la mirada amorosa de Jesús, el desgraciado sintió un grande arrepentimiento de sus faltas... Y Jesús respondió a sus pensamientos, diciéndole: "Ánimo, hijo mío, tus pecados te son perdonados".



Los dos deudores
Si perdonan a quien los haya ofendido, Dios también los perdonará.
Padre Nuestro que estás en los Cielos... perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Jesús le perdona los pecados

Las palabras de Jesús, pronunciadas en medio de un gran silencio, causaron una profunda impresión. El paralítico estaba lleno de alegría, pero los fariseos pensaban: "¿Qué es lo que ha dicho? ¡Dice que le perdona los pecados! Esto es una blasfemia, ningún hombre puede perdonar los pecados, sino solo Dios".

Y mientras tanto, Jesús los miraba y veía lo que pasaba en sus corazones y leía sus pensamientos. Y les dijo: "¿Por qué piensan tan torcidamente en sus corazones? Díganme: ¿qué es más fácil? ¿Decir a este: 'Tus pecados te son perdonados' o decirle: 'Levántate y anda'?"... Los fariseos no sabían qué contestarle. Tan difícil era una cosa como la otra. Solo Dios puede curar de improviso a un enfermo incurable y solo Dios puede perdonar los pecados.

Y Jesús añadió: "Pues para que vean que el Hijo del hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados —se volvió hacia el paralítico—, a ti te digo levántate, toma la camilla y vete a tu casa" (*Mateo* 9, 1-7).

Al instante, una conmoción violenta sacudió todo el cuerpo del enfermo, y ante el asombro de todos, se levantó y con gran alegría tomó su lecho y se fue a su casa glorificando al Señor.

Los asistentes se quedaron estupefactos, todos los testigos del prodigio decían: "Jamás hemos visto maravilla semejante". Y era verdad, pues jamás habían visto a nadie que fuera tan bondadoso de corazón y tan poderoso en obras, tan Hombre y a la vez tan Dios como Jesús. Y asombrados exclamaban: "¡Le ha perdonado los pecados y lo ha curado!"...

Mediante este milagro Jesús ha demostrado que era Dios, pero también para hacer ver que vino a la tierra no solo para predicar, sino también para perdonar los pecados.

Y mientras estuvo en la tierra, ¡Jesús perdonó a tantos y tantos que le pidieron el perdón! Y también ahora como entonces, Él perdona los pecados que nosotros hemos cometido. ¿Cuándo nos los perdona? Cuando vamos a confesarnos.

Es necesario curar el alma antes que el cuerpo. Nosotros le pedimos a Dios beneficios temporales, hagámonos merecedores de ellos por la confesión de nuestros pecados, sometámonos primero a la misericordia que perdona antes de acudir a la omnipotencia que sana y a la bondad que beneficia. La salvación y santificación del alma deben preocuparnos infinitamente más que el bienestar del cuerpo.



María Magdalena
Estando verdaderamente arrepentida de sus pecados, se arrodilló a los pies de Jesús y los bañó con sus lágrimas. Imitemos a esta mujer, reparemos nuestras faltas, paguemos nuestra deuda con Dios. Con sincero amor y el arrepentimiento más vivo, digamos frecuentemente: "Dios mío, te amo... perdón por haberte ofendido".

María Magdalena a los pies de Jesús

En una ocasión, uno de los principales fariseos rogó a Jesús que fuera a comer con él; habiendo entrado en la casa del Fariseo, se sentó Jesús a la mesa.

Y una mujer de mala conducta, llamada María Magdalena, muy conocida en la ciudad, estando verdaderamente arrepentida de sus pecados, luego que supo que Jesús estaba en la mesa en casa del Fariseo, fue con un vaso de alabastro lleno de perfume —y sobreponiéndose al respeto humano—, se arrojó a los pies de Jesús y comenzó a bañarlos con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos y los besaba con profundo respeto, derramando sobre ellos el perfume.

Penetrada de muy vivo dolor y abrasada de tiernísimo amor, su único pesar era haber ofendido a Dios, sin otro deseo que el de agradarle.

Jesús la acoge con inefable condescendencia porque ha cumplido las condiciones que Él exige para absolver las culpas, y volviéndose a ella, le dijo: "Tus pecados han sido perdonados. Tu fe te ha salvado, vete en paz" (*Lucas* 7, 36-46).

¿Cuál es la condición que Jesús exige para el perdón? Un acto de amor. Lo único que Dios busca en este mundo es el corazón de su criatura; he aquí lo que quiere que le devuelva el pecador arrepentido. Celebremos el advenimiento de la misericordia divina acá en la tierra. Las almas caídas saben hasta qué punto pueden esperar de su Salvador la gracia del perdón.

Dios perdona por el mismo motivo que le movió a crear al mundo: para hacerse amar. Cuanto más le amemos, más nos perdonará. Y cuanto más nos perdone, más querrá que le amemos.

Toda una vida de crímenes se borra con un acto de amor. Si le amamos y nos apartamos del pecado, ya no tenemos que temer a su Justicia Divina.

Imita a esta mujer y paga tu deuda con Dios. Apártate del pecado y di con frecuencia: "Dios mío, te amo... perdón por haberte ofendido".



Jesús bendice a los niños
"Dejen que los niños vengan a Mí y no se lo prohíban, que de ellos es el Reino de Dios" (*Lucas* 18, 16).

¡Cuánto amaba Jesús a los niños!

Los niños fueron siempre objeto de señalada predilección por parte de Jesús.

Un día se desarrolló una escena conmovedora. Varias madres llevaban sus niños a Jesús para que pusiera sobre ellos sus manos y los bendijera. Como en esa ocasión Jesús estaba muy fatigado, los discípulos quisieron impedírselos pensando que molestaban a su Maestro. Pero Jesús les dijo: "Dejen que los niños se acerquen a Mí", y luego agregó: "Porque de ellos y de aquellos que se les asemejen es el Reino de los Cielos". Y para demostrar cuánto ama Dios a las almas puras, a las almas sencillas, a las almas de buena voluntad, Jesús acarició a los pequeñuelos, les impuso las manos y los bendijo.

Otra vez, Jesús lanzó terribles amenazas contra los que escandalizan a los niños y les hacen perder el inestimable tesoro de la inocencia: "Más le valiera a esos hombres —dijo— que les ataran al cuello una rueda de molino y los arrojasen en lo más profundo del mar".

También es una grave responsabilidad para los que quieren oponerse a que se acerquen los niños a Jesús. La inclinación hacia Dios es innata en los niños.

Como los niños debe ser el que pretenda entrar en el Cielo. Para encontrar a Jesús hay que buscarlo con la sencillez y rectitud de los niños, pidámosle nos conceda la gracia de la infancia espiritual. Felices los que llegan a ser puros, sencillos, humildes y obedientes por su esfuerzo y por virtud, como los niños lo son por naturaleza.

La multiplicación de los panes

Un día se sentía Jesús muy fatigado y subió a una barca junto con sus apóstoles. Quería trasladarse a la orilla opuesta del lago para quedarse solo y descansar un poco, pero la gente, cautivada por sus palabras, fascinada por la bondad de su Corazón y maravillada por sus estupendos prodigios, no quería separarse de Él. Por la dirección que había tomado la barca, calcularon el lugar donde se detendría Jesús y millares de personas se fueron tras Él dando la vuelta por la ribera del lago. De modo que, al descender Jesús de la barca, se encontró con una multitud innumerable que le esperaba, y el buen Maestro se sintió hondamente conmovido de aquellas almas que semejaban ovejas sin pastor, y olvidándose de su cansancio, les habló largamente del reino de Dios.



La multiplicación de los panes
Embelesadas con la Palabra Divina de Jesús, las gentes se olvidaron del tiempo y aun del alimento necesario para su sustento. Jesús, compadeciéndose de ellos, mostró la bondad de su Corazón y su poder sobre la naturaleza, y multiplicando milagrosamente cinco panes y dos pescados dio de comer a 5,000 hombres, sin contar a las mujeres y los niños (*Mateo* 14, 13-21).

Embelesados con sus palabras, las turbas estaban quietas, pendientes de los labios de Jesús y se olvidaron del tiempo y aun del alimento necesario para su sustento.

Ya declinaba el día y los apóstoles espantados de esa situación se acercaron a Jesús y le dijeron: "Maestro, es este un lugar desierto y la hora es ya avanzada; despacha a las gentes, para que vayan a las aldeas y compren qué comer". Y Jesús les respondió: "No tienen necesidad de irse: denles ustedes de comer". Y se volvió hacia Felipe: "¿Dónde podremos comprar pan para que coman estos?". Esto decía por probarle, porque Él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: "Doscientas monedas no bastarían para que cada uno reciba una pequeñez". Porque eran como unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y los niños. Entonces Andrés le dijo: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?"... Jesús les respondió: "Háganlos sentar" (*Juan* 6, 9-10).

Los apóstoles sentaron a todas las gentes en grupos de 100 y de 50 personas. Entonces sucedió algo admirable. Jesús tomó en sus manos los panes y los peces, alzó los ojos al Cielo en oración y los bendijo. Partió los panes y los peces dándoselos a sus discípulos para que los distribuyesen entre todos. Y los apóstoles repartieron a la multitud los peces y el milagroso pan que no cesaba de multiplicarse en las manos de Jesús. Y comieron todos hasta saciarse. Luego Jesús les ordenó que recogiesen las sobras y llenaron 12 cestas con los pedazos que quedaron (*Mateo* 14, 13-21).

Los que presenciaron y experimentaron el gran milagro, con un entusiasmo sin igual, decían: "¡Este es el Salvador que Dios nos ha enviado!"... y arraigando en ellos la fe, manifestaron más profundo amor y mayor devoción hacia Jesús. Y querían proclamarlo rey, pero Jesús huyó de en medio de la multitud y se retiró solo a un monte a orar.

El tiempo que se pasa escuchando a Jesús no es tiempo perdido; al dedicarlo a los negocios del Cielo, no sufrirán menoscabo los de la tierra. Busquemos ante todo el reino de Dios y su justicia, convencidos de que todo lo demás, todas las cosas necesarias a la vida presente nos serán dadas por añadidura.

Gran admiración les causó a los judíos el ver la manera maravillosa con que Jesús dio de comer a tantos millares de gentes. Nosotros también somos espectadores de un prodigio semejante y que debe causarnos mayor admiración, pues verdaderamente es admirable la multiplicación de las semillas. Con algunos granos arrojados a la tierra Dios alimenta, todos los años, a millones de criaturas. Un grano de maíz sepultado en la tierra se convierte en 300 y 400 granos, de una semilla de naranja nace un árbol que cada año produce cientos de naranjas.

Antes de comer elevemos, a ejemplo de Jesús, nuestros ojos y nuestros pensamientos hacia Aquel de quien recibimos los alimentos que se nos sirven y pidámosle los bendiga. Después de la comida, démosle gracias desde lo íntimo del corazón.

Debemos admirar y alabar el poder e infinita sabiduría de Dios, bendecir su inefable bondad y hacer crecer en nuestros corazones el amor y la gratitud hacia un Padre tan providente y amoroso.

Promesa de la Eucaristía

Al día siguiente todos hablaban del gran milagro que Jesús había hecho. Gentes de todas partes buscaban a Jesús, a quien encontraron en Cafarnaúm. Entre ellos había muchos de los que habían sido alimentados el día anterior con el pan milagroso.



Jesús predica desde la barca de San Pedro

La gente escuchaba con amor a Jesús y se maravillaba de su Doctrina. A ejemplo de Jesús, antes de comer, elevemos nuestros ojos y nuestro pensamiento hacia Aquel de quien recibimos los alimentos que se nos sirven; pidámosle los bendiga. Después de la comida, démosle gracias desde lo íntimo del corazón.

Al verlos, Jesús les dijo: "En verdad, en verdad les digo, ustedes me buscan no porque han visto los milagros, sino porque han comido los panes y se han saciado; procuren no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del Hombre les da... porque el pan de Dios es el que bajó del Cielo y da la vida al mundo".

Esto impacientó a todos y comenzaron a decir: "Señor, danos siempre de ese pan".

Y Jesús les contestó: "Yo soy el Pan de vida —y continuó explicándoles— yo soy el Pan vivo bajado del Cielo para que el que lo coma no muera; si alguno come de este pan vivirá para siempre y el pan que yo le daré es mi Carne para vida del mundo".

Los judíos se miraban estupefactos y decían: "¿Cómo puede darnos a comer su propia carne?".

Y para que no tuvieran ninguna duda, Jesús, confirmando lo que había dicho, agregó: "En verdad, en verdad les digo que si no comen la Carne del Hijo del Hombre y no beben su Sangre, no tendrán vida en ustedes".

Para afirmar más lo que les decía, añadió: "El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré el último día. El que come mi Carne y bebe mi Sangre está en mí y Yo en él... y no le sucederá como a nuestros padres que comieron el maná y murieron. El que come este Pan, no morirá, sino que vivirá eternamente" (*Juan* 6, 51-58).

Muchos no comprendieron las palabras de Jesús y le dijeron: "Hoy nos hablas de cosas que no podemos creer", y olvidando el milagro del día anterior que demostró que Jesús era Dios, que era omnipotente, se fueron...

Junto a Jesús estaban los apóstoles y dirigiéndose a ellos, para probarlos, les dijo: "¿También ustedes quieren irse?". Pero San Pedro, que como los demás apóstoles sabía que Jesús puede hacer todas las cosas porque es Dios, y que si les dice que les dará a comer su Carne y a beber su Sangre, seguramente lo hará, le responde a nombre de todos: "Señor, ¿a quién hemos de ir? Tú solo tienes palabras de vida eterna... Y nosotros sabemos y creemos que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (*Juan* 6, 67-68).

Jesús hizo aquel día una promesa. Él deseaba darnos su Cuerpo como alimento bajo las apariencias del Pan. ¿Cuándo cumplió Jesús esa promesa? En la noche del Jueves Santo, en la Última Cena, cuando instituyó el Sacramento de la Divina Eucaristía.

Entre los cristianos unos se portan como los judíos y otros como San Pedro. Algunos le vuelven las espaldas y dicen: "¿Cómo es posible que el Cuerpo de Jesús esté en la Hostia?". ¿Que cómo es posible? ¿Pero existe algo que sea imposible a Dios, a Él que de la nada creó el Universo y cuanto contiene? Y Jesús lo ha dicho. Sin embargo, algunos no lo creen o al menos obran como si no lo creyesen, porque ni siquiera le saludan al pasar ante Él por la puerta del Templo y no van a visitarlo a la Iglesia. Y otros hasta desdeñan recibirlo en la Santa Comunión.

Y los cristianos que saben que Jesús es el Hijo de Dios, que está en la Hostia Santa, vivo y verdadero como en el Cielo, ¿qué hacen? Como San Pedro le manifiestan a Jesucristo su fe, agradecimiento y amor, y procuran resarcirle de la indiferencia de los que le abandonan y le olvidan.

Los amigos de Jesús

Lázaro, Marta y María, amigos de Jesús, vivían en una pequeña población llamada Betania, cerca de Jerusalén. Jesús con frecuencia se hospedaba en su casa, porque los amaba (*Juan* 11, 32-44).



Los amigos de Jesús

"Jesús —dice San Juan— amaba a Marta y a su hermana María y a Lázaro", y por eso gustaba de hospedarse en su casa. Mientras Marta se afana por servir al Señor, María, sentada a los pies del Maestro, escucha su divina palabra (*Lucas* 10, 39-42).

En una ocasión, Lázaro enfermó de gravedad. Sus hermanas enviaron a Jesús un recado diciéndole: "Señor, el que amas está enfermo". Ellas esperaban que al saber de la enfermedad de Lázaro, el Maestro se pondría inmediatamente en camino para visitar a su amigo y devolverle la salud, pero Jesús permaneció dos días en donde estaba. Después dijo a sus discípulos: "Lázaro, nuestro amigo, ha muerto; vamos a verle. Yo me alegro por ustedes de no haber estado allí para que crean".

Cuando Jesús llegó a Betania, hacía ya cuatro días que Lázaro estaba enterrado. Al saber Marta que venía Jesús, salió a recibirle y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Mas también sé ahora que todo lo que le pidieres a Dios, te lo concederá". Impresionado Jesús por su fe en Él, le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta le respondió: "Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día". Jesús le dijo: "YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA; EL QUE CREE EN MÍ, AUNQUE HUBIERE MUERTO, VIVIRÁ. Y TODO AQUEL QUE VIVE Y CREE EN MÍ, NO MORIRÁ JAMÁS. ¿Crees esto?". "Sí —respondió Marta—, yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo". Y dicho esto, fue y llamó en secreto a María, su hermana.

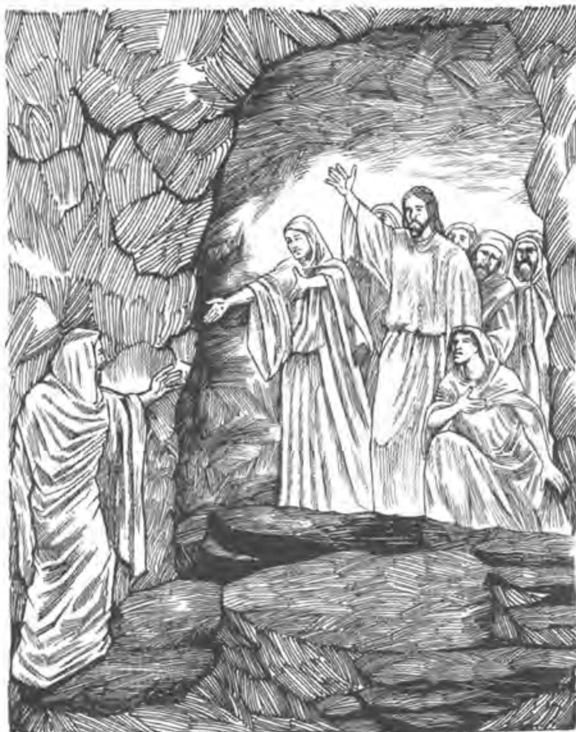
Algunos instantes después acudió María Magdalena, seguida de muchos amigos de la familia que, para consolarlas, habían venido de Jerusalén. Llegando cerca de Jesús, se arrodilló a sus pies y deshaciéndose en lágrimas, le dijo como su hermana: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto". Viéndola Jesús llorar, y que también lloraban los judíos que con ella habían venido, una conmoción agitó su espíritu y, conmoviéndose profundamente, también lloró. Lo cual hizo decir a muchos: "Vean cómo lo amaba". Otros dijeron: "¿No podía este, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriera?". Jesús les dice: "¿En dónde lo pusieron?". Le respondieron: "Ven, Señor, y lo verás". Con nuevos sollozos que le salían del corazón, vino al sepulcro, que era una gruta cavada en la roca y cerrada con una piedra.

Entonces Jesús ordenó: "Quiten la piedra". Instintivamente Marta le dice: "Señor, ya hiede, porque hace cuatro días que murió". Jesús le dijo: "¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?". Quitaron pues la piedra y reinó un profundo silencio; los asistentes, inmóviles, con ansiedad esperaban lo que iría a suceder. Jesús se hallaba frente a un cadáver putrefacto, ante un cuerpo en estado de descomposición.

Para probar su Divinidad a aquellos que les iba a ser dado presenciar el milagro, Jesús, en su humanidad, oró a Su Padre Celestial, y alzando los ojos dijo: "¡Padre, gracias te doy porque me has oído! Yo bien sabía que siempre me oyes, mas lo he hecho por razón de este pueblo que está alrededor para que crean que Tú me has enviado".

Entonces, extendiendo la mano hacia el cadáver, dijo en alta voz: "Lázaro, sal fuera". Todos se sintieron como electrizados al oír los acentos vibrantes de la voz divina que ejerce su dominio sobre la muerte. Mudos de espanto todos contemplaban cómo aquel que había estado muerto y su cuerpo en corrupción volvía a la vida, esforzándose por quitarse la mortaja que le ataba los pies y manos y el sudario que le cubría el rostro. Todos se sentían como petrificados y no podían salir de su asombro. Jesús les dijo: "Desátenlo para que pueda caminar" (*Juan* 11, 44).

Le quitaron las telas con que lo habían amortajado y Lázaro apareció lleno de vida echándose a andar, bendiciendo y alabando a Dios.



Jesús resucita a Lázaro
Marta dijo a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano". Y Jesús le dijo: "YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA, EL QUE CREE EN MÍ, AUNQUE MUERA, VIVIRÁ; Y TODO EL QUE CREE EN MÍ, NO MORIRÁ PARA SIEMPRE" (*Juan* 11, 25-26).

Muchos de los testigos de aquella impresionante y conmovedora escena, que antes estaban contra Jesús, creyeron en su divinidad, juzgando, con razón, que devolver la vida a un cadáver después de cuatro días de enterrado es un hecho que está muy por encima de las leyes de la naturaleza y que, por consiguiente, solo puede ser realizado por el Autor mismo de esas leyes.

En cambio, otros, obcecados en su odio ciego, se unieron a los fariseos y saduceos para buscar el modo de dar muerte a Jesús.

Jesús, al ver la pena de María Magdalena, se conmovió... ¡y Jesús lloró! Sus lágrimas demuestran el interés y la compasión que siente por los que sufren; es verdaderamente como uno de nosotros y nuestros asuntos son verdaderamente suyos. Gocémonos de sentirnos tan amados por el más puro y tierno de los corazones. Digamos: "¡He ahí cómo los amaba, y he ahí cómo me ama!".

A veces lo que pedimos a Dios no es para el bien de nuestra alma, o porque quiere probarnos no accede a nuestras peticiones y parece que no las oye, pero siempre podemos tener la seguridad de que todo lo que Él permite o dispone es para nuestro bien espiritual y felicidad eterna. En los acontecimientos dolorosos debemos decir de todo corazón esta sublime jaculatoria: "Hágase la voluntad de Dios, justísima, amabilísima, pero impenetrable, y sea alabada y eternamente bendecida".

El sepulcro de Lázaro en Betania ha sido durante todos los tiempos del cristianismo lugar de peregrinaciones y piadosas visitas.



Pedro proclama la Divinidad de Cristo

Tomando la palabra, Pedro le dijo a Jesús: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "Y Yo te digo a ti que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (*Mateo*, 16, 15-18).

San Pedro, cabeza de los apóstoles

Los apóstoles eran, entre todos, los que mejor conocían a Jesús y los que más le amaban. Simón Pedro fue escogido por cabeza y jefe de los demás apóstoles, prerrogativa que debió a su fe y a su amor para con el divino Maestro.

Un día Jesús estaba en medio de sus apóstoles y les interrogó: "¿Quién dicen los hombres que soy Yo?". Los apóstoles respondieron: "Dicen que eres un santo, un profeta". "Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?". Respondió Simón Pedro: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" —es decir, engendrado desde toda la eternidad por el Padre—. Y respondiéndole Jesús, le dijo: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo reveló la carne ni la sangre —es decir, las luces naturales de la razón— sino mi Padre, que está en los Cielos".

La profesión solemne que Pedro, iluminado de lo alto, acaba de hacer de la Divinidad de Jesucristo, fue al instante magníficamente recompensada. Fijando Jesús sobre él una mirada de amorosa predilección, dijo: "Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas —las potestades o poderes— del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los Cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los Cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, también será desatado en los Cielos" (*Mateo* 16, 18-19).

Esta promesa de hacer a Pedro cabeza de Su Iglesia, Jesús la cumplió después de su Resurrección.

Las palabras que Jesús dijo en esa ocasión manifiestan claramente que Su Iglesia durará cuanto dure el mundo, que aunque sea violentamente perseguida y atacada, triunfará de todas las persecuciones.

El poder admirable que Jesucristo confió a San Pedro, y por él a los Soberanos Pontífices, le hace superior no solo a todos los reyes de la tierra, sino también a todos los otros apóstoles, pues a Pedro solo dijo: "Te daré las llaves del reino de los Cielos, símbolo del supremo poder".

Concibamos una gran veneración hacia aquel a quien constituyó Jefe supremo de su Iglesia, hacia el Papa, y también hacia los Obispos y Sacerdotes, sucesores de los apóstoles, pues son los representantes de Jesús aquí en la tierra.

Jesús predice su Pasión a los apóstoles

Entre tantos milagros como Jesús se dignó hacer para probar al mundo su divinidad, uno de los más sorprendentes e incontestables es, sin duda alguna, la resurrección de Lázaro, por haber tenido esta lugar en circunstancias del todo extraordinarias: cerca de Jerusalén, en favor de un hombre distinguido por su rango y fortuna y en presencia de los hombres más notables de la capital, quienes cuatro días antes habían sepultado al muerto en la bóveda de su familia.

En el trayecto a Betania, Jesús predice a sus apóstoles su próxima muerte, pues pocas semanas le separaban de ella: "He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los Escribas, y le sentenciarán a muerte y le entregarán a los gentiles. Y le escarnecerán y le escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida, y al tercer día resucitará". A pesar de lo claro de sus predicciones, los apóstoles nada entendieron. Antes llegaron a decirle: "¡Lejos de Ti esto, Señor, no será esto contigo!", y es que todavía se imaginaban el reino del Mesías como lleno de gloria y poder temporal.

Sin embargo, Jesús les predice su Pasión con todas sus circunstancias a fin de que, al cumplirse, no se escandalicen, sino que queden convencidos de que su Pasión era más bien efecto de su amor que del furor de sus enemigos, y para hacer brotar en sus corazones los sentimientos de amor y generosidad que por tantos títulos le eran debidos.

La Divinidad de Jesús

Durante los tres años de la vida pública de Jesús, en diversas ocasiones manifestó que Él era el Hijo de Dios hecho Hombre.

Un anciano muy sabio, de los principales del pueblo judío, fue una noche a visitar a Jesús y le dijo: "Maestro, nosotros creemos que Dios te ha enviado, porque ninguno podría hacer las cosas que Tú haces si no estuviera Dios con él". Y Jesús le contestó: "Yo te digo con toda verdad que Dios ha amado tanto al mundo, que ha enviado a su mismo HIJO ÚNICO para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que viva la vida eterna".

Jesús hizo muchos milagros y de muchas maneras probó que Él era Dios. Sus milagros fueron muy diferentes y efectuados bajo toda clase de circunstancias y en presencia de numerosísimos y diversos testigos.

Y después de esos tres años de vida pública, llegó el momento de hacer lo más alto y sublime de su Misión: morir por nosotros; padecer y morir para expiar el pecado de Adán y los nuestros, y abrirnos las puertas del Cielo.



"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (*Juan* 14, 6).
Jesús es el Camino con su Ejemplo; la Verdad con su Doctrina; la Vida con su Gracia.

La Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo



Entrada triunfal de Jesús a Jerusalén
La multitud que le precedía y la que le seguía, con júbilo gritaba: "Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor; hosanna en las alturas" (*Mateo* 21, 9).

Entrada triunfal de Jesús a Jerusalén

El domingo anterior a la muerte de Jesús, mientras Él iba de Betania a Jerusalén, una inmensa multitud de personas salió a encontrarlo para acompañarlo hasta la ciudad; le escoltaban con demostraciones de alegría por el prodigioso milagro de la resurrección de Lázaro que había efectuado en esos días.

Jesús quiso entrar en la ciudad santa como un rey. Mandó buscar una asna, los discípulos pusieron algunas prendas sobre la borrica, y montado en ella entró en Jerusalén.

Jerusalén estaba llena de gente por las fiestas de la Pascua. Cuando se esparció la voz: "¡Jesús viene!", el pueblo en masa salió a recibirlo en triunfo, con ramos de palmas, gritando: "¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel!". Muchos tendían en el camino sus túnicas al pasar Jesús, otros alfombraban el suelo con follajes, y todos manifestaban su gran júbilo repitiendo: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!".

Había también allí muchos fariseos y enemigos de Jesús que se pusieron furiosos al ver su triunfo e intensificaron sus planes para darle muerte.

Jesús, con su entrada triunfal, quiso mostrar hasta la evidencia que Él podía, si lo deseaba, librarse de sus enemigos, que Él era dueño de los corazones, que con solo quererlo podía convertirse en Rey.

Jesús montó sobre una asna porque sobre tales cabalgaduras celebraban sus triunfos los reyes en Oriente.

En memoria de la entrada triunfante de Jesús a Jerusalén, la Iglesia celebra la solemnidad del Domingo de Ramos, ocho días antes de Pascua.

El odio de los fariseos

A oír las palabras de Jesús y ver sus milagros, acudían dos clases de personas. Los buenos, que creían en Él y lo amaban, y que a cada nuevo milagro repetían: "En verdad, este es el Salvador del mundo, es el Hijo de Dios hecho Hombre, es la misma bondad y nos ama". Pero también acudían los malos, los fariseos, que no creían en Jesús y decían: "Este no es el Salvador que nosotros esperamos, sino un impostor".

Los fariseos eran soberbios, esperaban un Salvador glorioso, poderoso, que les diera a ellos el dominio del mundo. Y también odiaban a Jesús porque eran perversos y Él les echaba en cara sus vicios y su mala conducta, así como porque obraba el bien y veían con envidia que siempre había en torno de Jesús mucha gente. La envidia y el odio de los fariseos, unidos al de los sacerdotes, les hizo decir: "Si dejamos a este hombre, el pueblo concluirá por verlo como Mesías y lo proclamarán Rey. Conviene que muera un hombre por el pueblo y no que perezca toda nuestra nación", y buscaban el modo de darle muerte. ¡Tratan de condenar a muerte al que debe salvarlos...! ¡Cuán desgraciados son los hombres que se dejan dominar por sus pasiones!

Judas vende a su Salvador y Maestro

Cuando los príncipes de la nación judía estaban deliberando acerca del medio más conveniente para apoderarse de Jesús y darle muerte, se les presentó Judas Iscariote, uno de los 12 discípulos favorecidos por Jesús, que se había dejado vencer lastimosamente por el demonio de la avaricia, y les dijo: "¿Cuánto me darán si se los entrego?" (*Mateo* 26, 15). Convinieron en darle 30 monedas de plata, quedando así ajustada la infame venta, y desde aquel momento el traidor solo espiaba la ocasión favorable para entregar a su Maestro.

Judas había estado con Jesús durante tres años. Había oído sus predicaciones, había visto sus milagros. En un principio amaba sinceramente a Jesús. Pero no supo conservarse bueno. Dejó crecer en su corazón una pasión ruin: la avaricia, el egoísmo. Estaba encargado del dinero de Jesús, y robaba. Al seguir a Jesús fue buscando su propio interés. Esa pasión no combatida a tiempo creció, lo cegó, lo venció. Cuando oyó que Jesús les decía que debía Él morir, pensó que ya no podía esperar nada de Él, ni ganancias ni honores, y decidió traicionarlo para obtener algún dinero. ¡Qué horrorosa iniquidad! Haber sido elegido entre otros muchos, haber sido colmado de tantos favores, ¡y parar en instrumento de los que traman la muerte de Jesús! ¡A qué grande abismo de ceguedad y malicia condujo insensiblemente la avaricia al desdichado Judas!

He aquí a dónde conducen las primeras infidelidades que nos permitimos tan fácilmente, esas primeras concesiones hechas a Satanás, el enemigo de las almas.

Jesús lava los pies a sus apóstoles

El jueves de esa semana debía celebrarse por la noche la Cena Pascual. Jesús envió dos de sus discípulos a la ciudad para que en una casa prepararan lo necesario para su celebración.

Al atardecer del jueves, llegó Jesús con los 12 apóstoles para comer con ellos el Cordero Pascual, conforme ordenaba la Ley.

Las palabras que Jesús les había dicho dos días antes: "Pasado mañana seré entregado y crucificado"; tenían oprimidos todos los corazones. Antes no habían comprendido sus predicciones, pero después de esas precisas palabras ya no podían dudar de su realización.



Jesús lava los pies a sus apóstoles
No obstante la alteza de su dignidad, Jesús ejecuta este acto de humildad y de amor para sus discípulos. Este acto simboliza la pureza que debemos tener en el alma al recibir la Sagrada Comunión, y la humildad con que debemos lavarla y purificarla por medio del Sacramento de la Confesión.

Queriendo Jesús preparar los corazones de sus apóstoles para el gran misterio de amor que va a revelarles antes de dejar el mundo, se levantó de la mesa, dejó su manto y se ciñó a la cintura una toalla. Luego, habiendo puesto agua en un lebrillo, y como el esclavo que lava los pies a sus amos, se arrodilló para lavarles los pies y enjugarlos con la toalla que se había ceñido.

Todos le miraban mudos de emoción. Se aproximó primero a Simón Pedro, el cual exclamó con gran viveza: "¿Tú, Señor, lavarme a mí los pies? ¡Jamás!". "Pedro —le dijo Jesús—, lo que ahora no comprendes, lo comprenderás después". "¡Jamás, Señor, permitiré que me laves los pies!". "Entonces —replicó Jesús— si Yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte" (*Juan* 13, 8). Esta amenaza espantó al apóstol que le contestó con su fogosidad acostumbrada: "Señor, lávame, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza". Jesús le dice: "El que está limpio no necesita lavarse nada más que los pies" (*Juan* 13, 5-9). Es decir, que el que está exento de falta grave, basta que se purifique de las imperfecciones que siempre se pegan a los pies del hombre.

Luego agregó en un tono de profunda tristeza: "Ustedes también están limpios, aunque no todos" (*Juan* 13, 10). Porque Él ya sabía que Judas iba a traicionarle.

Jamás hasta entonces Jesús se había postrado ante sus discípulos para lavarles los pies, ahora lo hace para darnos un admirable ejemplo de humildad y de servicio a los demás, así como para significar la pureza que debemos tener en el alma al recibir la Sagrada Comunión, y la humildad con que debemos lavarla y purificarla por medio del Sacramento de la Confesión.



Jesús instituye la Sagrada Eucaristía
Mientras estaban cenando, tomó Jesús pan, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: "TOMEN Y COMAN: ESTE ES MI CUERPO". Y tomando un cáliz dio gracias, lo bendijo, y se los dio diciendo: "BEBAN TODOS DE ÉL, PORQUE ESTA ES MI SANGRE..." (*Mateo* 26, 26-28).

Institución de la Sagrada Eucaristía

Cuando Jesús hubo terminado de lavar los pies a los apóstoles, volvió a sentarse a la mesa con ellos... Los apóstoles estaban muy emocionados, sentían que iba a suceder algo muy importante.

Dice el Evangelista que: "Sabiendo Jesús que era llegada la hora en que debía volver de este mundo al Padre —es decir, la hora que Él, como Dios, había elegido para morir—, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin", hasta el fin del amor, hasta el punto en el que ya no es posible amar más (*Marcos*, 14, 22-24).

Y esa noche bendita del jueves —desde entonces Jueves Santo para todos los cristianos—, Jesús nos dio la más sublime prueba de su divino y perpetuo amor. He aquí lo que ocurrió: Mientras estaban cenando, toma Jesús un pedazo de pan en sus sagradas manos, alza los ojos al Cielo y da gracias; bendice el pan, lo parte y da a sus apóstoles, diciendo:

"TOMEN Y COMAN: ESTE ES MI CUERPO" (*Mateo* 26, 26). Después, poniendo vino en una copa o cáliz, lo ofreció de igual modo a Dios Padre, lo bendijo y lo dio a beber a sus apóstoles diciéndoles:

"TOMEN Y BEBAN: ESTA ES MI SANGRE" (*Mateo* 26, 27-28). Y Jesús, con sus propias divinas manos, da por primera vez en el mundo la Sagrada Comunión. ¡Qué dichosa ventura la de los apóstoles, comulgar de manos del mismo Jesucristo!

Los apóstoles habían escuchado en silencio y con gran emoción las palabras solemnes de Jesús. Sabían que la voz de Jesús era la voz del Omnipotente, a la que obedecían los vientos, el mar, las enfermedades, los demonios y la misma muerte, de Aquel que había cambiado el agua en vino y que ahora cambiaba el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre.

Recordaban también que en Cafarnaúm había dicho Jesús: "Les daré otro Pan que viene del Cielo. Quien comiere de este Pan, no morirá, sino que vivirá eternamente"; y que les había explicado: "El Pan que quiero darles soy Yo mismo. Yo soy el Pan vivo que descendió del Cielo... el Pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo" (*Juan* 6, 51). Y los apóstoles maravillados veían como Jesús había cumplido su promesa y con los corazones abrasados en el fuego del amor divino, extasiados contemplaban a su Maestro y le sentían dentro de su pecho y adoraron y agradecieron la divina dádiva.



"Hagan esto en memoria Mía" (*Lucas* 22, 19).
Con estas palabras de Jesús, los apóstoles quedaron ordenados Sacerdotes con facultad de consagrar el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Hagan esto en memoria Mía

La mesa donde están sentados los apóstoles se ha transformado en Altar. Jesús sentía acrecentarse su amor a nosotros y su sabiduría infinita encontró el modo de morir por los que ama y no obstante quedarse siempre con ellos.

Si Jesús solo hubiera instituido la Sagrada Eucaristía para sus apóstoles, nada más ellos hubieran comulgado y aún se hubieran quedado huérfanos. Y Jesús quería que ellos, nosotros y todos los hombres, aun los venideros, comulgáramos repetidas veces y le tuviéramos para siempre en nuestra compañía.

Por eso, para realizar ese su deseo, les dijo a los apóstoles: "HAGAN ESTO EN MEMORIA MÍA". Con estas palabras dio el Salvador a los apóstoles y a todos sus sucesores —que son los sacerdotes— el poder de consagrar, es decir, de convertir el pan en el Cuerpo de Jesucristo. Así es como Jesús se ha quedado con nosotros, perpetuándose a través de los siglos.

Esa noche bendita empezó en el mundo la Divina Eucaristía, la Santa Misa y el Sacerdocio católico.

A la hora de la Consagración, cuando el sacerdote que hace las veces de Jesús, cumpliendo con el mandato divino, pronuncia las palabras que Cristo dijo en la Última Cena, se efectúa de nuevo el gran milagro de la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo Nuestro Señor, y en virtud de la omnipotencia divina, Jesús está allí vivo glorioso y adorable, tal como está en el Cielo, y del pan y del vino sólo quedan los accidentes, o sea la apariencia exterior de forma, color, sabor, etc.

Y Jesús se quedó para siempre con nosotros en la Sagrada Eucaristía, en la que es perpetua su presencia, por nuestro amor se queda prisionero voluntario de día y de noche en el Sagrario, a donde podemos acudir para visitarle, platicar con Él y darle gloria, y con Él, a la Santísima Trinidad recibirle en nuestros corazones, hallar remedio en nuestras necesidades espirituales y consuelo en nuestras aflicciones. Allí está AQUEL PAN VIVO QUE BAJÓ DEL CIELO PARA SANTIFICARNOS Y DARNOS VIDA ETERNA.



Jesús nos da un nuevo Mandamiento

"Un nuevo Mandamiento les doy, y es: ámense los unos a los otros como Yo los he amado, así también ámense mutuamente. En esto todos conocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros" (*Juan* 13, 34-35).

Un nuevo Mandamiento

Noche de amor y de dolor la noche de la Última Cena, víspera de la muerte de nuestro Divino Salvador. Comienza a anunciarles su separación, haciéndoles al mismo tiempo una postrera recomendación de amor.

"Hijitos míos, un poco aún estaré todavía con ustedes; me buscarán y como dije a los judíos: A donde yo voy ustedes no pueden venir, eso mismo les digo a ustedes ahora".

Y luego añadió: "Les doy un Mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros" (*Juan* 13, 34-35).

Pedro, presintiendo que algún grave peligro amenaza a Jesús y no queriendo abandonarle, le dice: "Señor, ¿a dónde vas?" Respondió Jesús: "A donde yo voy no puedes tú seguirme ahora; me seguirás más tarde". Y Pedro insistió: "Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré por Ti mi vida". Le respondió Jesús: "¿Darás por Mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres". Pero él más y más insistía: "Aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré".

En la última noche de su vida mortal, nuestro divino Salvador nos recuerda los deberes de la caridad fraternal. Este es mi Mandamiento nos dice: "Que nos amemos los unos a los otros como Yo los he amado". Jesús quiere que nuestro amor al prójimo sea semejante al de Él, quiere que sigamos su ejemplo. Aquellos a quienes nos manda amar, los ama Él, y al amarlos, lo amamos a Él. Si los excluimos de nuestro amor, lo arrojamos a Él de nuestro corazón.

"Amar y hacerlo todo por su amor...", he aquí toda la Ley, todo el Evangelio de Jesucristo. Hay que amar a Dios y todo lo que pertenece a Dios con un mismo amor. Damos gloria al Padre en todo lo que hacemos por sus hijos.

Debemos amar a nuestro prójimo tan sin medida como uno se ama a sí mismo. La caridad al prójimo debe sobre todo resplandecer en las relaciones con los miembros de la propia familia.

San Pedro confiaba demasiado en sus propias fuerzas, y Jesús se lo hace ver, anunciándole que esa misma noche lo negaría tres veces.

Una sublime revelación

Sabiendo Jesús que se acercaba su última hora, hace a sus apóstoles una conmovedora y sublime revelación de amor. Con exquisita y paternal ternura les dice: "Al modo que mi Padre me ama, así los he amado Yo a ustedes.

Permanezcan en mi amor. Si observan mis preceptos, perseveren en mi amor". Y de nuevo volvió a decirles: "Este es mi precepto, que se amen unos a otros como Yo los he amado". "No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos" (*Juan* 15, 13).

El divino Maestro ha abierto su Corazón a sus discípulos y nos revela la grandeza del amor con que nos ama. "Al modo que mi Padre me ama —nos dice—, así los amo Yo". Nadie en el mundo puede darnos idea del amor del Padre hacia el Hijo. Y he aquí que el Hijo, convertido en Salvador de los hombres, quiere amarnos como le ama su Padre, y de nuevo nos pide que le devolvamos siempre amor por amor.

Una vez más Jesús nos recuerda que el amor a Dios se manifiesta en el cumplimiento de su divina voluntad, y cuanta mayor sea nuestra obediencia a los Mandamientos, mayor será también el amor de Dios a nosotros y que toda la Ley divina se encierra en estos dos grandes preceptos: Amar a Dios y amar al prójimo por amor de Dios.

Arrodillados humildemente a los pies de Jesús, pidámosle que encienda en nuestros corazones el fuego del amor divino y el de la caridad fraternal.

El Cielo para todos

Después de la institución de la Sagrada Eucaristía y de haber comunicado su divino poder a nuestros hermanos los apóstoles y a sus sucesores para que nosotros pudiéramos alimentarnos con su Santísimo Cuerpo, después de revelarnos la magnitud de su Amor, Jesús todavía hace algo más por nosotros. En esa noche memorable, venturosa y bendita, nos recomienda a su Padre, recomienda a todas las generaciones futuras; le dice: "No ruego solamente por estos —los apóstoles— sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación; ruego para que todos sean una misma cosa y que como tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros" (*Juan* 17, 21). Y después dijo: "¡Oh Padre! Yo deseo ardientemente que aquellos que Tú me diste estén conmigo allí donde Yo esté" (*Juan*, 17, 24).

Jesús quiere compartir con nosotros su gloria y su felicidad. El Hijo de Dios nos ha redimido, nos ha levantado del polvo y quiere que todo sea común entre Él y nosotros. Una misma habitación, el Cielo; una misma felicidad, la felicidad de Dios; una misma gloria, la gloria divina. Jesús ha descendido hasta nosotros y ahora nos quiere elevar hasta Él. ¡Bendito sea! ¡Bendita sea su inefable bondad, su infinita misericordia, su excelsa caridad y su divino amor!

¡Señor! que has querido no solo salvarnos, sino salvarnos haciéndonos uno solo contigo y entre nosotros, haz que seamos dignos miembros de tu Cuerpo místico. Dignos miembros que sepamos caminar por mantenernos con vida —la única vida que importa, la de la Gracia— y no restemos a Tu gloria permitiendo que el pecado nos aparte de Ti. Y así nuestro Padre que está en los Cielos nos reconozca algún día como quienes han sido en su carrera en este mundo "otros cristos", miembros de Su amado Hijo Jesús, y nos acepte en su Reino por toda la eternidad.

Al terminar la Cena

La Cena Pascual llegaba a su fin. Con objeto de prevenir a sus apóstoles para los sucesos que iban a seguir, Jesús les dijo que uno de ellos iba a traicionarlo y a entregarlo a sus enemigos. Los apóstoles, entristecidos y consternados, se miraban unos a otros preguntándose si en realidad podría haber entre ellos un traidor bastante malvado para entregar a su Maestro.

Jesús también les advierte que todos se escandalizarán esa noche por causa suya, según estaba escrito: "Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas". Y al ver la pena que esto les causaba, agregó: "Mas después de Mi resurrección volveré a encontrarlos en Galilea".

El desgraciado Judas no se había conmovido ante ninguna de las pruebas de amor de su Divino Maestro. Simulando que iba a cumplir un encargo de su Maestro, el maldito abandonó el Cenáculo y se fue a concertar con sus cómplices lo necesario para apoderarse esa noche de Jesús.

Al anunciarles su muerte y su partida, Jesús les advirtió que si se los decía era para que cuando se realizara, no vacilara su fe. Y al verlos entristecidos, para consolarlos, el Salvador agregó que les enviaría el Espíritu Santo que les explicaría y completaría la enseñanza que Él les había dado.

Pedro, movido por su amor al Maestro, cuando les advirtió que lo iban a abandonar, con viveza exclamó: "Aun cuando todos te abandonaran en presencia del peligro, yo nunca te abandonaré". Y Jesús le repitió que antes de que el gallo cantara por segunda vez, él le negaría tres y, Pedro protestó que jamás lo haría aunque tuviera que morir con Él. Los demás apóstoles protestaron como Pedro su inquebrantable fidelidad. Pedro tomó una espada que estaba allí para defender a su Maestro por si se atrevieran a atacarle.

Los apóstoles no sabían lo que se tramaba contra Jesús y contra ellos, pero inevitablemente se trataba de una espantosa desgracia: Jesús anunciaba que uno de ellos lo traicionaría, que Pedro lo negaría y que todos lo abandonarían, y que Él mismo sería tratado como criminal y condenado a muerte de cruz.



Uno de ustedes me hará traición

Estando a la mesa, dijo Jesús: "En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me hará traición". Al oír esto, los discípulos, horrorizados, se miraban unos a otros, dudando de quién hablaría. Comenzaron entonces ellos a contristarse, y a decirle uno después de otro: "¿Seré yo acaso, Señor?". Él les respondió: "Es uno de los 12... Verdad es que el Hijo del Hombre se va a su fin, como está escrito de Él, pero, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado a la muerte! Mejor le sería no haber nacido". Y estando uno de los discípulos, al cual Jesús amaba, con la cabeza reclinada sobre el hombro de Jesús, Simón Pedro le hizo una seña diciéndole: "Quién es ese de quien habla?" Él, entonces, recostándose más sobre el pecho de Jesús, le dijo: "Señor, ¿quién es?". Jesús le respondió: "Es aquel a quien yo ahora daré pan mojado". Y habiendo Jesús mojado un pedazo de pan —en la salsa de una de las fuentes, según acostumbraban los orientales— se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después que Judas tomó este bocado, se apoderó de él Satanás plenamente. Y Jesús le dijo: "Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes" (*Juan* 13, 21-27).



La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos
Jesús dijo a sus apóstoles: "Triste está mi alma hasta la muerte: quédense aquí velando conmigo" (*Mateo* 26, 38). Y puesto de rodillas, oraba diciendo: "Padre mío, si es posible, aleja de Mí este cáliz. No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (*Lucas* 22, 42).

La oración de Jesús en el Huerto de los Olivos

Como a las 10 de la noche, Jesús salió del Cenáculo y se fue con sus apóstoles a través del valle de Cedrón a un huerto llamado De los Olivos, o de Getsemaní.

Al llegar dijo a los apóstoles: "Yo voy a orar; ustedes quédense aquí" (*Marcos*, 14, 32-34). Y solo llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan. Nosotros en espíritu, devotamente, acompañémosle también, pues Jesús nos dice: "es por ti por quien voy a sufrir".

Fue voluntad de Dios que en esos momentos el alma humana de Jesús fuera privada de los consuelos que provenían de la Divinidad y habiendo suspendido su influencia la Divinidad, la humanidad de Cristo quedaba sola para afrontar el sufrimiento que exigía la expiación de las culpas del género humano.

Siendo Jesús semejante en todo a nosotros según su humana naturaleza, ante la visión pavorosa del martirio que debía sufrir, se apoderó de su espíritu una inmensa tristeza y un instintivo horror, hasta el punto de hacerle decir a sus tres discípulos: "Mi alma siente angustias mortales". Los apóstoles, conmovidos y aterrados, lo miraban con ternura sin atreverse a pronunciar ni una palabra. Luego les dijo: "Quédense aquí y recen conmigo. Velad y orar".

Luego, retirándose un poco, se arrodilló y con el rostro en tierra se puso a orar.

Ante Sí vio con la mente las humillaciones y los atroces suplicios que debía soportar en su pasión y dolorosa muerte. Vio también la causa: el pecado. Veía los pecados de todos los hombres, también los nuestros.



La agonía de Jesús en el Huerto

Entonces se le apareció un ángel del Cielo que le confortaba. Lleno de angustia, Jesús oraba con más instancia, y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra (*Lucas* 22, 43-44). El Padre Celestial, a quien Jesús había orado que si era posible no le hiciera sufrir tanto dolor, le envía un ángel, no para servirle, sino para confortarle y animarle a cargar con la cruz.

Sus sufrimientos tenían que ser proporcionados al número y malicia de todos los pecados, y al ver tan horrendos crímenes, tantas iniquidades, tanta maldad e ingratitud y al sentir sobre Sí nuestros pecados y los de todas las generaciones, como si Él hubiera sido culpable de todos ellos, lo inundó tan terrible angustia que lo hizo exclamar: "Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Pero la Majestad Divina decide que se ofrezca como Víctima a su Padre por nosotros y que muera entre tormentos, a fin de que nosotros seamos perdonados.

Y Jesús, entristecido y acongojado por una agonía mortal, empezó a sudar, y ese sudor eran como gotas de sangre que corrían por su Cuerpo hasta caer en tierra.

Después de haber orado, se levantó y fue a donde estaban sus tres discípulos, a los que encontró dormidos y con dolorido reproche les dice: "No han podido velar ni una hora conmigo". Luego les dijo: "¡Levántense! ¡Vamos! Ya se acerca el que me va a entregar" (*Mateo* 26, 46).

Que muera mi hijo y viva mi pueblo

Cuando los moros defendían la capital de España, defendida por el rey Alfonso, en una salida hecha por las tropas, el hijo del rey cayó prisionero. El sultán hizo colocar frente a los muros una horca y mandó subir al hijo del rey. A la vez envió al rey un mensaje diciéndole: "Elige: o entregas la ciudad, o tu hijo morirá". El rey, sin vacilar, contestó: "Que muera mi hijo y viva mi pueblo".

Del mismo modo procedió Dios en su infinito amor hacia el género humano: decidió que muriera su Hijo, a fin de que nosotros tuviéramos la vida.

El inmenso amor a sus hermanos extraviados y el exceso de su generosidad hizo que Jesús aceptara ofrecerse a Dios como víctima por todos y cada uno de nosotros; para devolvernos la Gracia de Dios, librarnos del infierno y llevarnos al Cielo.

Jesús, como Dios, tenía durante todo el curso de su pasión a cada uno de nosotros ante sus ojos; sufría y se inmolaba por cada uno de nosotros, como si fuésemos solos en el mundo. Así es que, con toda verdad, podemos decir: "Jesús sufrió por mí... por mis pecados... por amor de mí...". Por eso San Bernardo dice: "Admira a Jesucristo llorando por ti lágrimas de sangre por todo su Cuerpo".

Sintamos un vivo dolor de nuestros pecados, causa de los sufrimientos y muerte de Jesús y consolemos a su divino Corazón con nuestro arrepentimiento, nuestras plegarias y nuestro amor.

Como los apóstoles, levantémonos de la indiferencia en que hemos vivido, tratemos de conocer más íntimamente a Jesús para amarle con más fervor y servirle con mayor fidelidad.



Judas entrega a Jesús
Entonces dijo Jesús a la multitud: "¿Como a ladrón han salido con espadas y garrotes a arrestarme? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y ustedes no me detuvieron". Pero todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron (*Mateo* 26, 55-56).

El beso de Judas

Todavía estaba Jesús hablando con sus discípulos, cuando llegó Judas con una turba de gente armada que habían enviado los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, a los cuales, como no conocían a Jesús, el traidor les había dicho: "Aquel a quien yo voy a besar, Él es: deténganlo" (*Mateo* 26, 48).

Era cerca de la media noche cuando Judas se acercó a Jesús y lo besó —como acostumbraban los judíos entre amigos y parientes— diciéndole: "Dios te guarde, Maestro".

Jesús, en lugar de rechazar al criminal apóstol, le dice: "¡Amigo! ¿A qué has venido?". Y luego, con dulce reproche, añadió: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?".

El desgraciado Judas, a quien Jesús con tan inefable bondad todavía llama amigo, oyó sin inmutarse la respuesta cariñosa de su Maestro y se hizo sordo a esta última invitación de la misericordia divina.

Jesús no esperó a que vinieran a arrestarlo, sino que, avanzando hacia los soldados, con voz entera les preguntó:

—¿A quién buscan?

—A Jesús Nazareno —respondieron.

—¡Yo soy! —les dijo.

A esta sola palabra, todos retrocedieron y cayeron por tierra. Jesús quería demostrar por última vez que le era fácil defenderse si lo deseaba, y que si sufría sus insultos y se entregaba a ellos, lo hacía voluntariamente. Cuando se levantaron, Jesús les dijo: "Si es a mí a quien buscan, dejen que estos se vayan" (*Juan* 18, 4-8).

La cuadrilla de soldados se acercó a Jesús y San Pedro indignado desenvainó la espada para defender a su Maestro y de un golpe cortó la oreja de Malco, criado del gran sacerdote. "Deténganse", dijo Jesús a Pedro y a los otros apóstoles. Entonces, manifestando de nuevo su divino poder, se acercó a Malco, le tocó la oreja y lo curó al instante. Luego Jesús añadió: "No piensas que si yo pido a mi Padre me enviaría al momento más de 12 legiones de ángeles? Todo esto sucede para que se cumpla lo que escribieron de Mí los profetas" (*Mateo* 26, 47-56). Entonces todos los discípulos, atemorizados, lo abandonaron y huyeron. Y Jesús ya no se defendió en manera alguna. Los sayones se lanzaron sobre Jesús y lo ataron como a un malhechor.

Si Jesús se ha dejado aprehender como un malhechor es porque ocupa nuestro lugar, los verdaderos culpables, y los que merecíamos el castigo somos nosotros. Jesús se deja atar para desatarnos del yugo del demonio y devolvernos la libertad de los hijos de Dios.

La mayor parte de los soldados no sabía nada acerca de las obras que la bondad de Jesús había practicado a su paso, su suprema desdicha era la ignorancia. Precisamente porque no lo conocían se dejaron engañar y van a ser sus verdugos. ¿De qué no es capaz contra Jesús el que no lo conoce?



Jesús ante el sanedrín
Caifás, el sumo sacerdote, dijo a Jesús: "Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Le respondió Jesús: "Tú lo has dicho: Yo soy". Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestidos, diciendo: "Ustedes mismos acaban de oír la blasfemia con que se hace Hijo de Dios, ¿qué les parece?". Ellos respondieron: "Merece la muerte" (*Mateo* 26, 57-66).

Jesús ante Caifás

Era la una de la mañana del viernes, el último día de la vida mortal de Jesús —Viernes Santo para todos los cristianos— cuando los soldados llegaron con Jesús a la casa del sacerdote Anás, el cual mandó que lo llevaran a su yerno Caifás, que era el sumo pontífice ese año.

Allí va a instruirse el proceso religioso, porque era la autoridad religiosa la que debía preguntar a Jesús si se creía verdaderamente el Hijo de Dios. Infieles a su misión, los representantes de la religión judía esperaban como Mesías a un rey guerrero, que los libertara por la fuerza del yugo romano.

Allí estaban reunidos los fariseos, saduceos, escribas, sacerdotes y ancianos que formaban el Consejo o sanedrín de la Judea, pues querían esa misma noche llevar a efecto su obra; buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte.

Los falsos testigos que llevaron se contradijeron, por lo que su acusación no era válida. Convulso de furor por esa humillación, Caifás, el sumo sacerdote, trató entonces de que Jesús testimoniara en contra de Sí mismo. Y con ese objeto, le dijo con voz amenazadora: "Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (*Mateo* 26, 63).

Si Jesús negaba su divinidad, lo condenarían por impostor y falso profeta, puesto que había asegurado ser el Cristo e igual al Padre que está en los Cielos. Si afirmaba, le aplicarían la pena dictada por la ley contra los blasfemos y usurpadores de títulos divinos.

Con digna majestad, Jesús respondió: "Tú lo has dicho: Yo soy" (*Mateo* 26, 64).

Y Jesús afirmó oficialmente su divinidad ante la autoridad religiosa judía reunida en gran Consejo.

A tal respuesta, Caifás, el sumo sacerdote, fingiendo hipócritamente una gran indignación, rasgó sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Ustedes mismos acaban de oír la blasfemia con que se hace Hijo de Dios, ¿qué les parece?". A lo que respondieron ellos diciendo: "Merece la muerte" (*Mateo* 26, 66).

Entonces dejaron a Jesús en manos de los guardias, gente grosera y brutal, que tuvo el sacrílego placer de llenarlo de ultrajes y burlas.

El Hijo de Dios que es el Juez de vivos y muertos, es decir, de los buenos y de los malos, permitió que lo juzgase el tribunal más inicuo de la tierra, para que un día nosotros pudiéramos alcanzar misericordia ante el tribunal de la justicia de Dios.

El Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, es condenado por sus criaturas. Aquel a quien todos deben la vida, es condenado a muerte.

Esa es la única razón por la cual Jesús debe morir, porque Él es el Cristo, el Enviado de Dios, el Salvador de todos los hombres.

Si repasáramos todas las faltas y pecados de nuestra vida, quedaríamos aterrados de su cantidad y su malicia, ¿qué sería si los viésemos como los ve Dios? Cada uno de nosotros puede decir: "La sentencia de muerte eterna había sido pronunciada por la justicia divina contra mí, iba a ser ejecutada, cuando he aquí que el Hijo de Dios hecho Hombre, poniéndose en mi lugar, acepta morir por mí, para darme la vida eterna. Jesús va a dar su vida por mí. ¿Cómo podré pagarle tanto amor? Amándole tanto más cuanto mayor y más numerosas hayan sido mis ofensas".



La negación de Pedro

Volviéndose Jesús, miró a Pedro, y Pedro se acordó luego de las palabras que el Señor le había dicho: "Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres" (*Marcos* 14, 71-72). Y habiendo salido, lloró amargamente.

San Pedro niega al Salvador

Pasado el primer momento de terror, Pedro se decide a seguir de lejos la cuadrilla que llevaba preso a Jesús para ver en qué paraba aquello.

Luego entró en el patio de la casa de Caifás. Y estando allí, calentándose con los sirvientes, lo vio una de las criadas y clavando en él los ojos, le dijo: "Tú también andabas con Jesús Nazareno". Mas Pedro, atemorizado, lo negó diciendo: "Ni le conozco, ni sé lo que tú dices" (*Mateo* 26, 70-71), y se dirigió a la puerta de salida. Eran cerca de las dos de la mañana y el gallo cantó por primera vez.

Allí lo vio otra esclava y dijo a los que estaban cerca de la puerta: "Este también se hallaba con Jesús Nazareno". Y Pedro negó por segunda vez a su Divino Maestro, afirmando con juramento: "No conozco a tal hombre".

Y para no manifestar que huía, se regresó acercándose a los soldados y criados que estaban calentándose junto a la hoguera. Como una hora más tarde, al fijarse en su modo de hablar, le dijo uno de los criados del pontífice, pariente de aquel cuya oreja había cortado Pedro: "Pues, ¿qué no te vi yo en el huerto con él?" (*Juan* 18, 25-27). Esta vez el apóstol, espantado, comenzó a echar maldiciones y a asegurar con juramento: "Yo no conozco a ese hombre de quien hablan". Y de miedo juró y perjuró que no conocía a Jesús. Apenas había cesado de hablar cuando el gallo cantó por segunda vez.

En esos momentos se abrió la sala del tribunal y sacaron a Jesús, con los ojos velados por la tristeza, pero con el semblante tranquilo. Terminado el juicio, lo conducían a la prisión donde debía pasar la noche.

Al pasar, se volvió y miró a Pedro con mirada tan divinamente triste, con tan bondadoso reproche y tanto amor, que el apóstol sintió que el corazón se le despedazaba dentro del pecho; recordó sus protestas de fidelidad y la predicción de Jesús de que lo negaría tres veces, y con el alma traspasada de dolor comprendió la enormidad de su falta, estalló en sollozos, salió precipitadamente de allí y lloró amargamente su pecado.

¿Quién no reconocerá en la persona de San Pedro la flaqueza del hombre y la facilidad con que cae aun en aquellas faltas que se cree más incapaz de cometer? ¿Y en las causas que motivaron su caída la necesidad de no confiar en las propias fuerzas, de velar y orar para no caer en la tentación, de apartarse de las malas compañías y de las ocasiones próximas de pecar?

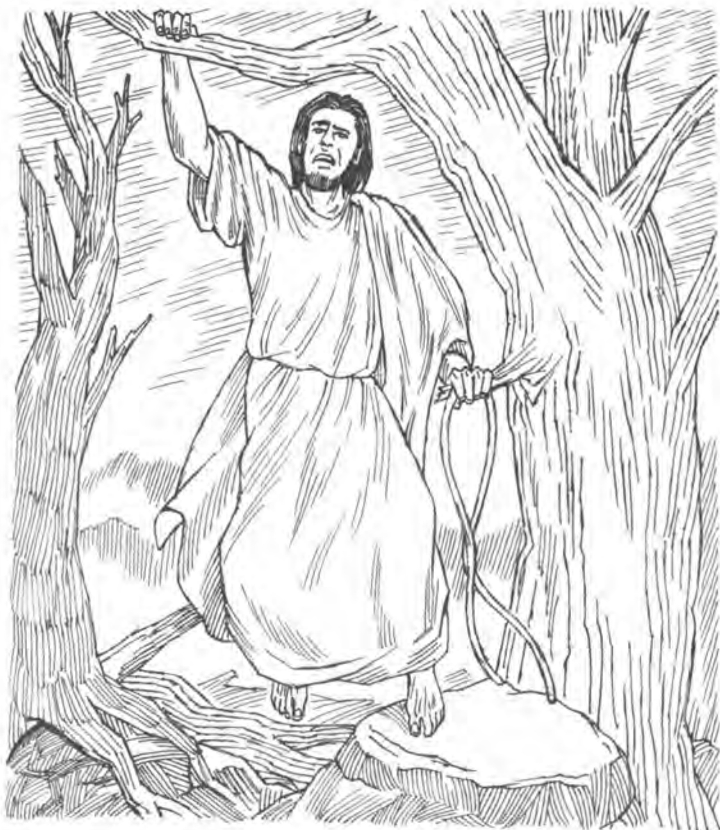
San Pedro negó tres veces a Jesús, ¿y yo no lo habré negado 100? Jesús se apiadó de él y de mí también.

El mismo amor que Jesús demostró en aquella ocasión a San Pedro, lo tiene aún hoy hacia cada pecador. La misma mirada compasiva y misericordiosa que dirigió al apóstol infiel, dirige hoy en día a cuantos le son infieles, con el inmenso amor que no desea sino que se arrepientan para perdonar y devolver la Gracia perdida por el pecado.

San Pedro se arrepintió y lloró su culpa no por temor al castigo, sino por amor a su Salvador y Maestro. Su contrición fue perfecta. La negación le dolió tanto o más cuando vio cómo había llenado de tristeza el Corazón de su Señor y comprendió la bondad de su amor misericordioso. El agradecimiento de San Pedro para su buen Maestro duró por toda su vida, sin límites ni medida.

Su alma quedó purificada y el Señor no solo lo perdonó, sino que ni aun lo privará de las prerrogativas que le había concedido antes de la caída.

Pidamos al Espíritu Santo infunda en nosotros su santo amor, a fin de que, como San Pedro lloremos nuestros pecados, alabemos la bondad y misericordia divinas, y amemos a Jesús tanto cuanto mayores hayan sido nuestras ofensas y nuestras infidelidades.



Judas se ahorca

En su desesperación, Judas olvidó la infinita misericordia de Dios, que siempre perdona al pecador verdaderamente arrepentido. En el momento de la alevosa traición, Jesús le llamó aún amigo. El solo recuerdo de esta palabra daba al apóstol infiel la seguridad del perdón si contrito lo pidiera, pero en lugar de arrojarse humildemente a los pies de Jesús para obtener el perdón, consumó su desgracia al añadir el suicidio al horrible sacrilegio cometido.

Desesperación y muerte de Judas

Al saber Judas que su Maestro había sido condenado, el remordimiento invadió su conciencia, pero el demonio le disimuló la enormidad de su crimen hasta el momento de ejecutarlo y después le puso ante los ojos la monstruosidad de su conducta. "¡Judas!, ¡Judas!, la sangre del Hijo de Dios que los judíos van a derramar clamará eternamente venganza contra ti". Así hablaba el demonio y el alma de Judas se cerraba insensiblemente al amor y a la confianza en la misericordia divina.

Judas, cuando se comprometió a entregar a su Divino Maestro por 30 monedas de plata, pensó que Jesús se escaparía de las manos de los judíos, como ya había sucedido otras veces. Pero viendo que Jesús había sido entregado al furor de los judíos y que iba a recibir la sentencia de muerte, se sintió penetrado de horror.

Judas volvió a llevar las 30 monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciéndoles: "Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente". A lo que contestaron ellos: "A nosotros, ¿qué nos importa? Allá tú" (*Mateo* 27, 4).

Con esta desdeñosa contestación, Judas perdió toda esperanza y arrojando el dinero en el Templo, se fue, y echándose un lazo, se ahorcó.

Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: "No es lícito meterlas en el tesoro del Templo, siendo, como son, precio de sangre". Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros, por lo cual se llamó dicho campo Hacéldama, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día (*Mateo* 27, 6-7).

En nuestras caídas pidamos humildemente perdón a Dios, imploremos la intercesión de nuestra Madre Celestial, que es refugio de pecadores.

¡Desdichada desesperación de Judas!... Este fue el mayor de sus pecados, creer que su crimen no tenía perdón delante de Dios. Si Judas, a ejemplo de Pedro, se hubiera arrojado humilde y contrito a los pies de Jesucristo, hubiera obtenido el perdón. En lugar de acudir a la Madre de Jesús para que intercediera por él, de acudir a sus compañeros de vida apostólica manifestándoles su dolor, se dirigió a los que habían sido sus cómplices y así consumó su perdición.

Judas, contemplando horrorizado la magnitud de su crimen, al sacrilegio cometido, añadió una suprema cobardía: en lugar de esforzarse en su rehabilitación prefirió una solución cobarde y resolvió darse muerte.

Judas, en el lugar llamado Gehena, se ahorcó, y, habiéndose roto el cordel, su cuerpo cayó de cara contra la tierra, y se le salieron las entrañas.



Jesús ante Poncio Pilato

Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús para quitarle la vida, y atado lo llevaron al gobernador romano para pedirle que hiciese morir a Jesús, a quien ellos habían condenado a muerte (*Mateo* 27, 1), pues Roma había reservado a su representante el derecho de imponer la pena de muerte, y sin su aprobación, el fallo del sanedrín no tenía valor jurídico ninguno.

Jesús es conducido ante el gobernador romano

En vista de que los judíos no podían ejecutar la sentencia de muerte porque no les estaba permitido ajusticiar a nadie sin la autorización del gobernador romano, los miembros del sanedrín se reunieron a las cinco de la mañana del viernes para darle al decreto las formalidades legales, engañar mejor al pueblo y poder llevar al acusado ante el gobernador para que ratificara la sentencia y la pusiera en ejecución el mismo día.

Con las manos atadas, con los cabellos en desorden, el rostro cubierto de sangre y esputos por los golpes y salivazos con que los soldados lo habían maltratado y escarnecido, Jesús fue llevado de la casa de Caifás al palacio del orgulloso gobernador Poncio Pilato, representante de la Roma imperial, en medio de los silbidos del pueblo, custodiado por los guardias y escoltado por los príncipes de los sacerdotes judíos.

Cerca de las siete llegaron al palacio y la multitud se quedó afuera para no mancharse entrando en la morada de un pagano. Allí va a instruirse el proceso civil de Jesús.

Los príncipes sabían que una acusación de blasfemia de carácter religioso no haría más que provocar la risa del pagano Pilato, así es que acusaron a Jesús de agitador político.

Al presentarse Poncio Pilato para escuchar su demanda, les preguntó: "¿Qué acusación traen contra este hombre?" (*Juan* 18, 29).

"Le hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando pagar los tributos al César —le respondieron— y diciendo que Él es el Cristo o el ungido rey de Israel" (*Lucas* 23, 5).

Lo que Jesús había dicho era todo lo contrario, pues según refiere San Lucas, cuando los príncipes de los sacerdotes y los escribas le enviaron espías que se hiciesen los virtuosos, para cogerle en alguna palabra a fin de tener ocasión de entregarle al gobernador, le propusieron una cuestión en estos términos: "Maestro, bien sabemos que tú hablas y enseñas lo que es justo y que no andas con respetos humanos, sino que enseñas el camino de Dios según la pura verdad. ¿Nos es lícito a nosotros, pueblo escogido de Dios, el pagar tributo a César, o no?".

Mas Jesús, conociendo su malicia, les dijo: "Hipócritas, ¿por qué me tienden una trampa? Muéstrenme la moneda con que pagan el impuesto. ¿De quién es la imagen e inscripción que tiene?". Le respondieron: "De César". Jesús les dijo entonces: "Paga, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (*Mateo* 22, 8).

Jesús en verdad había dicho que Él era el Cristo o Rey, pero los ancianos y príncipes de los sacerdotes callaron maliciosamente que Jesús hablaba de un reino espiritual, no del reino terreno que tenían en Judea los romanos.

Sabía Pilato que los príncipes de los sacerdotes condenaban a Jesús por envidia. No obstante, para saber la causa de esas acusaciones, ordenó a los guardias que llevaran al acusado a la sala del pretorio. Jesús subió por la gran escalera de mármol que conducía a esa sala.

Esta escalera de mármol blanco de 28 gradas de altura que Jesús regó con su sangre después de la flagelación fue trasladada a Roma por orden del emperador Constantino. Es la Escalera Santa que ahora se encuentra en Roma cerca de la iglesia de San Juan de Letrán. Los fieles suben por ella solo de rodillas y la veneran constantemente millares de peregrinos de todas partes del mundo.

A solas con Jesús, Pilato lo interrogó: "¿Eres Tú el rey de los judíos?". Jesús le respondió: "Tú lo dices: lo soy". Jesús también le dice al gobernador: "Mi reino no es de este mundo" (*Juan* 18, 33). Pilato le hizo diversas preguntas y luego, volviendo, dijo a los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: "Yo no hallo delito alguno en este hombre" (*Lucas* 23, 3-4).

Pero los enemigos de Jesús, vociferando, insistieron indignados en las acusaciones de aspecto político y porfiaban, diciendo: "Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí" (*Lucas* 23, 5).

Pilato vio a los viles calumniadores en un estado tal de exaltación que les tuvo miedo.

Y sabiendo por lo que decían que Jesús era originario de Galilea, dispuso que lo llevasen a Herodes, tetrarca de Galilea, que se encontraba casualmente en Jerusalén para las fiestas, con objeto de que él lo juzgara.

La misma afirmación que dio de su espiritual realeza ante la autoridad religiosa, la dio Jesús ante el mundo pagano, representado por aquellos que poseían el imperio del mundo. Jesús, que en realidad dirigía todos los acontecimientos, no quería ser condenado sino como Hijo de Dios y Rey de los hombres, por lo que dirigió la causa al terreno puramente religioso y dijo a Pilato: "Mi Reino no es de este mundo". Esto ya no era competencia de Pilato y por eso se empeñó hasta el fin en declararlo inocente.

Aunque Jesús es Rey del Cielo y de la tierra, el reino de Jesús no es un reino material, sino espiritual, es el reino de las almas, de los que voluntariamente se someten a su doctrina y a su ley; reino de verdad y de vida, reino de santidad y de Gracia, reino de justicia, de amor y de paz.

Jesús calló ante las falsas acusaciones de sus enemigos para atraer sobre Sí los rayos de la indignación divina y librarnos de los rayos de la justa ira de Dios que por nuestros pecados hemos merecido. Y nosotros, ¿qué haremos por Aquel que tanto ha hecho por nosotros?

Jesús es llevado a Herodes

Hacia las ocho de la mañana, un heraldo de Pilato anunciaba a Herodes el envío de Jesús de Nazaret acusado de diferentes delitos.

Herodes Antipas era hijo de Herodes el Grande, el que mandó degollar a los inocentes cuando los Magos le anunciaron que acababa de nacer el Rey de los judíos.

El palacio de Herodes se encontraba a 100 pasos del de Pilato.

Allí fue conducido Jesús entre el vocerío del populacho que lo insultaba y llenaba de improperios, provocado por sus enemigos.

Herodes era un hombre muy vicioso y cruel. Se alegró de que le enviaran a Jesús de quien ya había oído hablar, pues quería verlo hacer algún milagro.

Rodeado de cortesanos, Herodes, después de oír las injuriosas acusaciones del sanedrín, presumiendo de sabio le interrogó sobre su doctrina, milagros y su reino. Jesús permaneció silencioso y no contestó a ninguna de las preguntas que le hizo, por lo que, indignado, Herodes quiso que fuera tratado como un insensato y ordenó que le pusieran una vestidura blanca como a los locos, y después de mofarse de Él toda la corte, volvió a enviarlo a Pilato para que hiciera de Él lo que quisiera.

Así, vestido de loco, tratado de estúpido e insensato, en medio de las burlas del populacho, atraviesa de nuevo las calles de Jerusalén, cumpliéndose al pie de la letra la profecía de Jeremías: "He venido a ser la irrisión de todo el pueblo" (*Lamentaciones* 3, 14).

Por su propio pueblo es Jesús injuriado y entregado a los paganos, por aquel mismo pueblo a quien ha colmado de beneficios. ¡Qué indignidad y monstruosa ingratitud por parte de los judíos! ¡Y qué dolor debió causarle a nuestro Salvador tan humillante y negra ingratitud! No hay nadie que no sienta llenarse su corazón de indignación ante la perfidia e ingratitud de los judíos, pero ¡cuántos se portan peor que los judíos, cuando por los pecados cometidos casi todos los días devuelven mal por bien a este mismo Dios, nuestro Salvador, del que han recibido mil veces más gracias y favores que los judíos!

Sintamos dolor de nuestras propias ingratitudes e infidelidades y de las de todos aquellos que Él ha adoptado por hijos suyos en el santo Bautismo.

Jesús y Barrabás

Hacia las nueve, los jefes del sanedrín, seguidos de una multitud cada vez más exaltada, aparecieron de nuevo ante el palacio de Pilato, pidiendo a grandes voces la muerte de Jesús.

Pilato dijo entonces a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo: "Ustedes me han presentado a este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndolo yo interrogado en presencia de ustedes, yo no encontré en Él ningún delito de lo que ustedes lo acusan. Pero ni tampoco Herodes, puesto que lo remití a él, y por el hecho se ve que no lo juzgó digno de muerte" (*Lucas* 23, 14-15). Temiendo que lo fuera a absolver, los fariseos prorrumpieron en gritos y amenazas furiosas y Pilato, por temor de comprometerse, dijo a los agitadores: "Por tanto, después de castigado, le dejaré libre" (*Lucas* 23, 16).

Se oyeron protestas violentas. Si Jesús era inocente, ¿por qué golpearlo? Y si era culpable, ¿por qué tanto miramiento? La cobarde concesión de Pilato los exasperó más.

Pilato reconoció y proclamó de nuevo la inocencia de Jesús; repugnaba a su conciencia condenarlo, pero su interés particular le hacía condescender con los judíos.

Para calmar los ánimos de los judíos, Pilato recurrió a otro medio.

Era costumbre que el gobernador diera libertad a un preso en la Pascua, y como entonces se encontraba en la cárcel un bandido terrible, a quien todos aborrecían porque había robado y asesinado con refinada crueldad, levantando Pilato la voz para ser oído de la multitud, les dijo: "¿A quién quieren que ponga en libertad... a Barrabás o a Jesús, que es llamado el Cristo?" (*Mateo* 27, 17).

La muchedumbre vaciló, pero los fariseos y jefes del sanedrín rápidamente se dispersaron entre la multitud enardeciéndola, y se oyó un clamor unánime de todo el pueblo: "¡A Barrabás!".

Sorprendido e indignado, les habló nuevamente Pilato, con deseo de libertar a Jesús. Pero ellos se pusieron a gritar, diciendo: "Crucifícale, crucifícale". Él, no obstante, por tercera vez les dijo: "¿Pues qué mal ha hecho este? Yo no hallo en él delito alguno de muerte, así que, después de castigarle, le daré por libre". Mas ellos insistían con grandes clamores, pidiendo que fuera crucificado, y se aumentaba la gritería. Entonces Pilato mandó que soltaran a Barrabás y que azotasen a Jesús (*Lucas* 23, 18-23).

A Pilato no le preocupa hacer justicia, piensa solamente en salir de la situación difícil en que se encuentra. A qué extremo monstruoso lleva el interés de los bienes temporales al gobernador romano: declara solemnemente, por tercera vez, ¡que Jesús no era culpable! Sin embargo, ¡lo condena a un suplicio ignominioso y cruel! Los romanos aplicaban este suplicio de la flagelación con tal crueldad, que a veces las víctimas expiraban en él. Como no había ningún delito para aplicar la pena de muerte, Pilato pensó que con la flagelación se compadecerían y quedarían satisfechos los judíos.

A los judíos no les basta hacer morir a Jesús, quieren hacerlo morir ignominiosamente.

Los judíos tenían por deshonroso el solo tocar la cruz, recordando las palabras de la Sagrada Escritura: "Es maldito de Dios, el que está colgado del madero" (*Deuteronomio* 21, 23). Solo los más viles criminales eran condenados a morir en la cruz. También entre los romanos, esta pena era considerada tan ignominiosa, que una ley prohibía crucificar a un ciudadano romano. ¡Es esto realmente el colmo de la injusticia y de la ingratitud, que llena de estupor al mismo Pilato!

Las voces de todo el pueblo son las voces de nuestros pecados clamando por una víctima reparadora. Con demasiada frecuencia también hemos imitado a los judíos dejando que el pecado se sobreponga en nuestro corazón al amor de Dios. Y Jesús continúa siendo pospuesto por Barrabás. ¡Así pagamos a quien nos ha colmado de beneficios! Y, como los judíos, ¡nosotros también pedimos su muerte!

La flagelación

Los soldados llevaron a Jesús a la sala de los tormentos, lo desnudaron hasta la cintura, lo ataron fuertemente a una columna de piedra y lo azotaron cruelmente. Lo azotaron sin piedad, con látigos formados por tiras de cuero de las que pendían bolas de plomo.

Donde golpeaba un plomo, se abría la carne, y la sangre brotaba, cayendo por las piernas al pavimento. Pronto la sangre corrió en abundancia, las carnes se desprendían despedazadas y el Cuerpo de Jesús todo desgarrado no era más que una viva llaga. Lo golpearon hasta que lo vieron a punto de morir.

De esta manera se cumplía la profecía de haber sido despedazado por nuestras iniquidades.

¡Cuán doloroso debió ser ese tormento para Jesús! No hay palabras con qué expresarlo, ni es posible describirlo.

Por parte del divino Salvador, fue efecto de un amor llevado hasta el heroísmo. Quiso sufrir en su cuerpo los más atroces suplicios para expiar en su carne inocente los pecados de impureza con que los hombres manchan su cuerpo y deshonran y enlodan la imagen de Dios, grabada en sus almas.

Aunque no hubiese pecado más que una sola vez, gravemente contra la pureza, debería decirme a mí mismo: "Esta flagelación es obra de mis manos. ¡Yo soy el que por manos de los verdugos desgarré el cuerpo de Jesús, el que le cubrió de sangre y de llagas!".

Quebrándose de dolor nuestros corazones bajo los golpes que despedazan la carne divina de Jesús, con humilde y sincera contrición pidamos perdón y prometamos la sincera enmienda. Pensemos: "He aquí la Víctima expiatoria: he aquí la dolorosa reparación que exige la justicia de Dios".

En el lugar donde fue flagelado el Salvador se construyó una capilla que todavía existe y es llamada de la Flagelación.

La columna de la flagelación se venera en Roma en la iglesia de Santa Práxedes.



La flagelación

Los verdugos, armados de látigos de delgadas correas rematadas en bolas de plomo, las hacían caer acompasadamente sobre las espaldas encorvadas de Jesús. Las correas, al cruzar de lado a lado el cuerpo, pronto abrieron en él hondos surcos, la sangre manó en abundancia, desprendiéndosele pedazos de carne hasta quedar la espalda hecha una viva llaga. Lo golpearon hasta que lo vieron a punto de morir.



La coronación de espinas
Tejiendo los soldados una corona de espinas, se la pusieron a Jesús en la cabeza, y en la mano una caña, y doblando ante Él la rodilla, se burlaban diciendo: "Salve, Rey de los Judíos". Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían con ella en la cabeza (*Marcos* 15, 18-19).

La coronación de espinas

A los atroces dolores de la flagelación debían suceder, para nuestro Divino Salvador, nuevas torturas y ultrajes.

Los soldados desataron a Jesús y lo llevaron casi exánime al patio del pretorio.

Como en la columna de la flagelación, Jesús sufría estas humillaciones sin exhalar una sola queja.

Para escarnecerlo, los soldados pensaron vestirlo como a rey de burla. Cubrieron sus espaldas desgarradas y ensangrentadas con una tela roja, a modo de manto real; tejieron con unas ramas de espinas una corona y se la pusieron en la cabeza punzándole las sienes; y por cetro le pusieron una caña en su mano derecha, y doblando la rodilla, le decían mofándose: "¡Salve, Rey de los Judíos!" (*Juan* 19, 3). Y levantándose le abofeteaban, le escupían el rostro y con la caña golpeaban la corona hundiendo las espinas en su cabeza ensangrentada.

Así se cumplió lo que el profeta Isaías había dicho del Mesías: "Le hartarán de oprobios" (*Isaías* 53, 3-4).

Jesús quiso sufrir en su cabeza este suplicio para expiar los pecados de nuestro entendimiento, es decir, los pensamientos de vanidad, de ambición, de rebeldía, de venganza, de lujuria, de injusticia de que la cabeza del hombre está llena desde el momento en que pierde el recuerdo de la presencia y de la justicia de Dios.

No solo los judíos, sino también muchos cristianos de nuestros días coronan de espinas a Jesús y también se burlan de Su Ley y de Su Iglesia.

Pensemos que si Jesús se deja coronar es porque quiere reinar. Y son nuestras almas donde Él quiere establecer su reino. Proclamémoslo Rey de nuestros hogares, Rey de nuestras almas y Rey de nuestros corazones.

Para reparar las injurias que Jesús con tanto amor sufrió por nosotros, ofrezcámosle pequeñas mortificaciones y aceptemos con agrado las contrariedades que tengamos en el cumplimiento de nuestros deberes y nuestra alma se fortalecerá contra las tentaciones del demonio.

La santa Corona se conserva y venera en París.

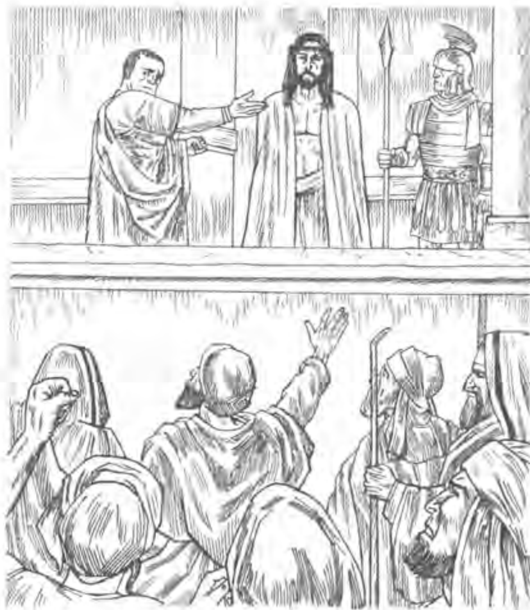
"¡*Ecce Homo*!: ¡Vean aquí al Hombre!"

Después de esta cruel humillación, los soldados condujeron a Jesús a la presencia de Pilato. Su lastimoso aspecto y el verlo en la humillante actitud de un rey de burlas movió a compasión el corazón del gobernador romano, quien pensó que los judíos se apiadarían a la vista de Jesús y quedaría satisfecho su odio. ¿Podrían todavía ver en Jesús un contrincante del César?

Pilato hizo conducir a Jesús a lo alto de una galería y desde allí lo presentó. El Hijo de Dios apareció ante la multitud cruelmente azotado, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado y afeado por los esputos, con el trozo

de tela roja sobre los hombros y la caña en las manos. En ese humillante y lastimoso estado fue expuesto a las miradas de todo el pueblo.

Pilato, señalándolo con el dedo, exclamó con voz poderosa: "¡*Ecce Homo*!: ¡Vean aquí al Hombre!" (*Juan* 19, 5).



Pilato presenta a Jesús al pueblo
Con el aspecto lastimoso y humillante de un rey de burlas, Pilato presenta al Hijo de Dios al pueblo, diciendo: "Vean ahí al hombre". Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y sus satélites, gritaron diciendo: "¡Crucifícale, crucifícale!". Les dijo Pilato: "Tómenlo ustedes y crucifíquenlo, pues yo no encuentro en Él ningún motivo para condenarlo" (*Juan* 19, 5-6).

Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: "Crucifícale, crucifícale". Pilato, con gran sorpresa, oyó ese clamor y les dijo: "Tómenlo allá ustedes y crucifíquenlo, que yo no encuentro en Él ningún motivo para condenarlo". Los judíos le respondieron: "Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios". Cuando Pilato oyó esta acusación, se llenó más de temor (*Juan* 19, 7-8).

Desde aquel momento Pilato, aun con más ansia, buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces diciendo: "Si sueltas a ese, no eres amigo de César, puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César" (*Juan* 19, 12).

Después de oír estas palabras, Pilato sacó a Jesús consigo afuera, y sentándose en su tribunal, dijo a los judíos: "Aquí tienen a su Rey". Ellos, sin embargo, gritaban: "¡Que muera! ¡Que muera! ¡Crucifícalo!"... Les dijo Pilato: "¿Voy a crucificar a su rey?". Respondieron los sumos sacerdotes: "No tenemos otro rey más que el César" (*Juan* 19, 14-15).

Temió Pilato y viendo que crecía el tumulto, concluyó por faltar a su deber, y desoyendo la voz de su conciencia dictó la sentencia contra Jesús condenándolo a morir crucificado.

¿Qué pasaría en el alma de Jesús al oír la injusta sentencia condenatoria? Ninguna palabra de la Sagrada Escritura nos lo dice. En el Corazón del Divino Salvador no cabía otro sentimiento que el de la humilde sujeción a la voluntad del Padre.

Antes de dictar la sentencia, viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien, cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: "Yo soy inocente de la sangre de este justo, es asunto de ustedes". A lo cual respondió todo el pueblo, diciendo: "Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos" (*Mateo* 27, 24-25).

Entonces Pilato se los entregó para que lo crucificaran.

Jamás juez alguno pronunció sentencia tan visiblemente injusta: ¡Condena a muerte, como al último de los malhechores, a aquel cuya inocencia había proclamado solemnemente muchas veces! A qué excesos de cobardía y de injusticia se llega cuando desde el principio no se pone resistencia a las pasiones y se les van haciendo concesiones.

Nosotros veamos a Aquel que nos ha revelado los abismos de la bondad del Corazón divino y los abismos de maldad de nuestro corazón humano y pidamos que caiga sobre nosotros y los nuestros su Sangre, pero para que sean purificadas nuestras almas y encendida en nuestro corazón la llama de su Amor y de su divina caridad.

Camino hacia el Calvario

Apenas fue dictada la sentencia, los príncipes de los sacerdotes decidieron que fuera llevada a ejecución sin demora, pues les parecía peligroso retardar la crucifixión.

Los soldados llevaron a Jesús al patio del pretorio. Los verdugos le quitaron el manto que se había pegado a su carne ensangrentada y le pusieron otra vez su ropa mofándose de Él. Le dejaron la corona de espinas a fin de provocar, con esta alusión a su realeza, los insultos y burlas del pueblo. A eso de las 11 de la mañana, salió Jesús del pretorio de Pilato y empezó a andar por la Vía Dolorosa.



Jesús lleva a cuestas la cruz

La cruz tenía para Jesús tanta más amargura cuanto más amaba a los que éramos la causa de sus sufrimientos. En realidad, Jesús amaba a los verdugos, a los sumos sacerdotes, escribas y fariseos que lo condenaron a tan doloroso suplicio; nos amaba a nosotros y a todos los hombres, por cuya culpa se sometía a tan afrentosa pena.

Para envilecerlo más aún, los príncipes de los sacerdotes sacaron de la prisión a dos ladrones para exhibirlos y crucificarlos al lado de Jesús.

Sobre sus llagados hombros, le pusieron brutalmente a Jesús una grande y pesada cruz; al peso material de la cruz se aumentaba el sufrimiento moral causado por el terrible peso de nuestras iniquidades y las de todo el mundo.

Con los pies desnudos, cubierto de sangre y encorvado por el peso de la cruz, Jesús empezó a subir lentamente, penosamente, la cuesta hacia el Calvario —monte llamado Gólgota o de la Calavera—. Sus ensangrentados cabellos caían en desorden bajo las espinas que laceraban su frente. En su rostro magullado y desfigurado se veía una expresión sublime de amor, mansedumbre y dolor.

Los verdugos que lo sujetaban se divertían en fatigarlo, ya empujándolo con violencia, ya golpeándolo para apresurar la marcha.

Ni una sola queja sale de los labios de Jesús; se ha abrazado gozoso a la cruz, porque con ella salvará a las almas que tanto ama.

Jesús siente el peso de la cruz y la ignominia de la pena, pero más le hace sufrir nuestra maldad, nuestra ingratitud, indiferencia y olvido.

La cruz tenía para Jesús tanta más amargura cuanto más amaba a los que éramos la causa de sus sufrimientos. Con exceso de amor ha amado el Hijo de Dios a todos y cada uno de los hombres, por cuyas culpas se somete a tan afrentosa y dolorosa tortura. Cada uno puede decir. "Él me ha amado a mí, ha sufrido por mí, por mí que con mis pecados he contribuido a hacerle más penoso y doloroso el camino al Calvario".



Jesús encuentra a su Santísima Madre

¿Quién podrá describir la intensidad del dolor que traspasó el corazón de esta Madre cuando encontró en el camino al Calvario a su Divino Hijo y lo vio completamente desfigurado, cubierto de heridas, coronado de espinas, humillado, escarnecido y jadeando bajo el peso de la cruz, caminar por nosotros a la más cruel de las muertes?

Jesús encuentra a su Santísima Madre

De tal manera se hallaba Jesús extenuado por los tormentos que había sufrido y la pérdida de sangre, que a los pocos pasos cayó bajo el grande peso de la cruz, desfallecido y angustiado de dolor.

Los soldados, mofándose e insultándole, lo azotan con fuertes latigazos que descargan en sus carnes llagadas causándole intenso dolor. Jesús se levantó como pudo, y jadeando, vacilante, continuó subiendo penosamente la cuesta.

En una vuelta del camino tuvo lugar un encuentro conmovedor y doloroso. Jesús, de improviso, vio entre la multitud a su Santísima Madre, que acompañada de algunas mujeres salía a su paso. Jesús se detuvo un momento; sus ojos se encontraron con los de la Sma. Virgen y, con el alma destrozada al ver la indecible pena de su Madre, le dirigió una mirada de inefable ternura.

La multitud, precipitándose unos sobre otros, separó al Hijo de la Madre, poniendo fin a esta desgarradora escena.

¿Quién podrá decirnos los sentimientos y los dolores del corazón de esta Madre, la más tierna y la más amante de todas las madres, cuando se encontró a su Divino Hijo, tan cruelmente desfigurado... todo despedazado... cubierto de sangre y de heridas... rodeado de soldados, verdugos y una inmensa muchedumbre que lo colmaba de injurias e imprecaciones y lo arrastraba a la muerte?

Nosotros con nuestras culpas hemos sido causa de tan acerbos dolores y tan intensa pena.

Compadezcámonos de los dolores indecibles de Jesús y de María y, arrepintiéndonos sinceramente de nuestras culpas, ofrezcámoselos a Dios Padre por nuestra salvación y la de todo el mundo.

El Cirineo

Un poco más adelante, Jesús cae otras dos veces bajo la cruz, lo levantan brutalmente, obligándolo a continuar la marcha, pero la tercera vez, una palidez mortal cubre su rostro, se le doblan las rodillas y a pesar de sus esfuerzos, le es imposible seguir adelante.

Temiendo que fallezca antes de llegar al Calvario, obligan a Simón el Cirineo, que pasaba por allí, a ayudar a Jesús a llevar la cruz. Silencioso y lentamente, entre golpes y maldiciones, dejando huellas de sangre, dolorosamente continúa Jesús subiendo al Calvario, donde va a ser crucificado.

Una mirada a Jesús bastó para que el Cirineo fuera ganado por Él y sintiera en su corazón una sincera piedad. Levantó por en medio el pesado madero de modo que quedara lo más liviano posible para los hombros del Salvador.

Jesús no olvidó este acto de caridad: hizo del Cirineo un discípulo ferviente, y de sus dos hijos, Alejandro y Rufo, apóstoles de la verdadera Fe.

También ahora, muchos cristianos, al meditar y contemplar los sufrimientos de nuestro divino Salvador, le ayudan a llevar la cruz, con su amor y buenas obras.

También a ti te ha llamado el Salvador para que le ayudes a llevar la cruz. Él mismo te la pone con amor sobre tus hombros a fin de que hagas penitencia por tus pecados y se purifique tu alma.

Jesús se muestra a nuestros ojos doblemente fatigado, para que también aprendamos a ser compasivos y nos preocupemos de aliviar las cargas, las cruces de nuestros hermanos que sufren.



La Verónica

Con profunda piedad, La Verónica, postrada ante Jesús, le ofrece un lienzo para que se limpie su semblante ensangrentado. El Salvador recompensó ese acto de compasión dejando su Divino Rostro impreso en el velo de aquella piadosa mujer.

Las piadosas mujeres

En la Vía Dolorosa que Jesús seguía al Calvario, salió de improviso de entre la multitud una mujer de aspecto distinguido. Sin miramiento a los soldados que intentaban impedirle el paso, se acercó al Divino Maestro, y quitándose el velo que le cubría la frente, con profunda piedad, enjugó el semblante de Jesús, desfigurado por el polvo, los esputos y las llagas sangrientas.

Con una mirada agradeció Jesús ese acto de compasión y con un prodigio recompensó la buena acción de aquella mujer llamada Verónica. En el velo quedó milagrosamente impreso el Divino Rostro del Salvador.

Más adelante, Jesús encontró a un grupo de mujeres que, al verlo tan atormentado, prorrumpieron en llanto y los niños que llevaban en sus brazos lloraron junto con sus madres. Jesús se enterneció a la vista de aquellas afligidas mujeres, pero les dijo que no lloraran por Él, sino por ellas mismas y por sus hijos, es decir, que lloraran sus pecados, pues el pecado era la causa de sus sufrimientos y de su muerte.

El precioso velo de La Verónica es una de las grandes reliquias cristianas, cuya manifestación se hace todos los años en la Basílica de San Pedro, en Roma.

Pidamos a Jesús que también grabe su imagen en nuestro corazón y nos conceda la Gracia de que nunca sea borrada por el pecado.

No todos los que seguían a Jesús tenían los mismos sentimientos de amor y compasión de las piadosas mujeres. Además de sus enemigos, muchos seguían aquel cortejo, arrastrados por una vana curiosidad y como quedando indiferentes a la suerte de Aquel que iba a morir por ellos.

Al meditar la dolorosa pasión de nuestro Divino Salvador, como las piadosas mujeres ¿nos sentimos movidos a compasión, abrasados de amor, penetrados de dolor y arrepentimiento, pensando que Jesucristo sufre y va a morir por nuestros pecados y por nuestro amor?

Jesús es despojado de sus vestidos

Cuando un condenado a muerte llegaba a la cima del monte Calvario, era costumbre darle vino mezclado con mirra para fortalecerlo y quitarle en parte la sensibilidad adormeciéndolo.

A Jesús, por crueldad, se lo dieron mezclado con hiel. Jesús lo probó para, con su amargura, mortificar el gusto y expiar nuestros pecados de gula, pero no quiso beberlo para no aminorar la viveza de los dolores de la crucifixión, pues quería sufrirlos todos, sin el menor alivio.



Jesús es despojado de sus vestidos
Los verdugos despojan a Jesús con violencia de sus vestidos, renovando sus heridas; luego se los repartieron entre sí y echaron suertes sobre su túnica, cumpliéndose así la palabra del profeta: "Partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica" (*Mateo* 27, 35).

La ley romana exigía que los condenados al suplicio de la cruz expirasen en ella despojados de sus vestidos, con objeto de juntar el desprecio a los tormentos.

A la hora sexta, o sea a medio día, empezó la ejecución. Después que Jesús probó el brebaje amargo que le presentaron, los verdugos lo despojaron de sus vestidos a vista de la muchedumbre. Pero estando la túnica pegada a su cuerpo desollado por los azotes, se la arrancaron con violencia, abriendo de nuevo todas sus llagas, causándole indecibles dolores y el Salvador apareció cubierto de un manto de púrpura verdaderamente real: la púrpura de su propia sangre.

¿Por qué sufre Jesús ese nuevo martirio? Por nuestros pecados... por nuestro amor... por nuestra salvación.

También quiere enseñarnos a despojarnos del afecto de las cosas terrenas y a poner nuestro afán y nuestras ambiciones solo en los bienes celestiales, en las riquezas eternas.



Jesús es crucificado
La Sangre de Cristo es el precio de los bienes celestiales.
La Sangre de Cristo es el precio de nuestro rescate, pues Cristo derramó su Sangre para expiar nuestros pecados. No hemos sido rescatados con oro o plata, sino con la preciosa Sangre de Cristo (1ª *Pedro* 1, 18-19).

Jesús es crucificado

Ha llegado el momento señalado desde toda la eternidad para la consumación del sacrificio del Hijo de Dios.

Los soldados romanos retiraron a la muchedumbre porque va a empezar la ejecución. Se hizo entonces un profundo silencio, todos los ojos quedaron fijos en Jesús, cada uno quería oír sus gritos y ver y saciarse en sus dolores.

Los verdugos tendieron a Jesús sobre la cruz para clavarlo en ella. Mientras los demás verdugos mantenían el cuerpo sujeto, uno de ellos, estirándole el brazo, colocó sobre la mano derecha un enorme y grueso clavo y, descargando fuertes golpes de martillo, lo hundió completamente en las carnes y madero hasta atravesarlos. La sangre brotó abundante, los nervios se contrajeron; Jesús, con los ojos arrasados en lágrimas por el intenso dolor, lanzó un profundo suspiro. Un segundo clavo atravesó la otra mano. Fijos ya los brazos, los verdugos hubieron de emplear todas sus fuerzas para extender sobre la cruz el cuerpo horriblemente dislocado y encogido por la contracción de los nervios; pronto resonaron nuevos martillazos y los dos pies quedaron clavados. Jesús no dio un grito de dolor ni de sus labios salió una palabra de queja.

Los verdugos levantaron luego la cruz y con violentas sacudidas la colocaron derecha en un hoyo cavado en la tierra. Cada movimiento agudizaba el dolor en todos los miembros del Crucificado, las llagas de los clavos se agrandaron y la sangre corrió por su Cuerpo. ¡He aquí a Jesús, a Jesús crucificado! ¡Crucificado por nosotros!

Su Cuerpo está lívido, sangrante, su rostro desfigurado, con palidez cadavérica, con la cabeza penosamente inclinada y lacerada por la corona de espinas, los ojos velados por la magnitud del dolor físico y moral, de los pies y manos caen gruesas gotas de sangre.

Así quedaba cumplido lo que el profeta David había dicho del Mesías: "Han taladrado mis manos y mis pies".

¡Qué suplicio tan atroz el ser condenado a tener las manos y los pies clavados en una cruz, y permanecer pendiente de ella necesariamente inmovilizado, con el peso del cuerpo cargado sobre los brazos sostenidos por los clavos, hasta la muerte! ¡Qué martirio tan terrible ser condenado a morir a fuerza de dolores!

¿Por qué y por quién sufre Jesús tanto? Cada uno puede decir con toda verdad: ¡Por mí, por causa mía...! ¡Por mis pecados... por amor a mí sufre Jesús esos atroces tormentos!

¿Qué es lo que sostiene a Jesús en la cruz? ¿Los clavos?... ¡Oh, no!... su infinito amor y nuestros pecados. Los pecados son la única causa de los dolorosos padecimientos de Jesús. ¿Y yo qué he hecho por este Divino Salvador en agradecimiento de su excesivo amor y de lo que por mí ha sufrido? ¿Qué puedo hacer en lo sucesivo?

Jesús Nazareno Rey de los Judíos

Pilato escribió un letrero, en hebreo, en griego y en latín, diciendo: "Jesús Nazareno Rey de los Judíos" (*Juan* 19, 19) y lo mandó poner sobre la cruz.

Encolerizados a la vista de aquel rótulo, los jefes del pueblo despacharon un mensajero a Pilato para que modificara la inscripción; pero Pilato les respondió bruscamente: "Lo escrito, escrito está" (*Juan* 19, 22).

Era costumbre en las ejecuciones capitales clavar en la cruz un letrero con el nombre de la víctima y el crimen cometido.

En esa inscripción se ve lo que es Jesús ante Dios y ante los hombres. Pilato escribió las palabras, pero Dios las dictó. Por ellas sabrá todo el mundo quién es Jesús. Aprendámoslas también nosotros. Jesús es Salvador y es Rey.

Aunque ajusticiado y deshecho, Jesús es nuestro Dios, nuestro Rey y nuestro Redentor. Como a Dios adorémosle con viva fe, como a Rey rindámosle nuestros homenajes y como a Redentor amémosle con toda el alma y consagrémosle nuestro corazón.



"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (*Lucas* 23, 34).
Palabras que manifiestan la infinita misericordia del divino Corazón de Jesús, que consagra el último esfuerzo de su vida mortal en excusar a los que somos causa de su muerte, en implorar perdón para todos los que con nuestras culpas, lo hemos crucificado.

"¡Padre, perdónalos!"

Exasperados los judíos por la respuesta de Pilato y no pudiendo quitar aquel rótulo que daba a Jesús el título de Rey, quisieron convertirlo en nuevo motivo de burla y blasfemia.

El levantamiento de la cruz fue saludado con gritos, insultos y blasfemias y muchos puños se levantaron contra Jesús. Todavía contraían espantosamente los nervios de su Cuerpo los desgarrones de los clavos, apenas si se notaba su respiración fatigosa. En medio de los indecibles dolores que sufría en todo su Cuerpo, en su Cuerpo de carne como el nuestro, oyó las atroces blasfemias. Decían: "Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz" (*Mateo* 27, 40). De la misma manera, también los príncipes de los sacerdotes, a una con los escribas y los ancianos, insultándole, decían a los demás: "A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo; si es el rey de Israel baje ahora de la cruz y creeremos en él" (*Mateo* 27, 42). Y con burlas y groseros insultos repetían: "Él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, que lo libre ahora, ya que él mismo decía: 'Yo soy el Hijo de Dios'" (*Mateo* 27, 43).

El pueblo, alentado por las blasfemias de sus jefes, las repetía y hasta los soldados tomaron parte en ese desbordamiento de injurias y también decían: "Si tú eres el Rey de los Judíos, ponte en salvo".

No era bajando de la cruz como el Hijo de Dios debía consolidar su Reino, sino muriendo en ella para cumplir su misión de Redentor y de Salvador.

Al oír aquellas provocaciones sacrílegas, con sus ojos nublados por el dolor y las lágrimas, y alzando con dificultad la cabeza hacia el Cielo, con vivo amor dice en voz alta: "PADRE, PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN" (*Lucas* 23, 34).

Jesús pide perdón para nosotros, para los desdichados judíos y para todos los que con sus pecados han sido causa de sus afrentosas humillaciones y dolorosa pasión.

Con qué crueldad e increíble ingratitud pagaban a Jesús los beneficios que a todos hizo: había curado a los enfermos, dado vista a los ciegos, habla a los mudos, consolado a los afligidos, resucitado a los muertos, perdonado a los pecadores, y a todos iba a dar la vida de la Gracia, y en pago, lo martirizaban y le daban la muerte y aumentaban los dolores de su agonía con burlas, insultos y blasfemias. Los judíos nos representaban también a nosotros, pues como ellos hemos pagado con ofensas y negra ingratitud los múltiples y constantes beneficios que hemos recibido de la paternal liberalidad e infinito amor de Dios.

Y ¿cómo corresponde Jesús crucificado a tanta maldad? Otro cualquiera nos hubiera castigado al instante, nos hubiera aniquilado o abandonado con indiferencia y dado al olvido. Pero Jesús no, era sobradamente generoso y amante para hacerlo.

Jesús corresponde con la misericordia de su corazón que no sabe sino perdonar... con la bondad de su corazón que no sabe sino amar... con la nobleza de su corazón que no sabe sino excusar... con la generosidad e infinita ternura de su corazón de víctima, que no se contenta con darse a Sí mismo por nosotros, sino que al mismo tiempo de darse, dice: "PADRE, PERDÓNALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN"...

Perdona a los que le hemos calumniado, a los que le hemos hecho traición, a los que hemos olvidado sus beneficios, a los que le hemos crucificado.

Aprendamos la generosidad del amor del Corazón Divino de Jesús que se derrama sobre nuestras ingratitudes. Aprendamos a conocerle con tanta perfección que ya no le causemos en adelante ninguna pena, y que le amemos tanto como es digno de ser amado.

Hoy estarás Conmigo en el Paraíso

A ambos lados de Jesús están los otros malhechores condenados por robos y asesinatos, a ellos solo los ataron a las cruces.

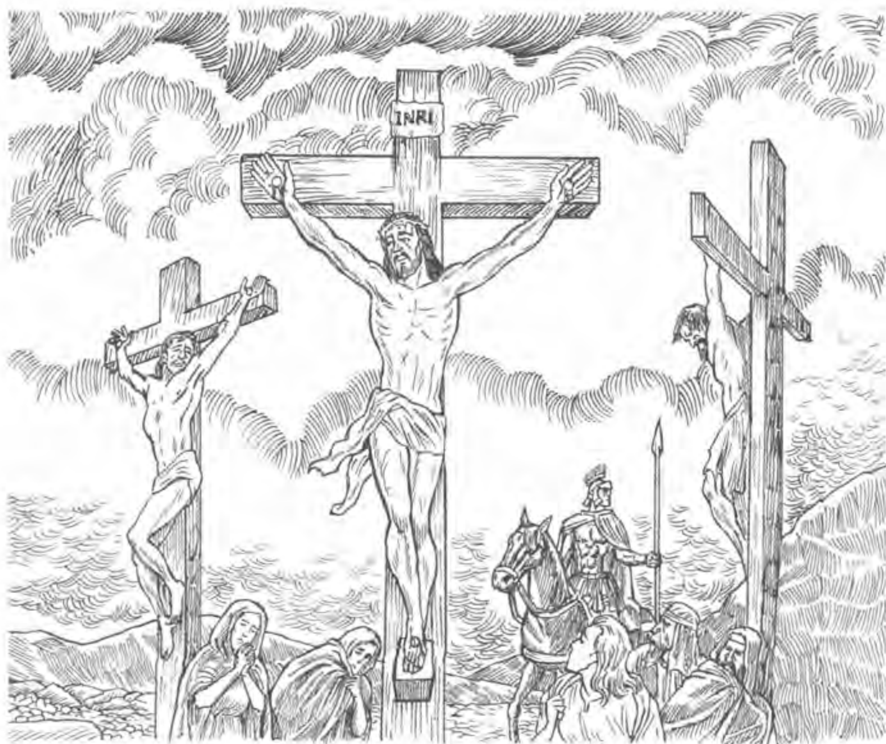
Exaltado por las injurias de la multitud, uno de los ladrones comenzó a su vez a blasfemar contra Jesús, diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros" (*Lucas* 23, 37).

Mas el otro le reprendía, diciendo: "¡Cómo! ¿Ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos, pero este ningún mal ha hecho" (*Lucas* 23, 42).

Ese ladrón, conmovido por la bondad de las palabras que Jesús acaba de pronunciar, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen", descubre la divinidad que se oculta bajo la naturaleza humana. Comprendió que Jesús era el Hijo de Dios que moría por la redención del género humano y nace a la fe en la misma hora que debe morir. Y esta fe hace surgir en el alma de este pobre criminal una humildad profunda, una paciencia heroica, una contrición verdadera y sincera que le lleva a hacer la confesión pública de sus pecados para obtener perdón.

Y penetrado de un vivo arrepentimiento, de un arrepentimiento lleno de amor, con lágrimas en los ojos, dirigiéndose a Jesús, le ruega con fe: "¡Señor! Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu Reino" (*Lucas* 23, 42).

Y en el acto oyó esta respuesta de la divina misericordia; "EN VERDAD TE DIGO, QUE HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO" (*Lucas* 23, 43).



Hoy estarás Conmigo en el Paraíso

En el Calvario, junto a Cristo, colgaban dos ladrones. Uno y otro sufrían. Ambos tienen ante sí al Salvador. Uno lo injuria. El otro se acoge a la divina misericordia y contrito confiesa sus faltas, esperando con viva fe de Él la salvación, y suplicante le implora: "Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu Reino" (Lucas 23, 42). ¡Admirable fe la de este hombre! Descubre la divinidad que se oculta bajo la naturaleza humana y conoce que el reino de Jesucristo no es de este mundo. Jesús, con inefable bondad y divina misericordia, le respondió: "En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso" (*Lucas* 23, 43).

Primero en el Paraíso del Seno de Abraham —a donde iban las almas de los justos que murieron antes de que Jesús nos abriera de nuevo las puertas del Cielo— y de allí al Paraíso Celestial.

Aunque la divinidad de Jesús está oculta, tan oculta que casi no se puede reconocer en un hombre que se está muriendo, el ladrón cree en Jesucristo, cree que es el Hijo de Dios hecho Hombre para salvarnos y con sincero y amoroso arrepentimiento invoca la piedad de Jesús. Y Dios, que es rico en misericordia y que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, le concedió ese perdón pleno, generoso y divino de que nos habla el Evangelio.

Cuando el arrepentimiento es verdadero y por amor de Dios, del Calvario al Cielo no hay, pues, más que una jornada de camino.

Con sincero pesar de haber ofendido a Dios, que es todo caridad y Amor, después de confesar nuestras culpas, digámosle de todo corazón, como el buen ladrón: "¡Señor, acuérdate de mí, pobre pecador!". Para que al ver nuestro arrepentimiento y buenas disposiciones, Aquel a quien no pueden engañar nuestras palabras, porque sondea los corazones, nos diga: "YO TE PROMETO QUE TÚ TAMBIÉN, CUANDO PASE EL DÍA CORTÍSIMO DE ESTA VIDA, ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO CELESTIAL" (*Lucas* 23, 43).



La Virgen María, Madre de Dolores

¿Quién podrá jamás entender cómo pudo la Sma. Virgen, la más tierna y amante de todas las madres, ver a su Divino Hijo humillado, escarnecido, deshecho y crucificado, verlo vivo colgado de la cruz durante tres amargas horas y contemplar sus sufrimientos, sus tormentos y su agonía, sin expirar de dolor al pie de la misma cruz?

La Santísima Virgen al pie de la cruz

Mientras los jefes del sanedrín, el pueblo y los soldados se burlaban de la dignidad real de Jesús, un hecho inusitado vino a llenarlos de espanto. Hacia mediodía, cuando el sol brillaba en todo su esplendor, el cielo empezó a ponerse sombrío y amenazador, y repentinamente el sol se oscureció y las tinieblas se esparcieron por el Calvario, por la ciudad de Jerusalén y por toda la tierra.

Eran las tinieblas profetizadas por Amós: "En aquel día, el sol se apagará en la mitad de su carrera, y las tinieblas invadirán el mundo" (*Amós* 8, 9).

Esas tinieblas milagrosas, prolongadas durante las tres horas que estuvo vivo Jesús en la cruz, no pueden explicarse por ninguna ley natural, puesto que la Pascua de los judíos coincidía siempre con el plenilunio, circunstancia que hace imposible todo eclipse de sol.

Las imponentes tinieblas semejaban un velo fúnebre con que quisiera cubrirse la naturaleza para llorar la agonía y muerte del Creador.

La oscuridad que invadió la tierra en la mitad del día de aquel Viernes Santo heló de pavor a los blasfemos, que al instante callaron; sintiendo miedo, la turba empezó a retirarse.

Entonces pudo acercarse un grupo pequeñísimo a la cruz. Eran la Sma. Virgen, las piadosas mujeres que la acompañaban y el apóstol San Juan.

Abriendo los ojos que se habían cerrado de nuevo por la sangre que escurría de la frente y por las lágrimas, Jesús fijó su mirada divina sobre esos privilegiados de su Corazón.

Nadie podrá describir el sufrimiento que a Jesús le causó el ver a su Madre, cuyo rostro retrataba los tormentos de muerte que Él mismo estaba sufriendo... su corazón amante se angustió y enterneció al ver su martirio.

La Sma. Virgen tomaba parte en los dolores que habían de merecernos la vida eterna.

Con el alma atravesada por aguda espada de dolor —como lo había profetizado el anciano sacerdote Simeón—, la Sma. Virgen unía su sacrificio al sacrificio de su Divino Hijo, inmolándose como Él por nuestra salvación y la de todo el mundo.

¿Quién podrá jamás entender como pudo la Sma. Virgen, la más amante de todas las madres, ver a su Divino Hijo escarnecido, maltratado, deshecho y crucificado, verlo vivo colgado de la cruz durante tres amargas horas y contemplar sus sufrimientos, sus tormentos y su agonía, sin expirar de dolor al pie de la misma cruz?



¡He ahí a tu Madre!
Al pie de la cruz se escuchan las palabras de infinito amor y de inmensa bondad mediante las cuales Jesús nos da lo que más ha amado en el mundo: su santa Madre. "Mujer, he ahí a tu hijo". "He ahí a tu Madre" (*Juan* 19, 26-27). Y desde ese momento todos los hombres podemos decir con toda verdad: "LA MADRE DE DIOS ES MI MADRE".

¡He ahí a tu Madre!

Poniendo Jesús en su voz todo el amor y ternura que se merece una madre, le dijo: "MUJER —y volviendo la cabeza hacia el discípulo amado para poder señalarlo—, HE AHÍ A TU HIJO" (*Juan* 19, 26). Después miró a Juan —que con grande amor y profunda pena lloraba por su buen Maestro, por Jesús, por el Dios de su corazón— e indicándole con los ojos a la Virgen desolada, le dice: "HE AHÍ A TU MADRE" (*Juan* 19, 27).

Nuestros pecados no sólo han sido causa de la dolorosa pasión de Jesús, sino también de los sufrimientos de su Santísima Madre. ¿Y qué hace Jesús? Antes de morir en la cruz, para completar la donación que nos hizo de Sí mismo, de su vida, de sus méritos, de su presencia en la Sagrada Eucaristía y de su amor, en San Juan que nos representaba a todos, nos da lo que más ha amado en el mundo, nos da por Madre a su propia Madre. ¿Podía darnos mayores pruebas de amor?

Con perpetua gratitud y acendrado amor correspondamos a la exquisita delicadeza, a la inefable ternura, al ilimitado amor que Jesús ha puesto en esta incomparable donación, que nos hace poder decir con toda verdad: "¡LA MADRE DE DIOS, ES MI MADRE!".

Ruega por nosotros, pecadores

La Santísima Virgen ha subido al Calvario con su alma traspasada de dolor, con su corazón maternal hecho pedazos para consolar a su Hijo moribundo y Ella ha estado al pie de la cruz, para que allí, de labios de su Divino Hijo, nosotros supiéramos que Ella es nuestra Madre.

Ella es la más amante de todas las madres, es Madre de todas las gracias, es Madre de bondad, es Madre de misericordia, es vida, dulzura y esperanza nuestra; es nuestro refugio, nuestra salud, nuestro consuelo, nuestro auxilio; es nuestra abogada y celestial protectora.

Y Ella que es Madre tiernísima para todos los hombres, por su expresa voluntad, bajo su advocación de Santa María de Guadalupe, ha querido serlo muy especialmente para nosotros los mexicanos, a quienes nos ha llamado sus hijos muy queridos, y nos ha dado, en prenda de su delicado y tierno amor, su retrato, que es la prodigiosa imagen que se venera en México en la basílica que lleva su nombre.

Ella, que junto con Jesús ha sufrido tanto por nuestra salvación, desea más que nadie que todos vayamos al Cielo; por eso nos protege y ruega por nosotros.

¡Seamos devotos de María! Mañana y noche después de haber rogado a Dios con la oración del Padre Nuestro, acudamos a nuestra Madre Celestial y digámosle con todo el fervor de nuestro corazón: "SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS, RUEGA POR NOSOTROS, PECADORES, AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE. Amén".

Le pedimos que ruegue por nosotros en los dos momentos más importantes de nuestra vida. Le pedimos que ruegue por nosotros ahora porque es el único tiempo de vida que podemos contar —si lo hacemos frecuentemente, estaremos pidiendo por toda la vida—; el otro momento es en la hora de la muerte. Se lo pedimos desde ahora, porque es posible que entonces no podamos hacerlo, probablemente entonces no podremos rezar, ni hablar, ni pensar.

Amemos a nuestra buena Madre, imitemos sus virtudes, invoquémosla, honrémosla y glorifiquémosla lo más que podamos, y portémonos de tal manera que siempre seamos dignos hijos de tan excelsa Madre.

En el lugar en que estuvieron la Sma. Virgen y las piadosas mujeres se ha construido un pequeño oratorio conocido con el nombre de Nuestra Sra. de los Dolores. Está junto al Calvario, del cual lo separa una verja.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

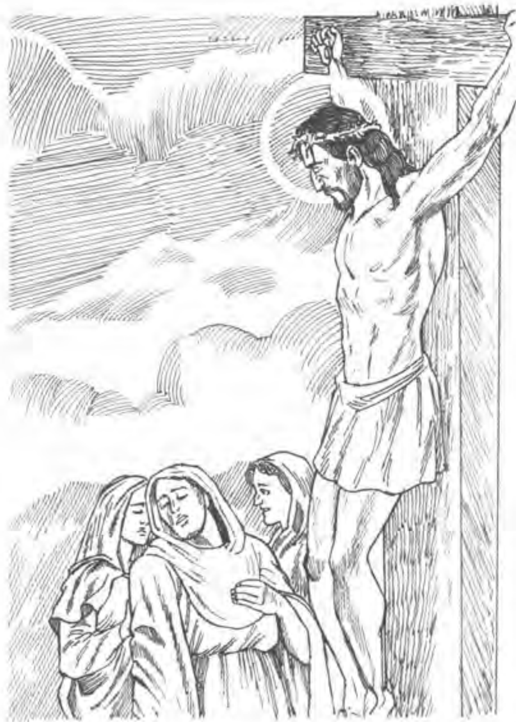
Después de habernos dado por Madre a su Santísima Madre, don supremo de su amor, Jesús pareció aislarse de la tierra. Se hizo en torno suyo un silencio aterrador. Los guardias, espantados, iban y venían entre las tinieblas sin decir palabra. El centurión, inmóvil delante de la cruz, parecía querer penetrar hasta el fondo del alma de este singular crucificado.

Con los ojos fijos en el Cielo, Jesús oraba a su Padre, ofreció por nosotros y por todos los hombres sus sufrimientos, sus ignominias, la sangre que vertían sus heridas y la muerte que iba a poner término a su martirio. Jesús ruega por nosotros, da las debidas satisfacciones de nuestra parte al Padre a quien hemos ofendido. Recomienda a la divina misericordia aquellos que Él ama. Pide para nuestros seres amados un lugar en el Cielo.

Súbitamente palideció el rostro de Jesús y una espantosa agonía oprimió su corazón. Era voluntad del Padre, que en este momento el alma humana de Jesucristo fuera privada de todos los consuelos que provenían de su divinidad. Jesús se vio cargado de crímenes, maldito de los hombres, ajusticiado en un patíbulo entre dos malhechores. Su alma busca el Cielo, pero como en el Huerto de los Olivos, experimenta la indecible amargura del abandono más completo de la Divinidad, la justicia de Dios hacía sentir todo su peso sobre la víctima de expiación. Entonces de su corazón destrozado de dolor se escapó este clamor de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mateo* 27, 46).

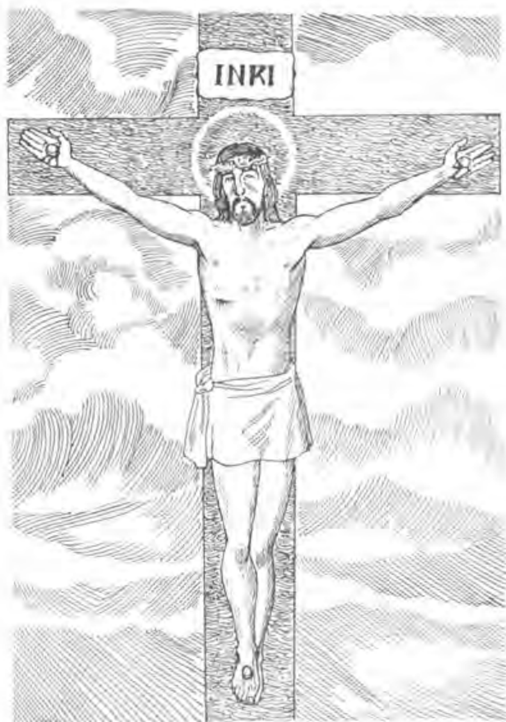
Escuchemos el grito de angustia que se escapa del corazón de nuestro Divino Salvador. Ha sufrido la desolación del abandono de la Divinidad para salvarnos, para salvar a aquellos por quienes va a morir.

"¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?". Esas palabras son las primeras del Salmo en que el Rey David refiere anticipadamente los dolores y agonía del Hombre-Dios. Jesucristo, repitiéndolas textualmente, en voz muy alta y en momento tan solemne, quiere probar una vez más a los judíos que Él es el verdadero Mesías predicho por los profetas, y para hacernos conocer a nosotros, a quienes estas palabras debían ser transmitidas, que sufre sin que la intervención divina alivie en nada sus extremos dolores...



Jesús víctima de expiación

Jesús, inmovilizado por los clavos que desgarraron sus miembros, suspendido entre la tierra y el cielo, siente en su Cuerpo la tortura de intensos dolores, y en su alma transida de angustia por tantas ingratitudes y maldades, el abandono de la Divinidad, que hace sentir el peso de su justicia en la víctima de expiación, y de su naturaleza humana se escapa este clamor de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mateo* 27, 46).



Tengo sed

Atormentado por atroces dolores, consumido por la fiebre que quemaba sus entrañas a medida que su Sangre se derramaba y por el deseo ardentísimo que tenía de salvar a los hombres por los que da su Vida, Jesús dice con los labios y con el fuego de la caridad de su amantísimo corazón: "TENGO SED" (*Juan* 19, 28).

Tengo sed

Jesús había dicho a los judíos que todo lo que estaba contenido en la Escritura tocante a la persona del Mesías, se cumpliría en Él, de modo que ni un punto de la Ley, ni una tilde quedaría sin cumplir. Estaba escrito en el Salmo 68: "En mi sed me dieron a beber vinagre", y esa profecía también va a cumplirse.

La flagelación debió producirle a Jesús una congestión pulmonar y un derrame pleural. El dolor lacerante de esa herida interna se aumentaba por la asfixia ocasionada por la congestión de los pulmones y por la fiebre causada por las heridas.

Un dolor fuertísimo de cabeza y un terrible mareo causado por la posición violenta de los miembros acrecentaba los sufrimientos. La torturante tensión de los nervios de los brazos levantados, de los que por varias horas fue sostenido todo el peso del cuerpo, la falta de circulación a causa de las grandes heridas, provocaban un dolor insufrible, y el congestionamiento del rostro y del pecho lo aumentaba, y los sufrimientos se intensificaban al apoderarse de su organismo una terrible sed, porque le faltaba la sangre y le consumía la fiebre.

Jesús sentía en aquel instante esa sed devoradora que causa el más horrible tormento a los crucificados. Sus entrañas estaban abrasadas y su lengua pegada al paladar.

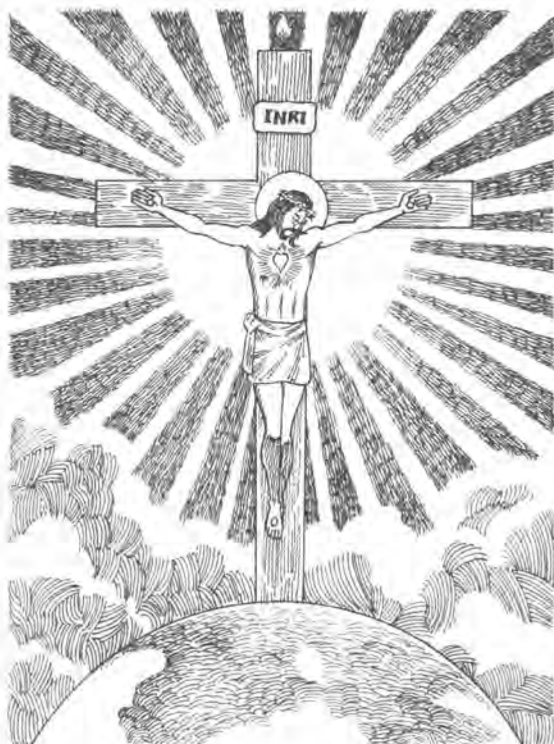
En medio del silencio, se dejó oír de nuevo su voz: "¡TENGO SED!", dijo dando un profundo suspiro.

Había al pie de la cruz un vaso lleno de vinagre, que según la costumbre de entonces, estaba siempre a disposición del paciente. Uno de los soldados mojó en él una esponja, y atándola a una caña de hisopo, la aproximó a los labios de Jesús, quien sorbió algunas gotas para dar cumplimiento a la profecia de David: "En mi sed me dieron a beber vinagre".

Jesús tiene sed de nuestro amor, tiene sed de almas, sed de la salvación y de la felicidad de nosotros y de todos los hombres. Su corazón arde en deseos de comunicarnos los tesoros, los beneficios infinitos de la redención.

Jesús le dijo a Sta. Margarita María de Alacoque: "Tengo una sed abrasadora de ser amado por los hombres en el Santísimo Sacramento mas no encuentro casi a nadie que lo haga. Si correspondiesen solo de alguna manera a cuanto hice por ellos, todo me parecería poco y estaría dispuesto a hacer más aún si esto fuera posible". ¡Cuán infinitamente grande es el amor y bondad de Jesús hacia los hombres! ¡Y cuánta la ingratitud, la indiferencia y el olvido de los hombres hacia Jesús!

También encierra una lección esta queja de Jesús. Quiere que pensemos en los que sufren, en los miserables que carecen de todo, mientras nosotros nadamos en la abundancia. En nombre y por amor a Jesús sediento en la cruz, no rehusemos a los pobres el vaso de agua que el Hijo de Dios nos pide. Es a Jesús a quien damos lo que nos pide para los suyos. Es a Jesús a quien socorremos en la persona de los pobres; auxiliémoslos, ayudémoslos a fin de que el día del juicio que seguirá a nuestra muerte, merezcamos oír de sus labios estas consoladoras palabras: "Tuve sed y me diste de beber" (*Mateo* 25, 35).



Jesús muere por nosotros
Los movimientos convulsivos de los pobres nervios se han ido acabando poco a poco. Las últimas gotas de sangre se han coagulado sobre la cruz y de los labios del Divino Agonizante brotan las postreras palabras: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (*Lucas* 23, 46). Todo se ha cumplido. Jesús ha sufrido y perdonado; ha sembrado el amor y expiado el pecado; la redención y la salvación del género humano se ha consumado.

Jesús muere por nosotros

Hacia las tres de la tarde, las tinieblas aumentaron y pocos momentos después, Jesús, con voz fuerte, majestuosa, dijo: "TODO ESTÁ CUMPLIDO" (*Juan* 19, 30).

¡Todo se ha cumplido! Jesús había bebido hasta las heces el cáliz del dolor, cumplido en todo la voluntad del Padre, realizado las profecías y expiado los pecados del género humano, terminado la redención del mundo. ¡Todo estaba consumado!

Después de esas solemnes palabras, el cuerpo de Jesús se puso más lívido, su cabeza coronada de espinas caía pesadamente sobre el pecho, sus labios perdieron el color, se apagaron sus ojos, se acababa su vida mortal.

De repente, levantó la cabeza y no con el gemido de un moribundo, sino con el grito de triunfo de un Dios, habló con voz tan vigorosa que los soldados quedaron helados de espanto y los demás asistentes profundamente impresionados, sus labios benditos se abren por última vez y exclaman: "PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU" (*Lucas* 23, 46). Y dicho esto, inclinó la cabeza y dando un profundo suspiro, expiró.

¡TODO ESTÁ CONSUMADO! Ya no habrá ningún nuevo Evangelio, ningún otro Salvador. Todo está dicho, todo está hecho, todo está cumplido. Jesús, como Dios, ha dado a su dolorosa pasión, a sus sufrimientos y a su muerte un valor infinito. Todo está, pues, consumado para la redención y la salvación del género humano.

¡Qué caros cuestan al Hijo de Dios los delitos que los hombres cometemos con tanta facilidad! ¿Por qué ha sufrido tanto Jesús? ¿Por quién muere en la cruz? ¡Por mí!... ¡Por mis pecados!... ¡Por mi amor!... ¡Por la salvación de mi alma!... Recordemos las palabras de San Pablo que nos lo dicen: "Me amó y se entregó a la muerte por mí" (*Gálatas* 2, 20).

El murió por mí

Un hombre estaba plantando algunas flores sobre un sepulcro en un cementerio. Un forastero que lo observaba, le preguntó:

—¿Estas flores son para tu hijo?

—No —respondió el hombre.

—Entonces, ¿para algún pariente?

—Tampoco.

—¿Pues para quién son entonces?

—He aquí para quien son: durante la guerra civil, me llamaron a las armas. Yo tenía numerosa familia; era muy pobre y no podía pagar un sustituto quien, en vez de mí, prestase el servicio militar. Un amigo mío supo esto y se ofreció para llevar las armas en mi lugar. Fue herido, y murió a causa de sus heridas... aquí está su sepulcro. He ahorrado un poco de dinero para visitar y adornar su tumba.

Con ese dinero colocó una inscripción que decía: "Él murió por mí".

Cada vez que mires el Crucifijo, tú también di: "ÉL MURIÓ POR MÍ".



Jesús continúa inmolándose
En el Santo Sacrificio de la Misa Jesús continúa inmolándose por nosotros. En la Santa Misa Jesús se ofrece de nuevo al Padre y al Espíritu Santo por la redención de los hombres. La Santa Misa es el acto más sublime de nuestra Santa Religión, porque en ella se nos aplican los méritos de la pasión y muerte de Jesús, porque en ella se consagra siempre el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Divino Redentor.

Jesús continúa inmolándose

Y Jesús continúa inmolándose constantemente por mí y por todos los hombres en el Santo Sacrificio de la Misa. Jesús instituyó este venerable sacrificio para con él abolir los sacrificios de la antigua Ley y sustituyó la inmolación del Cordero Pascual por la inmolación de Sí mismo, inmolación que durará tanto cuanto exista el mundo y que será un perenne y eterno recuerdo de su inmenso amor a los hombres.

La Santa Misa es el acto más excelente y sublime de nuestra religión, porque es esencialmente el mismo sacrificio de la cruz; porque en ella se consagra siempre el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios; porque cada vez que se celebra la Santa Misa, con inefable ternura e infinito amor, nuestro Señor Jesucristo renueva la ofrenda al Padre Celestial de su vida, pasión y muerte, por la salvación de nuestras almas, para que nos sean perdonados nuestros pecados y abiertas las puertas del Cielo.

¡Cuánta es, pues, la excelencia de este divino sacrificio, con qué profundo respeto y reverencia debemos asistir a él, y con cuánta piedad, amor y gratitud debemos tomar parte uniéndonos a Jesús, que por nosotros renueva su inmolación en el Altar! Y con Él y por Él ofrecernos al Padre Celestial para adorarle, reconociéndole como nuestro supremo Creador, para darle gracias por los múltiples y constantes beneficios que nos hace, para pedirle perdón por todos nuestros pecados y el remedio de nuestras necesidades espirituales y materiales.

En la Santa Misa se nos aplican los méritos que Jesús ganó para nosotros con los sufrimientos de su pasión y dolorosa muerte en la cruz.

Un soldado abre el costado de Jesús

Además de las milagrosas tinieblas que oscurecieron los Cielos, en el mismo instante en que Jesús murió, se rasgó en dos partes el inmenso velo del Templo de Jerusalén; tembló la tierra, se partieron multitud de rocas, se abrieron numerosas tumbas y muchos cuerpos de santos que habían muerto, resucitaron dejándose ver en Jerusalén; llenándose todos de espanto y consternación.

Viendo los prodigios que ocurrieron, el centurión encargado del grupo de soldados que guardaban a los crucificados, lleno de fe, exclamó con profunda convicción dirigiéndose a los que estaban ahí: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (*Mateo* 27, 54). Y los testigos de tan sublime acontecimiento regresaron a sus hogares repitiendo como el centurión: "Sí, verdaderamente era el Hijo de Dios".

Por el tormento de la flagelación y por la pérdida de sangre, Jesús murió antes que los dos ladrones.

Como los judíos no querían que los crucificados quedaran en la cruz durante el sábado, día en que el precepto del descanso empezaba desde las seis de la tarde del viernes, rogaron a Pilato que los mandara quitar.

Vinieron los soldados y rompieron horrendamente las piernas de los dos ladrones que todavía estaban vivos, para apresurar su muerte. Pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron muerto, no le quebraron las piernas, sin embargo, para mayor seguridad, uno de los soldados le dio una lanzada en

el corazón, abriéndole en el costado una ancha y profunda herida de la que brotó sangre y agua.

Jesús derrama por nosotros hasta la última gota de su sangre, por lo cual a él pertenecemos para siempre y Él nos pertenece en la vida y en la muerte.

Jesús muere por nosotros y un día, tal vez muy próximo, llegará también la muerte para nosotros. La muerte es el momento del cual depende la eternidad, una eternidad inmensamente feliz o perpetuamente desgraciada.

No esperemos hasta ese terrible momento para corresponder al amor divino. Volvamos desde ahora nuestros ojos hacia Jesús Crucificado, que con inefable ternura nos dice: "¡Hijo mío, mira mis brazos, ¡están abiertos para acogerte, para estrecharte contra mi corazón...! ¡Mira mi corazón abierto por tu amor, refúgiate en su herida, ven al beso del perdón y del amor! ¡Ten piedad de ti mismo! ¡Salva tu alma! ¡Ama a Dios, siquiera en el tiempo que todavía te queda de vida!"

Jesús es bajado de la cruz

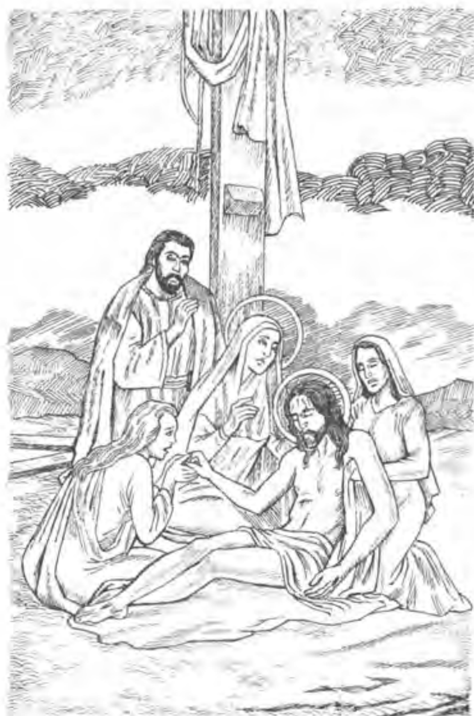
Después de terribles dolores e indecibles sufrimientos, Jesucristo nuestro Divino Salvador murió a las tres de la tarde de aquel primer Viernes Santo.

La muchedumbre y los soldados se alejaron y solo quedaron la Sma. Virgen, las piadosas mujeres y San Juan al pie de la cruz.

¿Cómo podrán bajar el cuerpo adorable de Jesús?, ¿encontrar un sepulcro para Él?

Una hora después, José de Arimatea, persona principal e influyente de Jerusalén, discípulo de Jesús aunque oculto por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiera quitar el cuerpo de Jesús, y Pilato se lo permitió. A eso de las cinco de la tarde, ayudado de Nicodemo, discípulo como él del Divino Maestro, con dolorosa solicitud desclavaron el santísimo cuerpo del Hijo de Dios y con profunda piedad y respeto lo colocaron en los brazos de su afligida Madre, que con el corazón destrozado, los ojos anegados en lágrimas y agobiada de dolor veía a su Divino Hijo muerto por nuestros pecados.

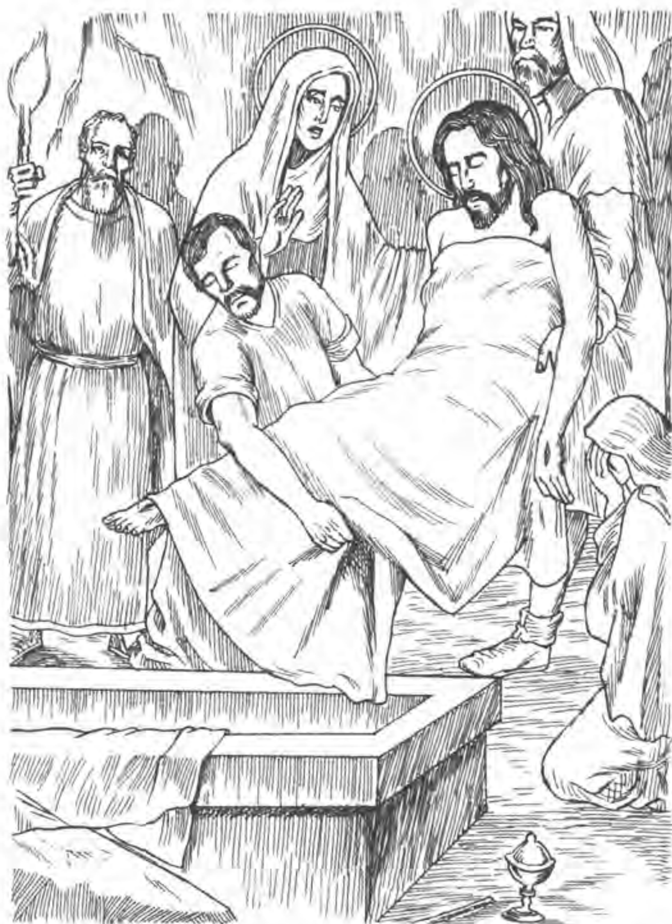
Ayudaron después a esta desconsolada Madre a lavar el cuerpo ensangrentado de su Hijo, le pusieron perfumes, lo envolvieron en una sábana nueva y le cubrieron el rostro con un sudario, como acostumbraban los judíos.



Jesús es bajado de la cruz
José de Arimatea y Nicodemo bajaron de la cruz el cuerpo inanimado de nuestro amable Salvador y con profunda piedad y amor lo colocaron en los brazos de la Sma. Virgen, quien con el alma traspasada de dolor contemplaba a su Divino Hijo (*Lucas* 23, 50-51), muerto por nuestros pecados e inmolado en la cruz por los grandes intereses de la Gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Detestemos el pecado, causa de la muerte de Jesús y de los grandes padecimientos de su Santísima Madre y vivamos en adelante como verdaderos cristianos.

Honremos y veneremos las Santas Llagas de nuestro Divino Salvador; las de sus manos que tantas veces nos han bendecido; las de sus pies que se fatigaron buscando nuestras almas extraviadas en la senda del pecado; la de su costado, manantial perenne de amor y gracias, de inagotable bondad y misericordia para todos los redimidos.



La muerte de Jesús es testimonio del amor de Dios
Jesús dijo: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (*Juan* 15, 13). Mas Él no dio su vida mediante el derramamiento de su Sangre solo por sus amigos, sino que la dio hasta la última gota por los que éramos sus enemigos a causa del pecado.

Jesús es colocado en el sepulcro

Después de amortajarlo, colocaron el cuerpo de Jesús en un sepulcro nuevo abierto en la roca, en un huerto inmediato al Calvario propiedad de José de Arimatea (*Lucas* 23, 50-56).

Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, atemorizados por aquellas tinieblas esparcidas durante la agonía de Jesús, el temblor de tierra que acompañó a su muerte, la misteriosa desgarradura del velo del Templo e inquietos particularmente por lo que les había dicho: "Resucitaré al tercer día", acudieron a Pilato pidiéndole se sirviera hacer custodiar el sepulcro hasta el fin del día tercero, diciéndole: "Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: 'Después de tres días resucitaré'. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día, porque no vayan quizá de noche sus discípulos, y le hurten, y digan a la plebe: 'Ha resucitado de entre los muertos' y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero".

Pilato les respondió con desdén: "Ahí tienen la guardia, vayan y aseguren la vigilancia como lo crean conveniente" (*Mateo* 27, 62-65).

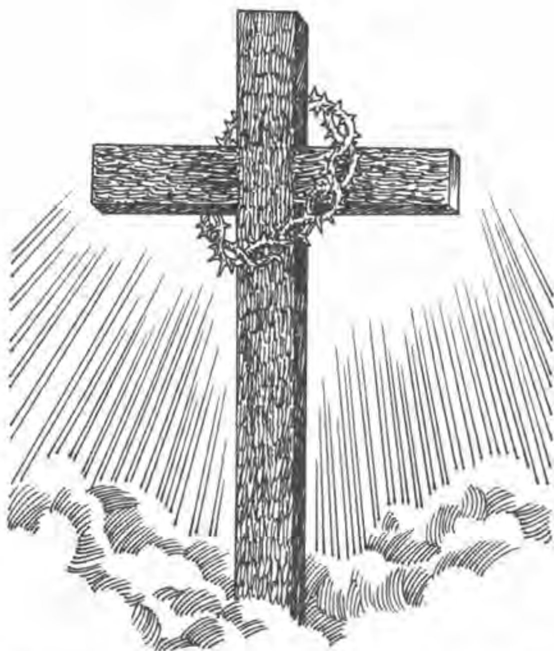
Ellos, pues, fueron, y para asegurar el sepulcro sellaron la piedra que cerraba la entrada y colocaron a sus guardias alrededor del monumento para impedir que nadie se acercara a él.

¡Cuán admirable se muestra la Providencia de Dios en todas estas circunstancias de la sepultura de Jesucristo! En un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido aún depositado, abierto en la roca, la única entrada cerrada por la piedra que los mismos enemigos del Salvador sellaron y guardaron con sus soldados, de modo que fuera imposible, no solamente robar el cuerpo, sino también acercarse al sepulcro. ¿Por qué tantas circunstancias providenciales? A fin de que el milagro de la triunfante Resurrección del Salvador fuera patente, y sirviera de firme base a la verdad de su Evangelio.

Los judíos olvidaban que Aquel que, en el Huerto de los Olivos, había hecho caer en tierra a los soldados con solo pronunciar su nombre, también podría, con un acto de su voluntad, derribarlos de nuevo en el sepulcro. Pero Dios les hacía tomar todas esas precauciones a fin de que los mismos judíos se vieran obligados a confesar oficialmente el triunfo de Jesús.

¡Suprema humillación! El Hijo de Dios, dueño absoluto de todas las cosas, pide el sepulcro a un extraño para su última morada. Así pues, aún más allá de la muerte, Jesús reprende el afán desordenado del bienestar y de lo superficial.

Con un prodigio recompensó Jesús las atenciones de José de Arimatea, quien le dio honrosa sepultura haciendo las diligencias necesarias y no reparando en gastos de ninguna clase. En la sábana con que lo amortajó quedó milagrosamente estampado el cuerpo del Señor y las heridas. La Santa Sábana es un documento vivo de la muerte del Señor, y es guardada con suma veneración en Turín, Italia.



La Santa Cruz, instrumento de nuestra salvación
"Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos Señor, Dios nuestro".
Nosotros debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en que está
la salud, la vida y nuestra resurrección, y por la que somos salvados y libertados.

Todo lo conseguimos por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo

Jesucristo, el Hijo de Dios hecho Hombre por nuestro amor, sufrió por nosotros y murió en la cruz para salvarnos, murió en cuanto Hombre y en cuanto Dios dio un valor infinito a sus sufrimientos y a su muerte. Entonces... ¿no nos queda a nosotros nada qué hacer para ganarnos el Cielo? Sí, Jesucristo hizo su parte... nos toca a nosotros hacer la nuestra. ¿Y qué es lo que nosotros tenemos que hacer? Jesús nos lo dijo: "SI QUIERES ENTRAR EN LA VIDA ETERNA, GUARDA LOS MANDAMIENTOS" (*Mateo* 19, 17). Los Mandamientos divinos están comprendidos en estos dos grandes preceptos: "AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS", y por amor de Dios "AMAR AL PRÓJIMO COMO A NOSOTROS MISMOS". Necesitamos procurar tener siempre nuestra alma en Gracia para que nuestras buenas obras, con el valor que les dan los méritos de N. S. Jesucristo, puedan ser meritorias para el Cielo.

También necesitamos tomar nuestra pequeña cruz —que son los sacrificios que exige el cumplimiento de nuestros deberes y las penas que para nuestro bien quiera Dios enviarnos— e ir siguiendo a Jesús.

Todo lo conseguimos por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, porque nosotros solos nada podemos hacer para merecer la Gracia y la vida eterna.

Nuestro Señor Jesucristo ha sufrido para dar valor a nuestros sufrimientos y buenas obras. Si Jesucristo no hubiera sufrido por nosotros, nuestras buenas obras y sufrimientos no tendrían ningún valor para el Cielo.

Es, pues, esencial para la vida eterna tener en nuestra alma la Gracia de Dios, para que Jesús more espiritualmente en nosotros y nos santifique, y santifique nuestras pobres acciones humanas y les dé un valor infinito. La Gracia de Dios es como la preciosa savia que nos hace participar de la vid —Cristo Jesús— a nosotros, pobres sarmientos. De tal modo que un alma en Gracia puede decir estas hermosas palabras de San Pablo: "Cristo vive en mí... y yo vivo en Cristo" (*Gálatas* 2, 20).

Vivamos esta vida de unión con Jesús, hagamos todas y cada una de nuestras obras con Él y por Él, ofreciendo por medio de Él nuestras obras a Dios para gloria suya y bien de nuestra alma. Procediendo así, se santificarán nuestras obras y hasta los actos de suyo indiferentes, como son el comer, dormir, andar, etc., serán meritorios para el Cielo.

El Alma de Jesús desciende al limbo de los justos

Por la muerte real de Jesucristo en la cruz, el alma se separó del cuerpo pero la Divinidad quedó unida al alma y al cuerpo. A su Cuerpo que quedó clavado en la cruz y que después fue puesto en el sepulcro, y a su Alma que descendió a los infiernos, pero no al infierno de los condenados, sino al limbo de los justos, llamado también Seno de Abraham, lugar a donde iban las almas que morían en Gracia de Dios —los buenos y los arrepentidos— para esperar allí la venida del Salvador que debía abrir el Cielo cerrado por el pecado de nuestros Primeros Padres.

Llegó, pues, para esas almas el día ansiado, y repentina luz de divinidad, luz que jamás vio vista humana, inmenso gozo de gloria, gozo que jamás cruzó por corazón de hombre por dichoso que fuere, inundó todo el limbo y lo convirtió en paraíso, haciéndolas a todas felices con sola su presencia, dándoles a ver su Alma Santísima y la divinidad que la revestía.



La Gloriosa Resurrección de N. S. Jesucristo
Al tercer día de haber sido sepultado, Jesús resucitó de entre los muertos, según lo había anunciado, y volvió a la vida. Jesucristo resucitó por su propio poder y virtud porque es Dios. El apóstol San Pablo nos dice: "Si Cristo no hubiera resucitado, sería vana nuestra fe" (1ª *Corintios* 15, 14).

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo

Al predecir su muerte y su muerte de cruz, Jesús había asimismo anunciado que resucitaría al día tercero. Cuando los fariseos le pidieron un signo en el cielo para que les probara su divinidad, el Salvador les respondió que el gran signo de su origen y misión divina sería su propia Resurrección. Así como el profeta Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así Él estaría tres días en el seno de la tierra. He ahí el milagro por excelencia, el milagro que atraerá al mundo a los pies del Hijo de Dios.

Al tercer dia de haber sido sepultado, Jesús resucitó de entre los muertos, según lo habia anunciado, y volvió a la vida.

Hacia la aurora del tercer día, su Alma vuelta del limbo, por su propia virtud y poder, se unió de nuevo a su Cuerpo, y Jesús volvió a vivir en su naturaleza humana, pero ya gloriosa e inmortal.

Jesús resucitado, glorioso y triunfante, salió de la tumba sin mover ni tocar la piedra que sellaba la entrada.

Un momento después hubo un gran terremoto, porque un Ángel de Dios descendió del Cielo, y llegando al sepulcro, quitó la piedra que cerraba la entrada y se sentó sobre ella. El Ángel estaba lleno de luz, su rostro centelleaba como el relámpago, su vestido blanco como la nieve resplandecía, sus ojos despedían fulgores que deslumbraron a los guardias y los derribó por tierra dejándolos como muertos de terror. Era el Ángel de la Resurrección que bajaba del Cielo para anunciar a todos que Jesús, el Rey de Cielos y tierra, el Salvador del mundo ya no estaba en la tumba.

Después de ese instante de estupor, los guardias, viendo que la tumba estaba abierta y vacía, despavoridos huyeron a la ciudad para contar a los príncipes de los sacerdotes los hechos prodigiosos de que habían sido testigos.

Jesucristo resucitó por su propio poder y virtud porque es Dios. El apóstol San Pablo nos dice: "Si Cristo no hubiera resucitado, sería vana nuestra fe" (1ª *Corintios* 15, 14).



¡Amanecer celestial el de aquel Domingo de Pascua! ¡Amanecer iluminado por los esplendores de la Resurrección del Rey Eterno, del Salvador de todos los hombres! ¡Amanecer de gloria!, ¡Cristo ha resucitado!, ¡aleluya!, ¡alegría! Y los hombres que peregrinan en la noche de esta vida suspirando por el día luminoso de su llegada a la Patria Celestial, imitando a los ángeles en su canto, repiten con júbilo el himno glorioso que esa mañana ellos entonaron: ¡Aleluya!, ¡aleluya!, ¡alegría!

Lo pregonan todas las campanas: ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! Lo repiten todos los corazones: ¡Ha resucitado Cristo! ¡Aleluya! Brilla en todas las mentes y en todas las miradas la luz de este pensamiento: ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!, ¡aleluya!

Millones de bocas repiten a diario jubilosamente este artículo de nuestro Credo: "AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS".

Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él. ¡Aleluya! Bendigamos al Señor. Demos gracias a Dios. ¡Aleluya!, ¡aleluya!

La resurrección del Salvador es el suceso más glorioso de su existencia, la prueba más fidedigna de su divinidad y la base inconmovible de toda nuestra fe.

La Resurrección de Jesús es para nosotros una prenda segura de nuestra propia glorificación y de la resurrección de nuestros cuerpos al fin de los tiempos, según lo manifestó Jesús cuando dijo: "YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA, QUIEN CREE EN MÍ, AUNQUE HUBIERE MUERTO, VIVIRÁ; Y TODO AQUEL QUE VIVE Y CREE EN MÍ, NO MORIRÁ PARA SIEMPRE" (*Juan* 11, 25-27).



La Resurrección de los cuerpos al fin del mundo

Regocijémonos todos en el Señor. Con gran alegría e inmensa gratitud, los cristianos repiten diariamente este otro artículo de nuestro Credo: "CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y EN LA VIDA PERDURABLE".

Dios no dejará perecer para siempre aquello que ha sido regenerado con su Gracia, con los méritos de la vida, pasión y muerte de su Hijo Unigénito. Los símbolos de la muerte no deben arrancar a nuestros ojos lágrimas inconsolables porque más allá de la muerte está la Resurrección, más arriba la Gloria del Cielo, Jesús resucitado hará que volvamos a ver llenos de gloria y de indecible dicha a los seres queridos que buscamos y lloramos entre los muertos.

En la tumba de los cristianos que mueren en Gracia de Dios, se puede grabar esta inscripción: "No han muerto, han empezado a vivir".



Las piadosas mujeres visitan la tumba

"Jesús resucitó, no está aquí" (*Mateo* 28, 6). Estas fueron las primeras palabras que el Ángel dirigió a las piadosas mujeres que al amanecer acudieron al sepulcro del Señor. ¡Con cuánta alegría debieron escucharlas! Y qué gran alegría espiritual debe dilatar el corazón de los fieles cuando las oyen repetir: "Jesús ha resucitado, ¡aleluya! ¡Como lo había predicho!, ¡aleluya!, ¡aleluya!" (*Mateo* 28, 7).

El Domingo de Pascua las piadosas mujeres visitan la tumba

El triunfo alcanzado por Jesús en su Resurrección será el signo por el cual el universo entero reconocerá a su Dios y Salvador. El día de la Resurrección de Jesús tendrá un nombre particular: se le llamará Domingo, que significa "día del Señor", día del eterno aleluya. Entonces era lo que en nuestro tiempo es un lunes, el día siguiente al sábado, día del descanso para los judíos, era el día primero de la semana, en que se renovaban los trabajos interrumpidos el día anterior.

Al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y otras piadosas mujeres venían de la ciudad trayendo aromas y esencias para embalsamar el Cuerpo de Jesús, pues el viernes, por la premura del tiempo, no habían podido hacerlo con el esmero deseado; en el camino se decían: "¿Quién nos quitará la piedra que cierra la entrada del sepulcro?" (*Marcos* 16, 2-5), la cual realmente era muy grande; cuando llegaron, sorprendidas, encontraron removida la piedra del sepulcro y entraron a la tumba, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús (*Lucas* 24, 1-2).

Deslumbradas y sobrecogidas de temor vieron un Ángel resplandeciente vestido con una túnica fúlgida que estaba sentado dentro. El Ángel las tranquilizó diciéndoles: "No teman. Ustedes buscan a Jesús de Nazaret, el Crucificado. Ha resucitado, no está aquí; miren el lugar donde lo habían puesto. Vayan ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que Él irá antes que ustedes a Galilea; allí lo verán, como Él se los había dicho" (*Marcos* 16, 6-7).

¡Qué alegría causó en los corazones desolados de las piadosas mujeres, que desde el sábado después de puesto el sol, cuando ya era lícito el trabajo, habían preparado los aromas y perfumes para embalsamar el Cuerpo de Jesús para rendirle ese testimonio de su ferviente amor, el oír las palabras del Ángel: "Jesús resucitó, ¡ya no está aquí!".

¡Y cuánta alegría excita en el corazón de los fieles cuando las oyen repetir por la Iglesia en la Misa del Domingo de Resurrección, aniversario de ese gran día!... Resucitó, ¡aleluya! Jesús ha resucitado, ¡aleluya! Como lo había predicho, ¡aleluya!, ¡aleluya!

Nada resiste a la omnipotencia de Dios. Ni el infierno ni el mundo pueden nada contra las promesas de N. S, Jesucristo. Todo cuanto Él dijo se ha cumplido y se cumplirá.

Las apariciones de Jesús

Jesús resucitado, con su Cuerpo glorioso, luminoso, sutil, espiritualizado —porque después de la resurrección el cuerpo ya no está sujeto a las leyes de la materia, sino que participa de las cualidades del espíritu— se mostró más amoroso que nunca. Entonces su corazón rebosaba amor y felicidad y quería colmar a todos de consuelo, de dicha y de alegría.

Jesús resucitado se apareció en primer lugar a su Santa Madre, luego a María Magdalena; más tarde, en el camino a Jerusalén, a las piadosas mujeres que habían ido a embalsamar su Cuerpo; a Pedro; en la tarde de ese mismo día a dos discípulos que iban camino de Emaús y al anochecer a los apóstoles y discípulos que estaban reunidos en el Cenáculo.

A todos encontraba tristes y afligidos y los dejaba gozosos, llenos de alegría y de felicidad.

¿Quién podrá formarse una idea de la alegría que inundó el corazón maternal de la Santísima Virgen cuando volvió a ver a su Hijo tan amado, y verlo no solamente lleno de vida, sino de hermosura y esplendor? ¿El gozo de María Magdalena cuando al dejarse ver por ella, la llamó por su nombre? ¿La felicidad y gratitud de San Pedro cuando se le apareció el Divino Maestro, él que decía "si me fuera dado ver otra vez vivo al que tanto me ha amado"? ¿La dicha y el consuelo de los apóstoles y discípulos que se sentían huérfanos y desamparados?

En ese venturoso día, ¿pensaría Jesús en alguien más a quien quisiera hacer feliz? ¿Pensaría Jesús en nosotros en ese día bendito?

Jesús quería hacernos felices a todos

Jesús, en ese primer día de Pascua, pensó en nosotros y quiso que nosotros y todos los hombres pudiéramos ser felices hasta el fin de nuestra vida.

Jesús, cuando oró en el Huerto de los Olivos vio todos nuestros pecados y los pecados de todos los hombres y al contemplarlos se sintió tan angustiado, que su alma sufrió una tristeza y agonía mortales, que le produjeron un sudor como de sangre que corrió por su Cuerpo hasta caer en tierra.

Entonces Jesús experimentó, como ningún otro podrá jamás llegar a hacerlo, que la única cosa que realmente hace infelices a los hombres es el pecado, y que nadie puede ser realmente feliz si tiene un pecado grave en su alma.



Jesús quería hacernos felices a todos
Y para que realmente fuéramos felices, el primer día de su Resurrección, Jesús instituyó el Sacramento de la Confesión. Dirigiendo el aliento hacia los apóstoles, les dijo: "RECIBAN AL ESPÍRITU SANTO. LOS PECADOS SERÁN PERDONADOS A LOS QUE USTEDES LOS PERDONEN, Y SERÁN RETENIDOS A LOS QUE USTEDES SE LOS RETENGAN" (*Juan* 20, 22-23). Con estas palabras dio Jesús a sus sacerdotes el poder de perdonar los pecados.

¿Qué hizo entonces Jesús en ese primer día de Pascua, para que de verdad seamos felices? Jesús es Dios y sabe qué es lo mejor que puede darnos.

Jesús instituye el Sacramento de la Confesión

Al anochecer de aquel primer día de Pascua, estando los apóstoles y discípulos reunidos en el Cenáculo y teniendo las puertas cerradas por miedo a los judíos, apareció Jesús en medio de ellos. Como ignoraban que con su Cuerpo glorioso espiritualizado Jesús podía atravesar por todas partes, al verlo de pronto se atemorizaron creyendo que era un fantasma, pero Jesús les dijo luego: "La paz sea con ustedes, Yo soy, no teman" (*Lucas* 24, 36).

Cuando los apóstoles se aseguraron que era Jesús resucitado y que había vuelto con ellos otra vez, se sintieron inundados de gozo y como enajenados de alegría.

Pero, ¿para nosotros qué hace Jesús? ¿Qué les dijo a los apóstoles para que realmente fuésemos felices? San Juan, que estaba allí, nos lo dice en su Evangelio: "Entonces Jesús les dijo otra vez: 'LA PAZ SEA CON USTEDES' y luego añadió: 'COMO MI PADRE ME ENVIÓ, ASÍ LOS ENVÍO TAMBIÉN A USTEDES'. Dichas estas palabras, dirigió el aliento hacia ellos y les dijo: 'RECIBAN AL ESPIRITU SANTO. LOS PECADOS SERÁN PERDONADOS A LOS QUE USTEDES SE LOS PERDONEN, Y SERÁN RETENIDOS A LOS QUE USTEDES SE LOS RETENGAN" (*Juan* 20, 22-23).



La Confesión es el Sacramento de la Divina Misericordia
Porque Dios en él perdona todos los pecados, por muchos y grandes que sean y con inefable bondad nos da su Gracia, nos recibe en su amistad y nos estrecha en su amoroso y paternal corazón. Tan grande es su misericordia, que no cesa de decirnos a cada uno: "YO TE HE AMADO CON PERPETUO Y NO INTERRUMPIDO AMOR, POR ESO MISERICORDIOSO TE ATRAJE A MÍ" (*Jeremias* 31, 3).

Con estas palabras instituyó Jesús el Sacramento de la Confesión para hacernos felices. Con estas palabras dio Jesús a sus sacerdotes el poder de perdonar los pecados.

Pensemos qué cosa tan terrible sería si después de haber recibido en el Bautismo la Gracia Santificante, que nos hace hijos de Dios y herederos del Cielo, la perdiéramos por nuestros pecados, y las manchas de esos pecados las tuviéramos en el alma y no pudiéramos quitárnoslas. Nos haría tan desdichados que no sabríamos qué hacer. Nunca seríamos ya felices en toda nuestra vida, y después de nuestra muerte tendríamos que ir a padecer al infierno por toda la eternidad.

La confesión es el Sacramento de la Misericordia Divina, porque Dios en él perdona todos los pecados, por muchos y grandes que sean. Dios perdona siempre; la única condición que exige es que estemos arrepentidos y dispuestos a no volver a cometerlos.

Por medio de continuas inspiraciones, nos conduce a la confesión frecuente de nuestras culpas, para por medio del sacerdote, lavar nuestra alma manchada y devolverle la blanca vestidura de la Gracia recibida en el Bautismo. Y cuantas veces después de caer, cuantas volvamos, otras tantas nos perdona, recibiéndonos en su amistad y estrechándonos en su amoroso y paternal corazón.

Tan grande es su misericordia, que no cesa de decirnos a cada uno: "YO TE HE AMADO CON PERPETUO Y NO INTERRUMPIDO AMOR, POR ESO MISERICORDIOSO TE ATRAJE A MÍ" (Jeremías 31, 3).

Debemos sentir en lo más íntimo de nuestro corazón un profundo y vivo agradecimiento hacia Nuestro Señor Jesucristo que nos ama tanto, por haber pensado en nosotros y habernos dado en su infinita bondad y divina misericordia el Sacramento de la Confesión, para hacernos felices en el tiempo y en la eternidad. Su amoroso corazón se abrasa en deseos de vernos un día a su lado gloriosamente resucitados. ¡Cuán dulce es para nuestro corazón ver que el de Jesús ni en la pena ni en la gloria, se olvida jamás de nosotros, y que siempre y en todo tiene el pensamiento de hacernos participar de su misma gloria y felicidad por toda la eternidad!

Duda de Santo Tomás

Cuando Jesús se les apareció a los apóstoles en el Cenáculo por primera vez, Santo Tomás no estaba con ellos. Por eso los apóstoles le dijeron a Tomás en cuanto llegó: "Hemos visto al Señor". Pero él les replicó: "Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré" (*Juan* 20, 24-25).



Duda de Santo Tomás
Después de haber mostrado Jesús las llagas de sus manos y costado a Tomás, el discípulo incrédulo, en un arrebato de amor y de viva fe en la divinidad de Jesús, exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!". Jesús le dijo: "Tú has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto; bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído" (*Juan* 20, 28-29). Estas palabras de Jesús van dirigidas a aquellos que creerán en su Resurrección por la predicación de los discípulos.

Ocho días después, los apóstoles estaban reunidos en el mismo aposento y Tomás con ellos. De improviso, estando las puertas cerradas, apareció Jesús otra vez en medio de ellos y les dijo: "La paz sea con ustedes". Luego, dirigiéndose al discípulo incrédulo que estaba consternado por la evidencia de lo que antes había negado, le dice con dulzura y divino imperio: "Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe" (*Juan* 20, 26-27).

Tomás, hondamente afligido por su anterior duda, y creyendo no solo en la humanidad sino también en la divinidad de Jesús, se arrodilló a sus pies y en un arrebato de fe, de gozo y de amor, exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!".

Jesús le dijo: "Tú has creído, ¡oh Tomás!, porque me has visto; bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído" (*Juan* 20, 28-29).

Nosotros decimos en el fondo de nuestro corazón: "¡Bienaventurados los que vieron a Jesús!". Mas Jesús replica: "Bienaventurados aquellos que sin haber visto han creído".

La fe no consiste en comprobar con nuestros sentidos lo que debemos creer, la fe es precisamente creer las verdades reveladas por Dios, porque Él las revela. El mérito de la fe consiste en sacrificar nuestro propio juicio y todo punto de vista puramente humano a la veracidad divina. He ahí la verdadera piedad, la verdadera nobleza de espíritu y grandeza de alma.

Cuando el Santísimo Sacramento está expuesto y sobre todo en la Santa Misa, a la hora de la Consagración, fijando nuestros ojos en la hostia santa, con viva fe y todo el fervor de nuestra alma repitamos las palabras que dijo el apóstol Santo Tomás cuando vio a nuestro Señor Jesucristo resucitado y se cercioró de que estaba vivo: "¡Señor mío y Dios mío!", pues Jesús en la hostia consagrada está vivo, está allí como Dios y Hombre verdadero.



Jesús constituye a Pedro, vicario suyo en la tierra
Después de hacerle expiar con una triple protesta de amor su triple negación, Jesús confía a San Pedro el encargo de regir su Iglesia, cumpliéndole así la promesa que antes le había hecho, y desde ese momento San Pedro quedó constituido jefe y cabeza de los apóstoles y de los fieles, pastor supremo del rebaño de Cristo.

Jesús constituye a Pedro, pastor supremo

Jesús conquistaba las almas y esta familia suya era cada vez más numerosa. La cabeza de esta familia era Jesucristo, pero un día Jesucristo subirá al Cielo. ¿Quién quedará entonces como cabeza de esta hermosa familia?... Siempre Jesús. Pero después de su ascensión al Cielo, los hombres no podrán ver más a Jesús y ellos necesitan que los guíen visiblemente, que les hablen, que les enseñen la verdad y les administren los Sacramentos, necesitan una cabeza visible... ¿Quién será la cabeza visible de la hermosa familia cristiana?

Apenas pasadas las fiestas de la Pascua, los apóstoles, cumpliendo las órdenes de Jesús, volvieron a tomar el camino de Galilea. Allí, en Aquel país tan querido para su corazón, era donde Jesús quería pasar los 40 días que aún debía permanecer en la tierra para consolar a los suyos, fortificarlos y darles las últimas instrucciones acerca del Reino de Dios y de la misión que les iba a confiar.

Los apóstoles volvieron a sus ocupaciones ordinarias. Allí se apareció Jesús a los apóstoles a orillas del Lago de Tiberíades, después de haber trabajado toda la noche sin pescar absolutamente nada. Jesús les mandó que echaran de nuevo la red a la derecha de la barca, y después de manifestar su poder por una milagrosa redada de abundantes peces, almorzó con ellos (*Juan* 21, 1-3).

Cuando hubieron terminado, dijo Jesús a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?". Y Pedro le respondió: "Sí, Señor, Tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "Apacienta mis corderos". Por segunda y tercera vez le pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?", y pensando que Jesús parecía dudar de su amor, Pedro se entristeció y humillándose profundamente le respondió: "Señor, Tú lo sabes todo, Tú conoces bien que yo te amo". Y Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas" (*Juan* 21 15-17). Con estas palabras Jesús nombró a Pedro pastor supremo de su Iglesia.

Pedro comprendió que Jesús había querido hacerle expiar su triple negación con una triple protesta de amor. Y a medida que estas protestas salían de su corazón más humildes y ardientes, el Divino Pastor colocaba bajo su cayado los corderos y las ovejas, es decir, todo su rebaño.

Apacentar significa gobernar; los corderos son figura de todos los cristianos; las ovejas, que son las madres de los corderos, representan a los apóstoles, los primeros obispos. Pedro, por mandato de Jesús, quedó constituido primer papa de la Iglesia de Jesucristo.

Para obtener la absolución de sus negaciones, Pedro está dispuesto a practicar las penitencias más rigurosas y solo escucha de labios de Jesús palabras de amor. He ahí todo lo que le exige: que lo ame más que los demás.

Dios nos creó para que le amemos. Se hizo hombre para que le amemos más. Al perdonar nuestras culpas lo hace para que le amemos y si nos perdona más es para que crezca nuestro amor. Lo que Él busca en las efusiones de nuestro arrepentimiento es nuestro corazón.

Jesús resucitado quiso confirmar el primado que a Pedro le había concedido en vida, a pesar de su flaqueza, como premio de su amor y para que constara claramente que el establecimiento y triunfo de la Iglesia católica, maravilla del mundo, apoyada sobre base tan débil en sí misma, es obra del Todopoderoso y no de los hombres. Y Pedro quedó constituido primer papa de la Iglesia de Jesucristo.

Quedó cumplida la promesa hecha a Pedro

De esta manera Jesús cumplió la promesa que un año antes había hecho a Pedro cuando le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas o poder del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que ates en la tierra, también será atado en los Cielos, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en los Cielos" (*Mateo* 16, 18-19).

Con esas palabras Jesucristo había dicho que Pedro sería el fundamento, la cabeza visible de su Iglesia, de la reunión de los discípulos, de la sociedad de sus fieles, que en este día Jesús por primera vez llamó Iglesia, y que en adelante se llamará siempre así. La Iglesia es la familia de los que siguen a Jesucristo, es la sociedad que Él quería fundar para perpetuar el Evangelio y la redención del género humano.

Atar y desatar significa el poder de imponer ataduras morales, leyes y preceptos y penas y castigos, o de quitarlos y absolverlos en todas las cosas.

Y ni los poderes de los príncipes del infierno, que son los demonios, ni la muerte, prevalecerán contra ella. La Iglesia de Jesucristo será indestructible.

Grabemos en nuestro corazón esta gran verdad de nuestra fe: el papa es el vicario de Jesucristo, es el representante de Dios en la tierra.



La misión de los apóstoles
En virtud del poder soberano que en el Cielo y en la tierra recibió del Padre, Jesús envía a sus discípulos a predicar, a bautizar en nombre de la Sma. Trinidad, a divulgar sus enseñanzas con la facultad de perdonar los pecados, prometiéndoles a ellos y a los que después hayan de ser ministros de su doctrina su asistencia hasta la consumación de los siglos.

La misión de los apóstoles

Durante tres años, Jesús preparó a sus apóstoles para que continuaran su trabajo a través de la Iglesia que Él iba a fundar. Cuarenta días estuvo Jesucristo apareciendo a sus apóstoles y discípulos y durante todos ellos les estuvo tratando de las cosas pertenecientes al Reino de Dios, es decir, al reino de Jesucristo en esta vida, que es la Iglesia, y a la salvación y santificación de las almas para la gloria, que es el Reino de Dios en la eternidad.

Después de colocar a Pedro a la cabeza de la Iglesia y de dar las últimas instrucciones para la continuación de su Iglesia, confirió a los apóstoles y en ellos a sus sucesores, el triple poder de: predicar su vida y su doctrina a todos los hombres, otorgar a todos los hombres sus Sacramentos y regir los destinos de su Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Antes de su ascensión, reunió a los apóstoles y a más de 500 discípulos venidos de Galilea y de Jerusalén. Cuando apareció en medio de ellos, todos cayeron de rodillas ante Él, adorándolo como a su Dios y Salvador. Jesús, con autoridad y majestad divinas, tomó la palabra y dirigiéndose a los apóstoles y a todos los que debían trabajar con ellos en la predicación de su Evangelio, les dijo:

"A Mí se me ha dado toda potestad en el Cielo y en la tierra: Vayan, pues, por todo el mundo y prediquen el Evangelio a todas las criaturas, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que Yo les he mandado" (*Mateo* 28, 18-20).

Jesús confirió a sus apóstoles el don de hacer milagros como signo auténtico de su divina misión.

Jesús manda a los apóstoles a predicar su doctrina y a bautizar en nombre de la Sma. Trinidad; Jesús resucitado tiene necesidad de auxiliares. Hay que hacer participar a todos los hombres de los tesoros del Evangelio; hay que hablar de Él a todas las criaturas; hay que difundir la sangre del Calvario sobre todos los hombres.

Jesús no les dice a sus apóstoles: "Vayan a vengar mi muerte; vayan a perder a los que me han crucificado; vayan a hacer que me teman los hombres". Por el contrario, dice: "Enseñar, padecer, ganar por la persuasión las inteligencias y los corazones. Vayan a trabajar por la salvación de nuestros hermanos; vayan a mostrarles el camino del Cielo; vayan a librarlos de la esclavitud del demonio. Digan lo mismo que Yo he dicho; hagan lo que Yo he hecho; terminen lo que Yo he empezado. Vayan a hacer que amen a Dios, que se amen unos a otros como hermanos. Vayan a abnegarse, vayan a sufrir, vayan a morir". Ese es el Mesías que nos envía a sus apóstoles.

Yo estaré con ustedes

Al instituir Jesús el Sacramento del Bautismo, completó la institución de los otros Sacramentos, y en particular les recomendó a sus apóstoles el mandato que les dio en la Última Cena para que ofrecieran la Misa y distribuyeran la Sagrada Comunión a los fieles, haciendo lo mismo que Él había hecho.

Los apóstoles escuchaban atentamente las recomendaciones de Jesús. Y cuando se entristecieron, temerosos de no ser capaces de cumplir su sublime misión, Jesús les manifestó que nos los dejaría solos y les dio ánimos diciéndoles: "Estén ciertos que Yo mismo estaré continuamente con ustedes hasta la consumación de los siglos" (*Mateo* 28, 19-20).

Jesucristo está todavía ahora con nosotros y no solamente como Dios por razón de su inmensidad, de su Omnipresencia y de su Operación, sino como Hombre, por su presencia corporal en la Sagrada Eucaristía.

La última vez que se les apareció cuando estaban reunidos en el Cenáculo, les dijo: "Voy a enviaros el Espíritu Divino que mi Padre les ha prometido por mi boca: entretanto permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de la fortaleza de lo alto" —que les comunicaría el Espíritu Santo— (*Lucas* 24, 49).

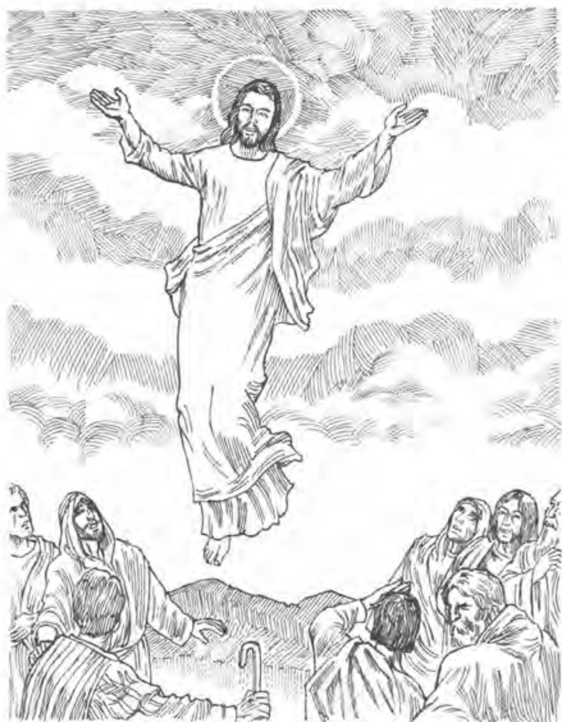


Yo estaré con ustedes
Y Jesús, el mismo Jesús que vivió 33 años vida mortal sobre la tierra, se quedó para siempre con nosotros en la Eucaristía y se quedará hasta el fin de los tiempos... ¡Lo retiene su palabra, lo encadena su amor! Y mientras haya una lágrima que enjugar, mientras exista un dolor que compartir, mientras viva en la tierra un culpable por quien ofrecerse en expiación, durará la vida eucarística de Jesús.

Jesús dijo: "¡Yo estaré con ustedes!" adelantándose a todos los tiempos. Escuchó anticipadamente la plegaria de los siglos venideros. "¡Quédate con nosotros! —le dice toda criatura—. Los ciegos tienen necesidad de un guía, los pobres la tienen de un Padre, las criaturas de su Creador. ¡Quédate con nosotros!".

Y Jesús respondió: "Yo estaré con ustedes; heme aquí en mi compañía para siempre. Desapareceré de su presencia, pero no me marcharé".

Comprobemos llenos de amor y gozo cómo ha mantenido su palabra. ¿No ha perpetuado acaso, hasta nuestros días, el beneficio inefable de su presencia real en la Sagrada Eucaristía? Y, sin embargo, para cumplir su promesa se ha visto obligado a aceptar nuevas humillaciones, más profundas aún que las de su vida mortal. Adorémosle al verle anonadado bajo las apariencias de un poco de pan en el interior de nuestros Sagrarios. Su voz continúa diciéndonos: "Soy Yo, que permanezco en medio de ustedes". Y que nuestras amorosas y fervientes visitas le compensen un poco de la ingratitud, indiferencia y olvido que recibe de millares de almas en el Sacramento de su Amor.



La admirable Ascensión de N. S. Jesucristo
Los discípulos se quedaron extasiados mirando al Cielo. Tú que eres peregrino en este mundo, clava también tus ojos en el Cielo, para él te ha hecho Dios y en conseguirlo debes poner todo tu empeño. Tu Patria es el Cielo... Mira al Cielo para ser bueno. Mira al Cielo para evitar el mal. Mira al Cielo para agradecer y amar.

Jesús había terminado su misión en la tierra, ya había dejado fundados los cimientos de la sociedad de los hijos de Dios, no le faltaba más que transformar a los continuadores de su obra en otros cristos, dotándolos del Divino Espíritu que hablaría por su boca y obraría por sus manos. Pero, como se los había anunciado, no les enviaría al Espíritu Santo sino después de su vuelta al Padre y de su glorificación en los Cielos.

A los 40 días de su Resurrección, después de haberse mostrado numerosas veces y de diferentes maneras a sus apóstoles, Jesús llevó a sus discípulos al Monte de los Olivos.

Ellos no se cansaban de contemplar su faz radiante, su mirada llena de bondad y ternura. Al llegar a la cumbre del monte, Jesús se despidió de todos, luego levantó sus manos al Cielo y los bendijo; y mientras los bendecía, su Cuerpo glorificado, por un acto de su divino poder, suavemente empezó a elevarse y subir al Cielo.



Millares y millares de almas libertadas del limbo de los justos acompañaron a Jesús en su entrada triunfal a la Gloria Celestial

Maravillados, los apóstoles y discípulos estaban extasiados viéndolo subir, hasta que una nube resplandeciente lo ocultó a sus miradas. Ellos seguían, todavía, absortos mirando la nube, esperando verla deshacerse o pasar, para volver a ver a Jesús.

De pronto aparecieron dos ángeles vestidos de blanco que les dijeron: "Varones de Galilea, ¿por qué están ahí parados mirando al Cielo? Este Jesús, que separándose de ustedes se ha subido al Cielo, vendrá de la misma manera que lo acaban de ver subir allá" (*Hechos de los Apóstoles* 1, 11).

Entonces los apóstoles, llenos de alegría, se postraron en tierra para adorar al que habían visto subir a los Cielos, y llenos de un gozo singular, regresaron a Jerusalén para esperar la llegada del Espíritu Santo, como Jesús les había indicado.

Jesucristo, después de haber terminado su obra en este mundo, volvió al Cielo para gozar, como Hombre, de la gloria que había merecido; para abrir a todos las puertas del Paraíso Celestial que el pecado de nuestros Primeros Padres había cerrado; a prepararnos un lugar; a interceder por nosotros y a enviarnos al Espíritu Santo.

Jesús subió al Cielo, no a este cielo que vemos, sino al Cielo de los bienaventurados donde se goza de la visión de Dios, y no subió solo sino acompañado de millares y millares de almas de los justos que sacó del limbo, algunos de los cuales habían esperado miles de años. ¡Qué hermosa entrada triunfal debió ser la de ese inmenso ejército cristiano en la Gloria Celestial, otra vez abierta a los hombres!

En la cumbre del Monte de los Olivos se venera la huella de los pies del Salvador. Está profundamente señalada en una roca muy dura. Esta roca se halla en el interior de un edificio cuya llave guardan actualmente los turcos.

Subió a los Cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre

El Credo nos dice que Jesús en el Cielo está sentado a la diestra de Dios Padre, porque en cuanto Dios, tiene la misma gloria, el mismo poder, la misma majestad con el Padre y el Espíritu Santo... y en cuanto Hombre participa de esa gloria, ¡qué honor para nuestra naturaleza humana estar en Jesucristo al lado del Padre Celestial!

Jesucristo en el Cielo conservará en su Cuerpo glorioso las huellas de sus cinco llagas como una prueba eterna de su inmenso, infinito y perpetuo amor a cada uno de nosotros.

Jesús volvió al Cielo para prepararnos un lugar. El Hijo de Dios nos ha redimido y quiere compartir con nosotros su gloria y su felicidad. Antes de irse dijo a sus discípulos: "En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones" (*Juan* 14, 2) —es decir, para que todos los que quieran, puedan ir, pobres y ricos, ignorantes y sabios, inteligentes y torpes—. "Yo voy a preparar lugar para ustedes...Y los llevaré conmigo para que donde Yo esté, estén también ustedes" (*Juan* 14, 2-3).



Cristo, Rey del Cielo y de la tierra
Jesús subió al Cielo para gozar como hombre de la gloria que había merecido por sus trabajos y sufrimientos; para prepararnos allí una morada; para enviarnos al Espíritu Santo; para ser nuestro abogado ante el Padre.

El Hijo de Dios quiere que todo sea común entre Él y nosotros. Una misma habitación, el Cielo; una misma felicidad, la felicidad de Dios; una misma gloria, la Gloria Divina.

¡Bendito sea nuestro Divino Salvador! ¡Bendita sea su inefable bondad, su infinita misericordia, su excelsa caridad y su divino e indecible amor!



La venida del Espíritu Santo
"El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo" (*Hechos de los Apóstoles* 2, 4). El Espíritu Santo transformó espiritualmente a los apóstoles dándoles una sabiduría celestial, purificándolos del pecado, confirmándolos en Gracia y dándoles fortaleza para emprender la conversión del mundo.

La venida del Espíritu Santo

Después de la ascensión del Salvador, Pedro y sus compañeros volvieron al Cenáculo meditando en las últimas palabras de Jesús. Serias dificultades se presentaban a su espíritu y sobrados motivos para desalentarse. ¿Cómo podrían ellos, hombres sin letras, desprovistos de ciencia, de dinero, de prestigio, predicar el Evangelio en toda la tierra? ¿Cómo podrían presentar a la adoración de judíos y paganos aquella cruz en que su Maestro había expirado? ¿No era esto humanamente imposible? Pero tenían confianza en Jesús y en el Espíritu que, según su promesa, debía enseñarles todas las cosas.

Se encerraron, pues, en el Cenáculo y se pusieron a orar con María Madre de Jesús, los discípulos y las santas mujeres, esperando la visita del Espíritu Santo.

Diez días después de la ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, 50 de su Resurrección, día de la Pascua de Pentecostés, cumplió N. S. Jesucristo la promesa hecha varias veces a sus apóstoles de enviarles el Espíritu Santo.

Estaban reunidos en el Cenáculo los apóstoles, la Santísima Virgen María y 108 discípulos, esperando allí, como Jesús les había dicho, la venida del Espíritu Santo.

Repentinamente se oyó un estruendo del Cielo, como el ruido de un viento impetuoso que llenó toda la casa, levantaron los ojos y vieron un ardentísimo fuego que dividido en forma de lenguas semejantes a relucientes llamas, vino a posarse sobre la cabeza de cada uno de los presentes. Y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Y empezaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca.

Las lenguas de fuego eran la señal con que el Espíritu Santo se dejaba ver.

¿Por qué escogió Dios lenguas como símbolo de la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles? Porque los apóstoles estaban destinados a predicar la palabra de Dios a todas las naciones y porque su lengua era el instrumento de que se debían servir para ello.

Esas lenguas eran como de fuego. El fuego, por su naturaleza, ilumina, calienta, dilata, purifica, consume; esto es figura de lo que el Espíritu Santo vino a obrar en los apóstoles y discípulos reunidos en el Cenáculo. Él los iluminó con las más vivas luces de la fe; los abrasó con los santos ardores del amor de Dios y del prójimo; dilató sus corazones para que su celo abarcara toda la tierra; los purificó de las menores manchas de pecado y los transformó de manera que fueran como un mismo espíritu con Él.

El Cenáculo, la casa santificada por los misterios de la Última Cena, fue la morada que escogió el Espíritu Santo para comunicarse a los hombres, y la llenó toda entera de su Soplo Divino, pero sin que se saliese. El Cenáculo representaba a la Santa Iglesia, o a la reunión de los fieles cristianos, cuya cabeza es el papa. Solo a ella se dio el Espíritu Santo, y solo en ella brotan las verdaderas fuentes de la salvación eterna, que son los Sacramentos instituidos por N. S. Jesucristo.

El Espíritu Santo transformó a los apóstoles

Bajo aquel emblema de fuego, el Espíritu Santo vino a comunicar a los discípulos de Jesús todos los dones celestiales: la inteligencia, para interpretar las Sagradas Escrituras, ilustrando su entendimiento para que pudieran comprender y enseñar sin ningún error lo que Jesús les había enseñado; la fortaleza para luchar con sus enemigos, y para que llenos de valor profesaran

la Fe y la predicaran; el don de lenguas, para enseñar a todos los pueblos; el fuego del amor, que encendió sus corazones en amor de Dios y del prójimo.

Transformados en un instante por aquella efusión milagrosa de la Gracia, los apóstoles comenzaron inmediatamente a manifestar en diversas lenguas los pensamientos que el Espíritu Santo les sugería.

"Divulgado, pues, este suceso, acudió una gran multitud de ellos, y quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua. Así, pasmados todos y maravillados, se decían unos a otros: ¿Por ventura estos que hablan, no son todos galileos rudos e ignorantes? Pues, ¿cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas, los moradores de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y del Asia, los de Frigia, de Panfilia y del Egipto, los de la Libia, confinante con Cirene, y los que han venido de Roma, tanto judíos como prosélitos, los cretenses y los árabes, todos les oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios" (*Hechos de los Apóstoles* 2, 6-11).



Predicación de San Pedro

San Pedro exhorta a la multitud a creer en Jesucristo, en el único Salvador dado por Dios y, mediante esta Fe, alcanzar el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. Su predicación fue tan elocuente y llena de amor, que 3,000 personas tocadas por la Gracia de Dios pidieron hacerse cristianas y recibieron el Bautismo.

Muchas de esas gentes habían ido a Jerusalén a las fiestas de la Pascua de Pentecostés y San Pedro dijo la primera predicación para instruir a la multitud.

Entre otras cosas les dijo: "Dieron la muerte al Autor de la vida, pero Dios le ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de su Resurrección. Y ahora, hermanos, bien sé que lo hicieron por ignorancia, como también sus príncipes. Hagan, pues, penitencia y conviértanse, a fin de que se borren sus pecados" (*Hechos de los Apóstoles* 3, 17-19).

Su predicación fue tan elocuente, tan llena de unción y de amor, que 3,000 personas tocadas por la Gracia de Dios, pidieron hacerse cristianas y recibieron el Bautismo.

Esta es una de las mayores pruebas de la divinidad de la doctrina cristiana y de la asistencia especial del Espíritu Santo a la Iglesia católica, fundada por N. S. Jesucristo.

En ese día, la pequeña familia de Jesucristo se aumentó en 3,000 hijos.

Los apóstoles hicieron lo que Jesús les había mandado y viajaron por diversos países convirtiendo a miles de gentes a la Fe. Sus sucesores, los obispos y los colaboradores de estos, que son los sacerdotes, han continuado esa misión en nuestro tiempo y seguirán obedeciendo el mandato de Jesús hasta la consumación de los siglos. El número de los que siguen a Cristo es cada vez más grande. Ahora la familia de Jesucristo es grande, grandísima; cuenta 400 millones de fieles de todas las naciones. Y siempre aumentará, hasta que haya "un solo rebaño y un solo Pastor".

Mas no solo los sacerdotes y misioneros tienen obligación de propagar la Fe, sino que este deber incumbe a todo cristiano. Como miembros de la familia de Jesucristo, todos debemos cooperar a la extensión del Reino de Dios con nuestras oraciones y limosnas y con nuestra cooperación personal cuando nos sea posible. Roguemos por aquellos miles de hermanos nuestros que todavía viven en las profundas tinieblas del paganismo, para que pronto sus vidas sean iluminadas por la luz del Evangelio y ayudemos con nuestras limosnas a la propagación de la Fe, para que los misioneros no carezcan de los recursos económicos que les facilitan llevar la luz y la Gracia Divina a las almas.

Los que cooperan al sostenimiento e intensificación de las obras misionales practican la más excelente de las obras de misericordia con los más necesitados de todos los hombres, que son aquellos hermanos nuestros que no conocen a Dios ni tienen su Gracia y pueden estar seguros de que Dios Nuestro Señor no los defraudará de su misericordia ni de su divina recompensa.



La propagación de la Fe
No solo los sacerdotes y misioneros tienen obligación de propagar la Fe, cuyo fin es dar a conocer a Jesucristo a los infieles, sino que este deber incumbe a todo cristiano. Como hijos de Dios y miembros de la familia de Jesucristo, todos debemos cooperar con nuestras oraciones y limosnas a la extensión del Reino de Dios en todos los continentes y en todas las naciones.

Nosotros también hemos recibido el Espíritu Santo

Como a los apóstoles, también ha venido a nosotros el Espíritu Santo y ha enriquecido nuestra alma con sus dones.

El Espíritu Santo descendió por primera vez a nuestra alma el día feliz de nuestro Bautismo e infundió en ella el don divino de la Gracia Santificante, y nuestro cuerpo quedó convertido en Templo del Espíritu Santo, y Dios —la Trinidad augusta— vino a habitar en el fondo de nuestro ser.

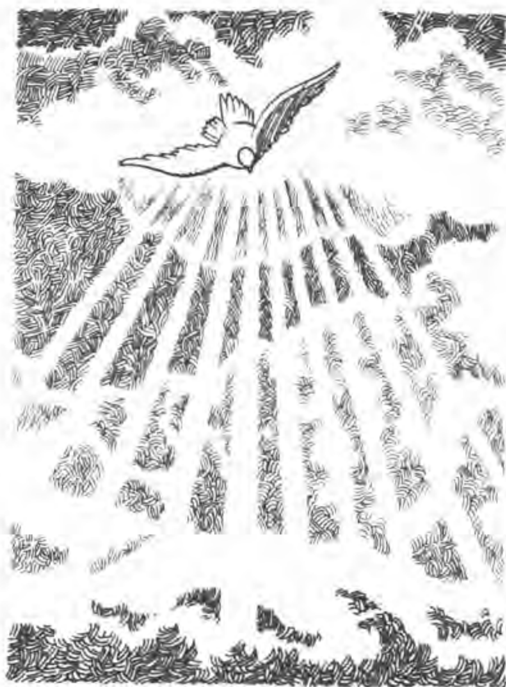
San Pablo manifiesta estas verdades en sus epístolas a los primeros cristianos, diciéndoles: "Hermanos míos, ¿no saben que sus cuerpos son Templo del Espíritu Santo que está con ustedes?" (1ª *Corintios* 6, 15), añadiendo luego: "Glorifiquen, pues, y lleven a DIOS en su Cuerpo" (1ª *Corintios* 6, 19).

Con esas palabras, el apóstol nos exhorta a hacer de nuestro cuerpo instrumento de la Gloria de Dios: conservándolo puro de toda mancha, adornándolo con el brillo de las virtudes y buenas obras, como se embellece y adorna un santuario.

El día venturoso en que nos hicimos cristianos recibiendo el santo Bautismo, sacramento que instituyó Jesucristo para borrar la mancha del pecado original y para que nuestras almas recibieran el don sobrenatural y divino de la Gracia Santificante, el sacerdote, insuflando sobre nosotros, nos libertó de la esclavitud del demonio diciendo: "Sal de esta alma, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo". Y en virtud del rito esencial en el que el sacerdote, cumpliendo el mandato dado por N. S. Jesucristo antes de su ascensión, dice las palabras sacramentales: "Yo te bautizo en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo", tuvo efecto una sustitución increíble. Satanás perdió su dominio sobre nosotros y el Espíritu Santo, con sus dones, hizo su entrada triunfal en nuestra alma. Y mientras el alma no pierda la Gracia Santificante por alguna culpa —grave— DIOS vive en ella en una forma singular y muy amorosa. El cristiano en Gracia es Templo del Espíritu Santo, es un sagrario viviente de la Santísima Trinidad.

Un alma en Gracia es tan extraordinariamente bella, que una santa que vio una, creyendo que fuera el mismo Dios, le pareció morir de la impresión. El alma en Gracia se transforma haciéndose bellísima y santa, por la participación que le comunica la infinita belleza y santidad de Dios. El alma en Gracia está llena de hermosura y de luz, y resplandece como si una llama la hubiese encendido. Y esa llama que la ilumina y le comunica la vida sobrenatural, es el Espíritu Santo. Es DIOS que habita en nosotros.

Estando Dios presente en nosotros por la Gracia, debemos honrar esta presencia como se honra la divina presencia de Jesús en la Sagrada Eucaristía. Para honrar la presencia eucarística de Jesús, delante del Sagrario vela día y noche una lámpara encendida. Renovemos en nosotros, si no constantemente por lo menos algunas veces al día, la memoria de que Dios está en nosotros, de que somos un Sagrario vivo de la Sma. Trinidad.



Nosotros también hemos recibido el Espíritu Santo
El Espíritu Santo descendió por primera vez a nuestra alma el día venturoso de nuestro Bautismo e infundió en ella el don divino de la Gracia Santificante que nos hace Hijos Adoptivos de Dios y Herederos de su Gloria Celestial.

Amor y Beneficios del Espíritu Santo

El amor infinito del Espíritu Santo se nos manifiesta especialmente por el incomparable beneficio de nuestra santificación y de nuestra adopción como hijos de Dios.

El Espíritu Santo nos ha santificado en el Bautismo purificando nuestra alma de toda mancha, derramando en ella el amor de Dios, y con la caridad divina, el don precioso de la Gracia Santificante, que de siervos nos eleva a la sublime dignidad de hijos adoptivos de Dios y herederos de su Gloria, y coherederos de Jesucristo. He aquí la doctrina expresa de San Pablo: "La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios... y si hijos, también herederos de Dios y coherederos de Cristo" (*Romanos* 8, 16-17).

¡Cuánto debe ser nuestro amor y agradecimiento al Espíritu Santo, a quien debemos tan sublimes e inestimables beneficios!

El Espíritu Santo también ha venido a nosotros en el Sacramento de la Confirmación y, como a los apóstoles, ha derramado sobre nosotros sus dones en abundancia. A los apóstoles los iluminó y los fortaleció convirtiéndolos en apóstoles perfectos. Al descender el Espíritu Santo a nosotros en la Confirmación, nos ha hecho cristianos perfectos.

Quien comete pecado mortal dice, si no con las palabras, con lo hechos: "Sal de mí Espíritu Santo y deja tu lugar para que entre en mí el demonio". ¡Qué horror! Y al arrojar al Espíritu Santo del alma, se pierde el don de la Gracia y con ella la adopción de hijos de Dios y el derecho a la herencia del Cielo.

Si hubiéramos tenido la desdicha de arrojar al Espíritu Santo y perder la Gracia por alguna culpa —grave—, hagámosle venir de nuevo a nuestra alma y recuperemos la Gracia mediante el arrepentimiento y una sincera confesión.

Muchos cristianos ignoran que han recibido al Espíritu Santo y por eso nunca le ruegan, han recibido sus beneficios y no lo saben, tienen necesidad de Él y lo ignoran.

Debemos esforzarnos en tener siempre en nosotros al Espíritu Santo, custodiarlo, honrarlo, invocarlo y escucharlo. Debemos ser dóciles a sus inspiraciones y Él nos hará más fuertes, más prudentes, más santos y, sobre todo, Él nos ayudará a ganar la gloria del Cielo.

El primer uso que hicieron los apóstoles de los dones que recibieron del Espíritu Santo fuè el de publicar la gloria y las grandezas de Dios; de hacer conocer y amar a Jesús, su divino Hijo; de excitar, con palabras inflamadas de celo, a sus conciudadanos a glorificar a Dios abrazando y practicando su celestial doctrina.

Imitemos nosotros a los apóstoles, glorifiquemos a Dios con nuestros pensamientos, palabras y obras, esforcémonos en conocer mejor a Jesús, nuestro Divino Salvador, en amarlo más, en ofenderlo menos, en imitar sus virtudes y servirlo como Él lo merece; y para ello, pidamos constantemente luz y Gracia al Espíritu Santo, encomendémonos a Él, amémosle y honrémosle con frecuencia. Pidamos a Jesús nos envíe el Espíritu Santo. Adquiramos la hermosa y laudable costumbre de invocar al Espíritu Santo al empezar nuestras oraciones y principales obras mediante algunas jaculatorias. Por ejemplo, diciendo: "Espíritu Santo, ilumíname". "Espíritu Santo, reina en mi corazón, enciende en él el fuego de tu amor y dirige y santifica mis pensamientos, palabras y obras".

Amemos, bendigamos y alabemos al Espíritu Santo, reconozcámosle como autor de las riquezas espirituales que en el orden de la Gracia hemos recibido. Pidámosle perdón por haber gozado de estos beneficios sin mostrarle agradecimiento.



Los dones del Espíritu Santo

En la Confirmación se nos dio el Espíritu Santo con sus dones: ciencia, consejo, fortaleza, piedad, temor de Dios, inteligencia y sabiduría. La unción del Espíritu Santo nos santifica, nos da a entender las cosas divinas, la vanidad de los bienes perecederos de esta vida y el valor inestimable de los eternos; nos infunde fortaleza, fe viva, esperanza invencible y caridad ardiente.

Conclusión

Las primeras palabras del Evangelio de San Juan

Al empezar el libro de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, San Juan, el discípulo amado del Señor, escribe estas palabras: "En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Y nosotros hemos visto su Gloria, Gloria como del Unigénito del Padre, lleno de Gracia y de verdad" (*Juan* 1, 14).

Nosotros también, después de haber seguido todos los pasos de Jesús desde Belén hasta el Calvario, conocido sus enseñanzas y sus obras, exclamamos con el apóstol: ¡Sí, hemos visto la Gloria del Salvador, hemos visto al Hijo de Dios, que por amor a nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los Cielos!

En vida y en muerte y después de la muerte, Jesús es nuestro y para nosotros. Para nosotros vivió en carne mortal, por nosotros y para nosotros murió en la cruz, para nosotros vive ahora en el Cielo vida inmortal y en la Sagrada Eucaristía vida de víctima, oculta y sacrificada.

Las últimas palabras del Evangelio de San Juan

El apóstol San Juan cierra su Evangelio diciendo: "Muchos otros milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro. Pero estas páginas se han escrito con el fin de que crean que Jesús es el Cristo; el Hijo de Dios; y para que creyendo tengan la vida eterna en Su nombre" (*Juan* 20, 30-31).

Fijémonos en el sentido de estas palabras. Si deseamos aumentar más y más nuestra fe en Jesucristo, es preciso que le conozcamos. Entre más le conozcamos, más le amaremos, y entre más le amemos, mejor le serviremos y mayor será el grado de gloria que tengamos en el Cielo.

Dios no solo nos ha dado a su Hijo por Salvador y Mediador, sino también por Maestro y Modelo. Es necesario, por consiguiente, que le conozcamos bien para que nuestra vida se conforme a la suya, para que amemos lo que Él amó, para que obremos como Él obró, para que imitándole y siguiéndole en la tierra, seamos dignos de estar un día con Él en el Cielo.

No te canses, cristiano, de hojear estas páginas, a través de sus letras, busca a Jesús viviente; repasa sus divinas enseñanzas, sus admirables ejemplos, su doctrina de amor. Procura familiarizarte con los detalles de sus narraciones.

Considera como la más hermosa y útil de las ciencias el conocimiento luminoso del Evangelio, y como la más preciosa de las gracias el conocimiento de la magnitud del amor de Dios y de la inefable bondad e infinita misericordia del divino Corazón de Jesús que tanto te ama.



La Santísima Trinidad

Bendigamos, alabemos, ensalcemos y glorifiquemos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Al Padre que nos creó a imagen suya y para el Cielo; al Hijo que nos rescató por su Sangre con tanto amor; al Espíritu Santo que nos santificó y adoptó por hijos de Dios.

¡Cuánto te hubiera amado si te hubiera conocido antes!

Un misionero fue llamado a prestar los auxilios de última hora a un anciano indio gravemente enfermo. Llega, le habla de Cristo, de cómo vino al mundo para hacer solo el bien a los hombres, de lo que padeció para expiar nuestros pecados y de cómo finalmente murió, resucitó y está siempre con nosotros. Profundamente conmovido, recibe el indio el Bautismo. Al irse el misionero, el anciano le llama y le dice: "Mira, Padre, pronto he de morir. Dime de nuevo el nombre de mi Dios que me amó tanto y que murió por mí". El misionero le enseña el crucifijo diciendo: "Aquí lo tienes, es Jesús nuestro Salvador".

Al oír esto, se incorpora el indio, toma el crucifijo, lo besa con ternura, y entre lágrimas dice: "¡Jesús, Jesús, cuánto siento que tan tarde te conocí! ¡Cuánto te hubiera amado si te hubiera conocido antes!".

¡Cuántas almas también le amarían si lo conocieran!

Amor con amor se paga. El apostolado constituye para los corazones agradecidos una deuda sagrada; paguémosla llevando almas a Jesús, difundamos por medio de este libro el conocimiento y el amor de Aquel a quien todo debemos. Propaguémoslo por todos los medios que estén a nuestro alcance.

Nuestra gratitud

Desde el fondo de nuestro corazón demos gracias a la Santísima Trinidad por todos los beneficios de su amor; ellos son innumerables e infinitamente grandes, de modo que ni por toda la eternidad alcanzaríamos a dárselas cumplidamente.

Jamás podremos agradecer suficientemente a la Santísima Trinidad los incomparables beneficios de su divino y eterno amor. Por consiguiente, seamos agradecidos, por lo menos, a medida de nuestras fuerzas, procurando que todas nuestras obras sean otras tantas acciones de gracias y de afectos encendidos de amor hacia Dios Uno y Trino.

San Agustín nos dice que debemos hacer de todo nuestro vivir, de nuestras obras, de nuestro quehacer, de nuestro comer y de nuestro dormir mismo, un himno de alabanza a la Gloria de Dios.

El medio práctico de hacerlo así es, al empezar el día, ofrecer nuestras obras a la Santísima Trinidad diciendo: "Dios mío, que todo lo que piense, diga, haga y sufra en este día sea para tu gloria y bien de mi alma".

Para recordar, cuando menos una vez al día, los inmensos beneficios que debemos a la Santísima Trinidad y a cada una de las Divinas Personas, después de hacer la señal de la cruz, añadir con el corazón estas otras palabras: "En el nombre del Padre que me creó a imagen Suya y para el Cielo, y del Hijo que me rescató por su Sangre con tanto amor, y del Espíritu Santo que me santificó y adoptó por hijo de Dios, quiero principiar y concluir este día".

Al acabar este libro no podemos menos de bendecir a Dios Nuestro Señor y de convidar a todos los lectores a bendecir con nosotros, al Dios de Amor. Al Padre amantísimo, que, al hacernos partícipes de su vida divina, nos ha colmado en su Hijo por medio del Espíritu Santo de toda clase de bendiciones y gracias.



Divino Corazón de Jesús, reina en mi hogar y en mi corazón

Entra en casa, Señor, y si cerradas hallas tantas moradas que un asilo a su Dios quieren negar... olvida entre nosotros su desvío. Mientras tengamos casa, ¡Jesús mío! Tú tendrás un hogar; entra, Señor y manda, reina, impera en este pobre hogar... pobre y desconocido, pero con tu presencia enriquecido, feliz porque te sabe amar.

Devoción al Corazón de Jesús

El último ultraje que recibió N. S. Jesucristo en la cruz fue que uno de los soldados le diera una lanzada en el corazón, abriéndole una ancha y profunda herida de la que brotó sangre y agua. Las últimas gotas de sangre que salieron del Sagrado Cuerpo al recibir la lanzada son testimonio del amor extremo con que Jesús no solo dio su vida por nosotros, sino hasta la última gota de su Sangre.

Como Jesucristo había expirado ya, la lanzada del soldado no pudo causarle ningún nuevo dolor, pero sí fue un gran ultraje al Sagrado Cuerpo, principalmente por estar, aunque muerto, unido a la Divinidad.

De este acontecimiento nació la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús herido por nuestro amor, y por ser el Corazón del Hombre-Dios el emblema de su amor infinito hacia nosotros. Devoción de reparación y de amor.

¡He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres!

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús fue principalmente revelada en las apariciones del mismo Jesucristo a Santa Margarita María Alacoque, religiosa de la visitación, quien desde entonces se convirtió en gran propagadora de ella.

Queriendo avivar en el mundo el amor que se había resfriado, N. S. Jesucristo se apareció en el siglo XVII a Sta. Margarita María, y mostrándole su pecho abierto y su Corazón rodeado de llamas, con dolorida queja le dijo: "Este es el Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales es tan poco correspondido".

En apariciones posteriores, N. S. Jesucristo le explicó el objeto de la devoción a su Corazón Divino, determinó las prácticas con que deseaba ser honrado y le hizo magníficas promesas en favor de sus devotos.

El objeto de la devoción al Corazón de Jesús

El objeto especial de esta devoción, según los deseos de N. S. Jesucristo, es honrar su Corazón Divino como órgano de su amor infinito hacia los hombres.

Los actos esenciales de esta devoción son amor y reparación. Amor por lo mucho que Él nos ha amado y reparación por las grandes ofensas con que los hombres hemos afligido a su Divino Corazón.

Puesto que Jesús se quejó de que los hombres amáramos tan poco su Corazón, debemos esforzarnos en devolverle amor por amor, consolarle de nuestra frialdad, indiferencia, olvido e ingratitudes, de la mejor manera que podamos.

Diversas formas de honrar al Corazón de Jesús

Las principales formas de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, según los deseos manifestados por Él mismo, son: venerar sus imágenes, consagrarse a Él, entronizarlo en el hogar, celebrar su fiesta, comulgar los primeros viernes de cada mes, ser miembro de la Asociación del Apostolado de la Oración y venerar mucho al Santísimo Sacramento.

Magníficas promesas a los devotos del Corazón de Jesús

Para estimularnos a esta devoción, N. S. Jesucristo hizo a Santa Margarita María Alacoque muy valiosas promesas en favor de los devotos de su Sagradísimo Corazón, entre las cuales descuella la llamada GRAN PROMESA que asegura una buena muerte a los que comulguen nueve primeros viernes de mes consecutivos.

Las principales promesas:

1. Les daré todas las gracias necesarias a su estado.
2. Daré paz a sus familias.
3. Los consolaré en todas sus aflicciones.
4. Seré su amparo y refugio seguro durante la vida y principalmente en la hora de la muerte.
5. Bendeciré sus empresas y haré que las enderecen a su eterna salvación.
6. Los pecadores hallarán en mi Corazón un océano infinito de misericordia.
7. Las almas tibias se harán fervorosas.
8. Las almas fervorosas se elevarán a mayor perfección.
9. Daré a los sacerdotes la Gracia de mover los corazones más endurecidos.
10. Bendeciré las casas en que la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.
11. Las personas que propaguen esta devoción tendrán escrito su nombre en mi Corazón Divino, del cual nunca se borrará.
12. LA GRAN PROMESA: Mi amor todopoderoso concederá, a todos los que comulguen los primeros viernes de nueve meses consecutivos, la penitencia final.

Es preciso comulgar nueve primeros viernes consecutivos; si se dejara, aunque fuera una sola vez la Comunión, habría que volver a empezar, hasta conseguir las nueve comuniones sin interrupción, excepto cuando esta se deba al Viernes Santo, día en que no se comulga.

Oh Dios, que te dignas prodigarnos misericordiosamente los infinitos tesoros de tu amor en el Corazón de tu Hijo herido por nuestros pecados, te pedimos nos concedas que al ofrecerle el devoto obsequio de nuestra piedad, cumplamos el deber de una digna reparación.

Jaculatorias al Sagrado Corazón de Jesús

Enriquecidas con 300 días de indulgencias:
¡Corazón de mi amable Salvador, haz que arda y siempre crezca en mí tu amor!
Sagrado Corazón de Jesús, venga a nosotros tu reino.
Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.
Sagrado Corazón de Jesús, en Tí confío.
Corazón sacratísimo de Jesús, ten piedad de nosotros.

Historia de las apariciones de Santa María de Guadalupe

Tomada de la relación del indio D. Antonio Valeriano, traducida por D. Primo Feliciano Velázquez, y de la que hizo D. Luis Becerra Tanco para las Informaciones Canónicas de 1666.



Santa María de Guadalupe, Madre, Patrona y Reina de la Nación Mexicana, que se apareció en el Tepeyac y dejó milagrosamente pintada su imagen en la tilma del indio Juan Diego

Personajes que intervinieron en el Milagro Guadalupano

En el Milagro Guadalupano intervinieron la Sma. Virgen María, el primer obispo de México Fray Juan de Zumárraga, el indio Juan Diego y su tío Juan Bernardino.

La Sma. Virgen María

La Sma. Virgen María es la Madre de Dios, Virgen llena de Gracia y de toda virtud, reina del Cielo y de la tierra, señora y abogada nuestra, y por libre y espontánea voluntad suya, es especialmente Madre de nosotros los mexicanos.

¿Con qué fin se apareció en nuestra patria la Sma. Virgen María?

La Sma. Virgen María se apareció en nuestra patria para enseñarnos estas hermosas verdades del Dogma Mariano:

Su Concepción Inmaculada, su Virginidad Perpetua, su Maternidad divina, su Santidad perfecta y su Maternidad espiritual.

Para apresurar la conversión de los indios a la Fe de Cristo.

Para pedir que se le edificara en el Tepeyac un Templo donde pudiera mostrar su ternura y amor maternal a todos los mexicanos y demás moradores de esta tierra, oír las oraciones de todos los que la invocaran, remediar sus necesidades y consolarlos en sus aflicciones.

El obispo Fray Juan de Zumárraga

Fray Juan de Zumárraga fue el primer obispo de México, vino de España en el año de 1528, amaba a los indios entrañablemente y fue para ellos un verdadero padre y protector.

Fundó en nuestra patria varias obras de caridad y cultura. Era muy devoto de la Sma. Virgen y tuvo la dicha de que a sus ojos apareciera pintada en la tilma de Juan Diego la Sagrada Imagen de Santa María de Guadalupe y de erigir en su honor la primera ermita en el Tepeyac.

Este gran prelado murió en 1548 lleno de santidad y méritos.

Juan Diego

Juan Diego perteneció a la clase más humilde de la raza indígena. Era natural de Cuauhtitlán, hacía poco que había dejado el culto de los ídolos y recibido el Bautismo.

Juan Diego había sido casado, su esposa se llamó María Lucía, pero en el tiempo de las apariciones ya era viudo.

Tuvo la dicha extraordinaria de ver a la Sma. Virgen y de hablar con ella cuatro veces, de que le manifestara su ternura maternal y el amor de predilección a todos los mexicanos, así como de que lo escogiera como embajador ante el obispo.

La humildad de Juan Diego y su sencillez infantil y encantadora se revelan en sus palabras a la Sma. Virgen.

Después de las apariciones fue de mucha virtud, vivió santamente junto a la ermita en el Tepeyac y cuidó de la sagrada imagen hasta su muerte, acaecida en 1548. Fue sepultado allí mismo, en aquella tierra santificada por la Sma. Virgen María.

Juan Diego fue beatificado el 6 de mayo de 1990 y canonizado el 31 de julio de 2002 por el santo Padre Juan Pablo II.

Juan Bernardino

Juan Bernardino era tío de Juan Diego. Estando muy gravemente enfermo, a él también se le apareció la Sma. Virgen, quien lo sanó milagrosamente, diciéndole que quería se le hiciese un Templo en el mismo lugar que Juan Diego la había visto, así como que su imagen se llamase SANTA MARÍA DE GUADALUPE.

GUADALUPE en español significa: "RÍO DE LUZ"; y en mexicano significa: "LA VENCEDORA DE LA SERPIENTE".

Las apariciones

La primera aparición

La primera aparición de la Sma. Virgen fue el sábado 9 de diciembre de 1531, en el cerrito del Tepeyac que está situado al norte de la Ciudad de México, a unos 6 kilómetros de la Catedral.

Juan Diego iba a México, al barrio de Tlaltelolco, a oír misa y a asistir a la doctrina.

Al llegar junto al cerrito del Tepeyac, cuando ya amanecía, Juan Diego oyó una hermosísima música, que parecía los trinos de muchos pajaritos, y después de escucharla embelesado, se dijo: "¿Por ventura soy digno de lo que oigo? ¿Dónde estoy? ¿Sí estaré en el Paraíso Terrenal? ¿Acaso ya en el Cielo?".

Al levantar la vista vio en la cumbre del cerro una nube resplandeciente en medio de un hermoso arcoíris, y al terminar el canto oyó una dulce voz que con ternura le llamaba diciéndole: "Juanito, Juan Dieguito".

Juan Diego subió a toda prisa la cuestecilla sintiendo en su corazón una alegría muy grande. Al llegar a la cumbre vio allí a una joven y celestial Señora que resplandecía de luz y hermosura, su vestido brillaba como el sol y el reflejo iluminaba los nopales y espinos que relucían como esmeraldas, las peñas en las que posaba sus plantas despedían destellos como si fueran

piedras preciosas, los troncos parecían de oro bruñido y la tierra relumbraba y tenía los colores del arcoíris.

Con ternura maternal le dijo al indio en idioma mexicano: "Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como a pequeñito y delicado, ¿a dónde vas?".

Juan Diego respondió: "Señora y Niña mía, voy a tu casa de México, Tlaltelolco, a aprender las cosas divinas que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de Nuestro Señor".

"Hijo mío muy querido. Yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, y es mi deseo que se me levante un Templo en este sitio, donde como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales y de todos los moradores de esta tierra y de aquellos que me aman y me buscan y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones; quiero oír ahí sus ruegos y lamentos para remediar sus miserias, penas y dolores, y darles alivio y consuelo. Irás al palacio del obispo de México y le dirás que yo te envío para que me edifique el Templo. Ya has oído mi mandato, tú el más pequeño de mis hijos, anda que yo te haré feliz y recompensaré tu trabajo y fatiga".

Postrándose en tierra le dijo: "Señora mia, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo, tu humilde siervo".

Después de vencer algunos obstáculos, el indio logró hablar con el señor obispo. Con todo respeto le relató lo que había visto y lo que decía la Señora del Cielo.

El señor obispo lo oyó con amabilidad, pero juzgando que todo era una ilusión, no le dio crédito y le dijo que iba a estudiar el asunto.

La segunda aparición

La segunda aparición fue el mismo día. Volvió Juan Diego por la tarde del mismo día 9 de diciembre a la cumbre del cerrito.

Al ver a la Sma. Virgen se arrodilló y le dijo: "Señora, la más pequeña de mis hijas, Niña mía, fui a donde me enviaste a cumplir tu mandato. Aunque con dificultad, logré ver al obispo y le expuse tu mensaje, me recibió benignamente pero por lo que me respondió parece que no lo tuvo por cierto. Me dijo que volviera otra vez para examinarlo todo detenidamente. Yo te ruego, Señora y Niña mía, que mandes a alguna persona principal, respetada y estimada, que lleve tu mensaje para que le crean, porque yo soy un hombrecillo que no vale nada, soy cola, soy hoja, soy gente menuda, y tú, Niña mía, la más pequeña de mis hijas, me envías a un lugar por donde no ando y no me paro. Perdóname que te cause pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y Niña mia".

La Sma. Virgen, después de escuchar al indio, con grande bondad le dijo: "Hijo mío, el más pequeño, aunque tengo muchos servidores a quienes mandar, deseo que por tu mediación se cumpla mi voluntad. Irás mañana a ver de nuevo al señor obispo y hazle saber por entero mi voluntad y otra vez dile que Yo, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía".

Al terminar de hablar la Sma. Virgen, Juan Diego le dijo: "Señora y Niña mía, no te cause yo aflicción, de muy buena gana iré a cumplir tu mandato y mañana, al ponerse el sol, vendré a traer la razón de lo que responda el obispo. Ya de ti me despido, Hija mía, la más pequeña, mi Niña y Señora, descansa entre tanto".

La tercera aparición

Al día siguiente, 10 de diciembre, Juan Diego fue por segunda vez a ver al señor obispo, quien lo oyó con mayor atención y le hizo muchas preguntas y aunque comprendió que no era sueño ni engaño del indio, resolvió que por ser un asunto muy importante no bastaba la sola palabra de Juan Diego, y para no proceder ligeramente y cerciorarse de lo ocurrido, le dijo que para poner por obra lo que pretendía necesitaba una prueba de que lo enviaba la Madre de Dios y de que Ella deseaba el Templo.

"Señor, mira cuál ha de ser la señal que pides, que luego iré a pedírsela a la Señora del Cielo que me ha enviado".

El señor obispo mandó a dos personas de su confianza que siguieran al indio desde lejos para saber a dónde iba y con quién hablaba. Lo fueron siguiendo hasta un lugar cercano al Tepeyac. Ahí se les perdió de vista y lo buscaron en vano. Regresaron muy disgustados y aconsejaron al señor obispo que no le hiciera caso.

Juan Diego subió al cerrito y en la cumbre encontró por tercera vez a la Sma. Virgen, que radiante de belleza y bondad lo estaba esperando. El indio le informó que el señor obispo pedía una señal cierta para conocer que Ella lo enviaba y deseaba el Templo. La Sma. Virgen agradeció a Juan Diego su empeño y le dijo que volviese al día siguiente —11 de diciembre— para que llevara al obispo la señal que pedía.

La cuarta aparición

Aunque Juan Diego le habia ofrecido a la Sma. Virgen volver al día siguiente, no lo hizo así, porque al llegar a su casa se encontró muy grave a su tío Juan Bernardino y empleó todo ese día en atender a su curación.

Al día siguiente, 12 de diciembre, sintiéndose muy mal Juan Bernardino, le pidió a Juan Diego que fuera a México a buscar un sacerdote que lo confesara

y le ayudara a bien morir, por lo que antes de amanecer, se encaminó Juan Diego a la ciudad y temiendo en su candidez que la Sma. Virgen lo detuviera y no pudiera llegar a tiempo con el sacerdote, tomó por otro sendero que había en la parte de abajo del cerro.

Al llegar junto al cerro, Juan Diego vio que la Sma. Virgen bajaba de la cumbre y le salía al encuentro. Con dulzura la Sma. Virgen le dijo: "¿A dónde vas, hijo mío?".

Juan Diego lleno de confusión se inclinó delante de Ella y la saludó diciéndole: "Niña mía, la más pequeña de mis hijas, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción. Está muy grave mi tío y voy a México por un sacerdote para que lo auxilie. No te engaño, Hija mía, la más pequeña; mañana vendré a toda prisa".

La Sma. Virgen, en lugar de reprenderlo como él temía, le dijo estas hermosísimas y celestiales palabras: "HIJO MÍO, EL MÁS PEQUEÑO, NO TE AFLIJA COSA ALGUNA, ¿NO ESTOY AQUÍ YO QUE SOY TU MADRE? ¿NO ESTÁS BAJO MI AMPARO? ¿NO SOY YO VIDA Y SALUD? ¿NO ESTÁS EN MI REGAZO Y CORRES POR MI CUENTA? ¿TIENES NECESIDAD DE OTRA COSA? NO TE AFLIJA LA ENFERMEDAD DE TU TÍO QUE NO MORIRÁ AHORA DE ELLA, Y YA ESTÁ SANO".

El indio, agradecido y consolado por lo que le dijo la Sma. Virgen, le rogó le diera la señal pedida por el señor obispo.

"Sube, hijo mío, a la cumbre del cerro, corta las rosas que encuentres y tráelas en tu tilma".

Juan Diego obedeció, no obstante que sabía de cierto que no había flores y que en esos peñascos no se daban.

Al llegar a la cumbre encontró muchas y fragantes rosas. Cortó cuantas pudo y las llevó en su tilma a la Sma. Virgen.

Después de tomar la Sma. Virgen las rosas en sus manos y ponerlas de nuevo en la tilma, le dijo a Juan Diego que las llevara al señor obispo, para que por esa señal viera que era cierta su voluntad de que le edificara un Templo.

Las rosas del milagro

Después de mucho esperar, logró Juan Diego que lo pasaran a donde estaba el señor obispo. Con sencillez le dio el mensaje y le dijo que le llevaba la señal que le había pedido a la Señora del Cielo. Desplegó luego su tilma y cayeron las rosas al suelo, QUEDANDO MILAGROSAMENTE PINTADA EN LA TILMA LA IMAGEN DE SANTA MARÍA DE GUADALUPE, TAL COMO SE VE HOY EN SU TEMPLO DEL TEPEYAC.



Las rosas del milagro

El señor obispo venera la Santa Imagen

Admirado el señor obispo del prodigio y de la Santa Imagen que apareció pintada en la manta, se arrodilló venerándola como cosa celestial y la llevó luego a su oratorio dando gracias a Nuestro Señor y a su gloriosa Madre.

Juan Bernardino recobra la salud milagrosamente

Después de haber indicado al señor obispo el lugar donde se había aparecido la Sma. Virgen, regresó Juan Diego a ver a su tío Juan Bernardino, a quien encontró completamente sano, pues a él también se le apareció la Sma. Virgen sanándolo instantáneamente y le ordenó que diera a conocer ese milagro al señor obispo y le dijera lo siguiente: "Deseo que se me haga un Templo en el mismo lugar que me ha visto Juan Diego y que MI IMAGEN SE LLAME SANTA MARÍA DE GUADALUPE".

Se difunde la fama del Milagro

Por todo el lugar se difundió la noticia del Milagro Guadalupano y viendo el señor obispo el gran concurso de fieles que acudían a venerar la Santa Imagen, la llevó a la Iglesia Mayor, donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar de las apariciones.

Después se construyeron sucesivamente tres santuarios más amplios, y por último el Templo actual, que es la hermosa Basílica, enriquecida y embellecida en la celebración del cuarto centenario de las apariciones.

Razones para admirar la conservación de la Imagen

El lugar donde se encuentra es muy húmedo y salitroso y no solo ataca las pinturas y las telas, sino aun el fierro y la plata; la Imagen estuvo expuesta a esas inclemencias 116 años, pues estuvo sin vidrio hasta 1647.

Además, un día que limpiaban los plateros el marco de oro, se derramó sobre el lienzo desde la cabeza de la imagen hasta los pies un pomo de aguafuerte, y ni el ayate se quemó ni los colores se borraron.

Todavía más, el 14 de noviembre de 1921, una mano criminal puso una bomba de dinamita a los pies de la Imagen, fingiendo que colocaba un gran ramo de flores. Estalló la bomba, la horrible explosión causó muchos estragos en su derredor; casi hizo polvo las planchas de mármol del altar, causó desperfectos en el Templo y dobló en arco el crucifijo de bronce que ahí estaba. La Sagrada Imagen quedó ilesa y ni siquiera se estrelló el vidrio que la cubre.

Los beneficios que ha hecho la Sma. Virgen de Guadalupe a nuestra patria

Son innumerables. Los principales han sido: la rapidísima conversión de los millones de indios mexicanos que antes eran paganos; la formación de nuestra nacionalidad; el haber conservado intacta nuestra santa fe católica en medio de muy graves peligros y persecuciones; numerosísimos milagros en México y en muchas partes del mundo.

La Sma. Virgen no ha hecho nada semejante en ninguna otra nación

Solamente a nosotros nos ha dejado su Sagrada Imagen. Cuando el santo padre Benedicto XIV oyó narrar el Milagro Guadalupano y contempló una copia de la imagen de la Sma. Virgen, exclamó: "NO HA HECHO DIOS COSA IGUAL CON NINGUNA OTRA NACIÓN".

El culto a la Sma. Virgen de Guadalupe se extendió a otros países

Y muy principalmente en el continente americano, por lo que el santo padre Pío X la declaró CELESTIAL PATRONA DE TODA LA AMÉRICA LATINA.

Nuestro amor a Santa María de Guadalupe

La Sma. Virgen ha cumplido su promesa de ser para nosotros una Madre piadosa y clemente. Su Santa Imagen es una confirmación y prenda de su maternal amor y perenne protección.

Y nosotros, a pesar de nuestras miserias individuales y colectivas, la amamos fielmente, con amor de hijos, con un cariño dulce y profundo.

Glorificación mundial de las apariciones del Tepeyac

El día 12 de octubre de 1945, con motivo de la celebración del cincuentenario de la coronación pontificia de la Sma. Virgen de Guadalupe, S. S. Pío XII hizo la glorificación mundial de las apariciones del Tepeyac en su jubiloso mensaje radiado a la América, diciendo: "A las orillas del Lago de Texcoco FLORECIÓ EL MILAGRO en la tilma del pobrecito Juan Diego; pinceles que no eran de acá abajo dejaban pintada una Imagen dulcísima que la labor corrosiva de los siglos maravillosamente respetaría. ¡Salve, oh Virgen de Guadalupe!

"¡Emperatriz de América y Reina de México! Nos colocamos hoy de nuevo sobre tus sienes la corona que pone para siempre bajo tu patrocinio, la pureza y la integridad de la Santa Fe, en México y en todo el continente americano, porque estamos ciertos de que mientras Tú seas reconocida como Reina y como Madre, América y México se han salvado".



Santa María de Guadalupe, esperanza nuestra, salva a nuestra patria y conserva nuestra Fe

¿Cuál es la mejor manera de manifestarle nuestro amor?

Viviendo la fe que Ella vino a traernos y procediendo siempre como verdaderos cristianos para ser dignos hijos de Dios y de su Santa Madre.

¿Debemos fomentar la devoción y el amor a Santa María de Guadalupe?

Sí, porque "ELLA ES NUESTRA GLORIA Y NUESTRO AMPARO Y EN SUS CELESTIALES MANOS ESTÁ LA SALVACIÓN DE NUESTRA PATRIA".

Oración

¡Oh, Dios! Que te has dignado enriquecer con incesantes beneficios a los que vivimos bajo el singular patrocinio de la Sma. Virgen María, te rogamos humildemente nos concedas la Gracia de gozar en el Cielo de la vista de Aquella cuya memoria celebramos en la tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, que contigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

"Santa María de Guadalupe, Reina de México, ruega por tu nación".

En ninguna ciudad principal de México debe faltar un santuario dedicado a Nuestra Madre y Reina; en ninguna iglesia un altar; en ningún hogar su imagen; ni en ningún corazón mexicano su amor.



Nuestra Señora de Monterrey
Reproducción de la bendita e histórica imagen que forma parte de las gloriosas tradiciones de Monterrey y que, venerada por más de 300 años, de nuevo ha quedado expuesta al culto y devoción de los fieles en la Santa Iglesia Catedral. Monterrey la tiene como patrona y se gloria de honrarla y amarla como Protectora y Madre, enorgulleciéndose de llevar su nombre que le dieran los fundadores de la ciudad: Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey.

Origen de la venerada imagen

Por datos proporcionados por el estimable historiador neoleonés, D. Carlos Pérez Maldonado, se sabe que en el año de 1596, al fundar D. Diego de Montemayor nuestra ciudad, hizo asentar en el acta respectiva que hacia dicha fundación "tomando por advocación de ella, a la Virgen Madre de Dios Señora Nuestra, que la Iglesia Mayor tenga su advocación de su santa y limpia concepción y anunciación, a la cual imploro como Patrona y Señora Nuestra... y que se intitule la Ciudad de Nuestra Señora de Monterrey".

De acuerdo con los deseos del fundador, la Iglesia Mayor —hoy Catedral— se fundó bajo la advocación de la Purísima Concepción y siempre ha estado en el sitio por él asignado: frente a la Plaza Mayor —hoy de Zaragoza—.

Por más de tres siglos, en todo tiempo se le rindió culto y honor a la patrona de la ciudad: NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY y a tal grado llegaba el amor y la veneración que se le profesaba a la histórica imagen, que durante 300 años, al renovarse los ayuntamientos y tomar el juramento de rigor a los ediles, era costumbre hacerles declarar su profesión de fe respecto al misterio de la Purísima Concepción.

A esta bendita imagen se le hacían grandes festejos por el mes de octubre de cada año, en los cuales tomaban parte las autoridades civiles y religiosas, siendo costumbre en tiempo de sequía sacar en procesión por las calles de la ciudad a la venerada imagen para obtener el socorro de la lluvia, gracia que siempre fue concedida.

A fines del siglo pasado, en que la Catedral sufrió una transformación, en una forma inexplicable fue sustituida la venerada Imagen por otra Purísima más moderna, la que fue colocada en la parte superior del Altar Mayor, y la imagen histórica y venerada por siglos pasó a la sacristía, en donde permaneció prácticamente en el olvido por muchos años.

Vuelve a ocupar el sitio de honor la histórica imagen

El día 8 de diciembre de 1954, al terminar el Año Mariano de la Inmaculada, en la solemne misa pontifical de clausura celebrada en la Catedral ante una multitud de fieles que llenaba el sagrado recinto, se leyó un decreto del Excmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. Alfonso Espino y Silva, Dgmo. Arzobispo de la Arquidiócesis de Monterrey, por el cual ordenaba que, hecha previamente la restauración conveniente, fuera repuesta en el lugar principal de la Catedral la imagen de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY donde había estado antiguamente por más de 300 años, para que allí pudiera recibir de nuevo el amor, la devoción y la veneración de sus hijos.

El día 31 de mayo de 1955, con gran gozo, el Excmo. y Revdmo. Sr. Arzobispo recibió a las puertas de la Catedral la preciosa Imagen artísticamente restaurada conforme a su estilo primitivo y estofada en oro.

En medio del entusiasmo de los fieles que asistieron a la ceremonia y que aplaudían llenos de un júbilo desbordante, la venerable imagen fue llevada hasta el pie del altar donde el Excmo. Sr. Arzobispo la bendijo solemnemente.

Después de manifestar la satisfacción inmensa que había sentido al bendecir la hermosa imagen de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY, el Excmo. Sr. Espino dijo a los presentes que los fundadores de esta ciudad metropolitana habían tenido el acierto de escoger a María como Reina y Señora de la población que nacía. Que hacía 400 años se había oído por primera vez el nombre de Nuestra Señora de Monterrey vinculado a la ciudad y que no se podía pensar en Monterrey sin recordar que la Santísima Virgen era la Reina de la Ciudad.

También dijo el Excmo. Sr. Espino que bajo el amor y la protección de la Sma. Virgen María había nacido esta ciudad y que ante sus ojos y en su regazo maternal, Monterrey había crecido y se había desarrollado, que Ella había presidido la vida de la ciudad, siendo su refugio y amparo en las horas difíciles y angustiosas. Que durante más de tres siglos Ella había aceptado la devoción, el vasallaje y el amor de sus hijos, y que NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY había sido para esta Ciudad dulce protectora en sus dificultades, socorro en sus necesidades, paño de lágrimas en sus grandes infortunios y su mayor timbre de gloria.

Después, el Excmo. Sr. Espino exhortó a sus amados hijos, representados por los asistentes, a que tuvieran una devoción más grande, más entrañable, llena de entusiasmo y de ternura a nuestra Señora, honrándola como a Reina y Madre, en su advocación hermosísima de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY, que todos los regiomontanos acudieran a venerarla, proclamarla y ensalzarla, para que su Templo se viera impregnado de plegarias amorosas y así pudiera realizarse el deseo ardentísimo de su corazón pastoral, que se llegara el día en que el santísimo Padre le concediera la Gracia de que en su nombre y con su autoridad coronara, con coronación pontificia, la venerada imagen de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY.

El Excmo. Sr. Arzobispo manifestó que para la realización de ese gran deseo —que seguramente lo será también de todo buen regiomontano— se necesitaba que creciera más y más la devoción a la Sma. Virgen, que se sintiera su reinado en todas las almas de manera que fuera una realidad la advocación histórica de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY, que Ella fuera realmente REINA y SEÑORA y nosotros fuéramos verdaderamente fervientes súbditos y amantes hijos de tan excelsa MADRE.

Veneremos a la Madre de Dios como Patrona y Señora Nuestra

Ahora que de nuevo la imagen original de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY ocupa el sitio de honor en nuestra Catedral y que ha quedado expuesta a la veneración de los fieles, rindámosle ferviente culto como a nuestra Madre y Protectora, como a nuestra patrona y celestial abogada, deseosos de contarnos siempre en el número de sus más fieles servidores y de sus hijos más amantes, prometiendo esforzarnos en ser sus verdaderos devotos por la imitación de sus virtudes y santidad de vida.

Unámonos en espíritu y de corazón a los homenajes que se le rindan; renovemos con santo entusiasmo las tradiciones de nuestros antepasados; repitamos las mismas aclamaciones, las mismas protestas de amor que a la Madre de Dios le rinden todas las poblaciones que a Ella están consagradas.

Jesús se complace en honrar a su Madre derramando la abundancia de sus favores en aquellos que la veneran de una manera particular y propagan su culto.

Todo regiomontano debe desear que muy pronto pueda realizarse el loable proyecto de nuestro Excmo. prelado, de que sea aprobada la coronación pontificia de la venerada imagen de NUESTRA SEÑORA DE MONTERREY, para que oficialmente sea proclamada Reina de nuestra Ciudad, Soberana de nuestras familias, Madre de nuestros corazones y Dispensadora de las gracias espirituales y materiales que colectiva y particularmente necesitamos.



"La mies es verdaderamente mucha, mas los obreros pocos" (*Mateo* 9, 37).

Oración para pedir vocaciones

¡Oh, Jesús, Pastor Eterno de las almas! Dígnate mirar con ojos de misericordia esta porción de tu grey amada.
Señor: Gemimos en la orfandad; danos vocaciones; danos sacerdotes santos.
Te lo pedimos por la inmaculada Virgen María de Guadalupe, tu dulce y Santa Madre.
¡Oh, Jesús! Danos sacerdotes según tu Corazón.





Venerable Madre Gloria María Elizondo García, MCP



Venerable Madre Gloria María Elizondo García, MCP

Nació el 26 de agosto de 1908 en Durango, Dgo., y en 1913 se trasladó con su familia a Monterrey, N. L. Desde muy joven perteneció a la Juventud Católica Femenina Mexicana (J.C.F.M.), sobresaliendo por su bondad y su entusiasmo. Trabajó con éxito en varias empresas, hasta que en 1941 inició su propio negocio en la Hacienda Tamatán de Ciudad Victoria, Tamaulipas, la empacadora Productos Cruz de Oro, que adquirió pronto gran prestigio, destacándose por su interés en el crecimiento integral de sus empleados y por su gran labor de evangelización que abarcó todos los estratos sociales en esa región.

Construyó la actual parroquia de San Isidro Labrador, consagrada en 1948.

En 1954 ingresó a la Congregación de Misioneras Catequistas de los Pobres en Monterrey, N. L. y en 1961 fue elegida superiora general del Instituto. La caridad y la humildad fueron sus virtudes sobresalientes y siempre gozó y se distinguió por su gran testimonio evangélico.

Como seglar fue una apóstol extraordinaria y modelo de empresarios, y como religiosa fue ejemplar por la firmeza de su fe y su gran amor a Dios. Falleció en olor de santidad el 8 de diciembre de 1966 en el Hospital Muguerza de Monterrey.

En 1995 se inició el proceso ordinario para estudiar su vida, virtudes y fama de santidad y el 19 de junio de 2020 fue declarada Venerable por el papa Francisco.

Sus restos mortales actualmente se encuentran en la Parroquia de Nuestra Señora Reina de los Ángeles en San Pedro Garza García, N. L., para su custodia y para recibir la veneración de los fieles, de acuerdo con las normas establecidas.

El proceso de beatificación de la Venerable Madre Gloria María Elizondo sigue adelante su curso. Estamos pidiendo a Dios que nos alcance por su intercesión un milagro y que sea aprobado por el Papa para que pronto sea declarada Beata.



Oración de Intercesión

Señor, buen Dios,
que guiaste a la Madre Gloria María
para que amara profundamente a
Jesucristo y a su Iglesia,
dejándose guiar por el Espíritu Santo,
viviendo en sencillez y sabiduría su vida
cristiana;
por ese amor a Ti
se dedicó a servir y amar a los más
necesitados
a ejemplo de Cristo, tu Hijo amado;
te suplicamos por su intercesión
nos concedas la Gracia que te pedimos.
(Se hace la petición...)
(Padre Nuestro, Ave María y Gloria)
Te rogamos que sea elevada a la gloria
de los altares,
y su ejemplo nos ayude a vivir
cada día mejor
nuestra vida cristiana.

Amén.

Madre Gloria María, ruega por nosotros.



Quienes deseen proporcionar testimonios
por las gracias recibidas, favor de comunicarse
al 811 599 2152

